

LA INVESTIGACIÓN PROTOHISTÓRICA EN TARSIS (*)

THE PROTOHISTORIC INVESTIGATION IN TARSIS

Oswaldo ARTEAGA y Anna-Maria ROOS

**Departamento de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Geografía e Historia.
Universidad de Sevilla. C/ María de Padilla, s/n. E-41004 Sevilla. España.**

BIBLID [1138-9435 (2003) 6, 1-437]

Resumen.

Las investigaciones geoarqueológicas llevadas a cabo en la Bahía de Cádiz contribuyen a esclarecer el conocimiento del comienzo de la protohistoria atlántica-mediterránea del Occidente de Europa. En el presente estudio se analizan las consecuencias del descubrimiento del Puerto de Gadir y desde la contrastación cronológica de sus primeros tiempos coloniales con las épocas de los reinados de Hiram I (969-936 a.C.) y de Ithobaal I (887-856 a.C.) respecto de la ciudad fenicia de Tiro se establecen nuevas propuestas acerca de la realidad indígena de Tarsis.

Palabras clave: Tarsis, Tartesos, Estado, proceso histórico, relaciones atlánticas-mediterráneas, Gadir, colonización fenicia.

Abstract.

The geoarchaeological investigations carried out in the Cadiz Bay contribute to clarify the knowledge of the beginning of the West Europe Atlantic-mediterranean protohistory. This study tries to analyse the consequences of the recent discovery of the Gadir Port. New proposals are established about the indigenous reality of Tarsis, from the chronological checking of the first colonial times during the reign of Hiram I (969-936 B.C.) and Ithobaal I (887-856 B.C.) in the Phoenician Tiro.

Key Words: Tarsis, Tartesos, State, historical process, Atlantic-mediterranean relationship, Gadir, Phoenician colonization.

(*) Fecha de recepción del artículo: I-III-2004. Fecha de aceptación del artículo: 7-III-2004.

Sumario:

1. Introducción. 2. La dimensión espacio-temporal de la noción de Tarsis. 3. La reducción temporal de la formación de la sociedad tartesia y las teorías invasionistas *versus* colonialistas en su territorio. 4. La emergencia de la civilización urbana en Tarsis analizada desde la tradición prehistórica del valle del Guadalquivir. 5. La importancia del Bronce Tardío pre-tartésio para la periodización protohistórica del Bronce Final y del Hierro Antiguo en el Occidente de Europa. 6. Una nueva precisión económica-social y política acerca del intercambio “pre-colonial” en la Baja Andalucía. 7. La diacronía formativa del paisaje urbano y rural del Bronce Final Reciente tartésio: parámetros cronológicos para su ordenación espacial. 8. El entorno territorial del *Lacus Ligustinus* como zona nuclear de Tarsis. 9. Las relaciones-contradicciones centro-periféricas entre los asentamientos del *Lacus Ligustinus*, del *Simus Tartessius* y del *Sinus Atlanticus* durante los primeros tiempos de Gadir. 10. La continuidad locacional del “centro de poder” de Los Alcores de Porcuna y su transformación en una ciudad-Estado tartésio: un modelo a contrastar. 11. Las residencias urbanas, las estelas principescas y las necrópolis tumulares con incineraciones e inhumaciones: tres referentes identitarios de la aristocracia tartésio. 12. La proyección protohistórica de la nueva civilización urbana de Tarsis. 13. Bibliografía. 14. Figuras.

1. Introducción.

Decía uno de nosotros una vez que: “los continuos descubrimientos de factorías y necrópolis en las costas meridionales de la Península, así como también en las vecinas del litoral norteafricano,” estaban al correr de los años sesenta y setenta “corroborando la veracidad de la colonización fenicia en Occidente” (Arteaga, 1977: 301). Podemos ahora retomar aquella afirmación para añadir que, sin embargo, solamente a partir del pasado año 2000, además de las evidencias fenicias antes aludidas, en el entorno insular de la Bahía de Cádiz hemos comenzado a verificar realmente la tantas veces discutida ubicación del Puerto de Gadir (Arteaga *et al.*, 2001a, 2001b; Arteaga y Roos, 2002), frente al litoral del ámbito continental del territorio de Tarsis.

Desde la celebración del *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* organizado por el profesor Juan Maluquer de Motes (AA.VV., 1969), varias reuniones científicas como las convocadas en Huelva (AA.VV., 1982) y en Jerez de la Frontera (AA.VV., 1995) han puesto de manifiesto que el desconocimiento de la localización precisa de la factoría fenicia de Gadir, aunque presumida (García Bellido, 1942, 1945; Blázquez, 1975; Aubet, 1994), como la falta de unas dataciones confirmativas de su antigüedad obligaron a mantener controvertidos debates (Arteaga, 1987: 210-212; Ruiz Mata, 1999, 2001), igualmente respecto de la noción de la llamada pre-colonización asegurada por parte de algunos investigadores en relación con el Bronce Final tartésio (Almagro Gorbea, 1977a; Arteaga, 1977; Bendala, 1977);

así como también en atención a la polémica de las dataciones “cortas” (750 a.C.) que muchos otros aún propugnan para el comienzo del periodo colonial fenicio (Belén y Escacena, 1992; Ruiz-Gálvez, 1998: 19 s.), como se desprende de las periodizaciones que todavía dominan en las ponencias y comunicaciones publicadas en las *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (AA.VV., 2000).

Las miradas retrospectivas que permiten llevar a cabo estas referencias historiográficas resultan explicativas del por qué los resultados interdisciplinarios de los trabajos debatidos en el reciente Congreso de Geoarqueología celebrado en San Fernando (Arteaga, Ramos y Roos, 2003) obligan a proponer una nueva recapitulación respecto de los conceptos teóricos y las estrategias metodológicas que se habían venido contrastando, tanto por parte de los defensores del historicismo cultural (AA.VV., 1982) como por parte de las alternativas planteadas desde el procesualismo funcionalista (Chapman, 1991), el post-procesualismo contextualista (Aubert, 1994: 73, fig. 25; Frankenstein, 1997) y el materialismo histórico (Arteaga, 1995; López Castro, 1995; Roos, 1997).

Hacen referencia los citados resultados a las investigaciones geoarqueológicas que en colaboración con la Universidad de Bremen (Alemania) desde la Universidad de Sevilla hemos promovido en el marco interdisciplinario del Proyecto *Antipolis* y del Proyecto *Geoarqueología Urbana de Cádiz* (Arteaga *et al.*, 2001a, 2001b; Schulz *et al.*, 2004). En el primero de ellos pudimos llevar a cabo la reconstrucción paleogeográfica de la Bahía de Cádiz en cuatro momentos de su proceso histórico: 6500 BP, 3000 BP, 2000 BP y 1000 BP (figs. 1-4); y en el segundo, una correspondiente correlación con respecto de la Cádiz prehistórica, fenicia, romana y medieval (fig. 5). En el centro de atención de dicha investigación el resultado quizás más relevante ha girado en torno a la ubicación del Puerto de Gadir (Arteaga y Roos, 2002), elevando su cronología fundacional a la transición de los siglos X-IX a.C. En atención a esta elevación cronológica (hacia 950 a.C.), que ciframos unos doscientos años antes de la datación que se viene manejando para debatir el comienzo del periodo colonial referido a la presencia fenicia en Occidente (hacia 750 a.C.), basamos la revisión explicativa del proceso histórico que referido a Tarsis proponemos en el presente ensayo crítico.

2. La dimensión espacio-temporal de la noción de Tarsis.

Hace alrededor de treinta años (Arteaga, 1976, 1976-78, 1977), cuando apenas se comenzaban a plantear los primeros debates acerca de la expansión del comercio fenicio en la Península Ibérica (Pellicer, 1962; Schubart, Niemeyer y Pellicer, 1969; Arribas y Arteaga, 1975) basándose entonces en las observaciones obtenidas a tenor de las excavaciones realizadas en Los Saladares (Orihuela, Alicante) (Arteaga y Serna, 1973, 1974, 1975; Arteaga, 1982) y en Vinarragell (Burriana, Castellón) (Arteaga y Mesado, 1979), uno de nosotros daba cuenta de la extensión probable de la Tartésida y señalaba para apoyar su argumento arqueológico la

proyección de ciertos elementos materiales que comparaba en la Alta Andalucía (Pellicer y Schüle, 1962, 1966; Arribas *et al.*, 1974) y también respecto de la Baja Andalucía en cuanto a la cerámica tipo Carambolo (Carriazo, 1973; Arteaga, 1982), sin que para muchos investigadores aquellas evidencias dejaran de parecer por aquella época cuando menos sorprendentes.

La afirmación de la presencia fenicia en el Bajo Segura (Arteaga y Serna, 1975) coincidiendo con aquellos elementos cerámicos culturalmente similares a los tartesios, que se identificaron a través de las tierras interiores que conectaban con las poblaciones indígenas del Levante meridional (Arteaga, 1982), despertó no obstante la posibilidad de recordar por una parte la propuesta de Adolf Schulten (1924, 1945), y por este mismo camino atender a la mención de Rufo Festo Avieno, señalando que Tartesos abarcaba desde el río Guadiana (*Ora Maritima*: 205 ss.) hasta el Segura (*Ora Maritima*: 456 ss.). En líneas generales esta misma idea ha sido reseñada de una manera positiva por otros autores (Blázquez, 1975; González Prats, 1983: 276 s.; 1993). Desde entonces quedamos convencidos de que abarcando cuando menos desde el suroeste de Portugal hasta el sudeste de España (Arteaga, 1977, 1982), la noción de Tarsis (Koch, 1984; Villar, 1995) debía encontrar su territorio nuclear alrededor de la Baja Andalucía y, más concretamente, en torno al Bajo Guadalquivir, la costa gaditana y la costa onubense. Hasta el momento presente continuamos ubicando el epicentro de Tarsis en la zona aledaña al *Lacus Ligustinus* (Arteaga, Schulz y Roos, 1995) para en relación con la Baja Andalucía situar la matización del territorio nuclear respecto de aquellos otros considerados periféricos (Roos, 1997).

En el marco epistemológico dentro del cual se plantearon los debates referentes a los paradigmas difusionistas *versus* evolucionistas entonces mantenidos por el historicismo cultural hispánico (Arteaga, 1977, 1982) y, por supuesto, mucho antes de que se fuera activando por nuestra parte una “crítica económica-política” enfocada a la comprensión económica-social del poblamiento fenicio-tartésio en Occidente, esta vez desde las expectativas de la teoría del Estado (Arteaga, 1995; Roos, 1997), recordamos que quedó reconocida la necesidad prioritaria de que en la Baja Andalucía como territorio nuclear de Tarsis se fueran prodigando muchas otras excavaciones estratigráficas (Arteaga, 1977: 305 s.), que sumadas a las pocas entonces comparables (Arteaga, 1976, 1976-78) permitieran entender desde el mediodía “las cuestiones orientalizantes en el marco protohistórico peninsular” (Arteaga, 1977), sin ignorar en comparación con el mundo de los Campos de Urnas Occidentales (Arteaga, 1976), que en relación con los elementos mediterráneos (fenicios) fueron los elementos indígenas atlánticos (tartesios) los que a partir del Bronce Tardío (Arteaga, 1977: 309) se hicieron gestores del proceso protohistórico que en la Península concierne al nacimiento del mundo pre-ibérico.

En base al conocimiento del Bronce Tardío post-argárico y de su relación con la expansión meseteña de las cerámicas excisas tipo Cogotas (Arteaga y Molina, 1977), estábamos remarcando frente al modelo urbano centroeuropeo del Hallstatt D documentado en la

Heuneburg (Alemania) una vocación civilizatoria más bien occidental que en comparación con la propagación de la arquitectura de la piedra y del adobe analizada a la luz de Los Saladares (Arteaga y Serna, 1975) y de Vinarragell (Arteaga y Mesado, 1979) nos permitía cuestionar también cuando menos la tendencia meridional y mediterránea que en torno al valle del Ebro observamos en las técnicas constructivas de ciertos poblados emblemáticos como el de Cortes de Navarra (Maluquer, 1954; Arteaga, 1978, 1982: 143) y en la secuencia estratigráfica de la Pedrera de Vallfogona (Maluquer, Muñoz y Blasco, 1960). Esta última consecuencia no ha sido valorada por las hipótesis relativas a las “invasiones hallstáticas”, como por otro lado ocurre en relación con el indigenismo que proponemos para el Bronce Tardío y Final en la Baja Andalucía.

En efecto, la noción del Bronce Tardío (Soler, 1965; Schubart, 1971; Arribas *et al.*, 1974; Arteaga y Serna, 1974; Arteaga, 1976; Molina y Pareja, 1975; Molina y Arteaga, 1976; Molina, 1978; Arteaga, 1978: nota 3; Arteaga y Schubart, 1980), que para nosotros siempre ha resultado clave para en términos “post-argáricos” y “pre-tartesios” (Arteaga y Roos, 2003) acceder a la definición autóctona del mundo de Tarsis en el ámbito atlántico-mediterráneo que desde el suroeste abarca hasta el sudeste de la Península Ibérica (Roos, 1997), tampoco hasta nuestros días acaba de comprenderse en sus más justas consecuencias (AA.VV., 1995). Por lo que a pesar de las evidencias estratigráficas que a duras penas se vienen sumando en el valle del Guadalquivir y alrededor de su cuenca, en lugar de tenerse en cuenta como indicadores del poblamiento autóctono que cabe investigar en la Baja Andalucía, para a partir del mismo buscar explicar de una manera diacrónica el proceso conducente a la nueva ordenación territorial coincidente con la emergencia tartesia, las mismas acaban siendo consideradas insignificantes. En definitiva, aludiendo a una supuesta “atonía” (Bendala, 1990; Amores, 1992) se produce hasta el presente la circunstancia de que muchos autores atentos a los más abundantes registros que se producen entre los poblados y medios campesinos del Bronce Final (Ruiz Mata, 2000a, 2001) confunden dicho “vacío de investigación” relativo al Bronce Tardío pre-tartésio con una “Época Oscura” (AA.VV., 1995), caracterizada por ellos mismos como un “vacío de población” (Escacena y Belén, 1991; Belén y Escacena, 1995). Una vez creado este “vacío” incluso en las mejores tierras del valle del Guadalquivir, sin explicar entonces por qué había ocurrido, se introduce la opinión de que las mismas fueron de nuevo ocupadas durante el Bronce Final, dada la también supuesta llegada de otras gentes foráneas alrededor de los siglos X-IX a.C.

La incoherencia de la negación del poblamiento pre-tartésio llega a su extremo máximo cuando por otro lado queda igualmente sin explicar quiénes eran entonces los habitantes que durante el Bronce Tardío y antes de los comienzos del Bronce Final Antiguo se hicieron en la Baja Andalucía receptores del comercio micénico (Martín de la Cruz, 1988); al cual, sin embargo, no se considera como si se tratara de otra evidencia insignificante, a pesar de los pocos fragmentos cerámicos que hasta ahora permiten magnificar su importancia.

En una franca oposición teórica respecto de la permanencia autóctona del poblamiento pre-tartésio del Bronce Tardío, que nosotros defendemos (Roos, 1997; Arteaga y Roos, 2003), las antiguas teorías invasionistas que se prodigaron respecto de los pueblos celtas (Almagro Basch, 1952: 225 ss.) y respecto de los “Pueblos del Mar” (Schulten, 1945; Montenegro, 1970), han vuelto nuevamente por sus fueros para en función de renovados criterios difusionistas argumentar por el Mediterráneo la llegada de poblaciones egeas (Bendala, 1985, 1990, 1995), cuando no también la penetración de poblaciones indoeuropeas desde las regiones atlánticas (Belén y Escacena, 1992, 1995; Celestino, 2001).

3. La reducción temporal de la formación de la sociedad tartesia y las teorías invasionistas versus colonialistas en su territorio.

Habida cuenta de las formulaciones inducidas que acabamos de apuntar, cabe comprender por qué con unos argumentos basados en unos supuestos datos “negativos”, sin embargo, sobre la falacia del poblamiento “ignorado” han surgido como si fueran “positivas” las propuestas teóricas que actualmente resultan mayormente aceptadas. Se trata de dos hipótesis relativas al comienzo del Bronce Final y al inicio del Hierro Antiguo, respectivamente, aplicando para ambas un esquema de cronologías “cortas” (Belén y Escacena, 1995).

La primera hipótesis redundante en el mantenimiento de una discusión invasionista (Almagro Basch, 1952; Escacena y Belén, 1991; Escacena, 1992), a la hora de buscar interpretar sobre el supuesto “vacío poblacional” del Bronce Tardío la llegada foránea de los contingentes humanos que se introducen como propios del Bronce Final tartésio (Belén y Escacena, 1995), al que otros autores hacen coincidir con el llamado período “pre-colonial”, sobre todo en atención a los “objetos de prestigio” que procedentes de los intercambios atlánticos y mediterráneos aparecen representados en algunas estelas decoradas (Almagro Gorbea, 1977a, 2000; Bendala, 1977, 1995; Ruiz-Gálvez, 1995, 1998).

La segunda hipótesis redundante en el mantenimiento de una discusión colonialista (Schulten, 1945; Montenegro, 1970), esta vez para interpretar la llegada igualmente foránea de otros contingentes orientales, que a partir del 750 a.C. (Belén y Escacena, 1995) se consideran los introductores de un impacto civilizador que haría salir a las supuestas “jefaturas tribales” que ocupaban la Baja Andalucía del estadio de “barbarie” en que algunos autores aseguran que se hallaban (Wagner, 1983, 1995; Barceló, 1992, 1995; Carrilero, 1992, 1993; López Castro, 1995; Belén y Escacena, 1995; Carrilero y Aguayo, 1996; Mederos y Harrison, 1996; Torres Ortiz, 1999, 2002; Ruiz Mata, 2000b, 2001; Celestino, 2001).

En definitiva, entre ambas hipótesis las mejores tierras del valle del Guadalquivir aparecen convertidas en un “territorio de nadie”, ocupado luego por invasión y colonización. Una vez privada esta zona de la Tartésida del poblamiento indígena que desde el Bronce Tardío encarna la emergencia durante el Bronce Final de las ciudades-Estado propias del Hierro

Antiguo orientalizante, la observación colateral de las “aldeas” pertenecientes a los “medios rurales” ha redundado igualmente en la afirmación de que los tartesios eran desconocedores de la sociedad de clases y del Estado. Por lo que se llega a la conclusión de que los fenicios encontraron en la Baja Andalucía unas comunidades todavía igualitarias, facilitando esta circunstancia que por parte de los contingentes orientales se expandiera una “colonización agrícola” en el valle del Guadalquivir (Alvar y Wagner, 1988; Wagner y Alvar, 1989, 2003), como había pensado, por cierto, Jorge Bonsor hacia fines del siglo XIX (Bonsor, 1899).

La aceptación de este modelo de la colonización agrícola (Whittaker, 1974) aplicado al valle del Guadalquivir en contraposición con nuestra propuesta del reparto de la propiedad de la tierra en el medio rural tartesio, favorece a la teoría orientalista de la “culturización” que muchos colegas defienden, pasando a interpretar por doquier las edificaciones referidas a la civilización urbana tartesia conocidas en Montemolín (Bandera *et al.*, 1995), en Carmona (Belén *et al.*, 1997), en El Carambolo (Belén y Escacena, 1997) y también en Coria del Río como si fueran templos construidos para estas poblaciones foráneas, a quienes como “colonos” se atribuyen igualmente las necrópolis tartesias (Belén y Escacena, 1992, 1995). Bajo el síndrome colonial, sin ninguna economía política suya, sin ninguna ideología religiosa propia, menguada también en cuanto a la representación funeraria de sus muertos, nada extraña tampoco que se interprete que la sociedad tartesia había perdido hasta las mismas señas de su “identidad cultural” (Escacena, 1989).

La consecuencia resultante respecto del poblamiento tartesio no puede en realidad ser más opaca en comparación con el todo interpretativo orquestado para realzar el protagonismo oriental, ya que una vez ignoradas las bases económico-sociales que explican la ideología de la aristocracia tartesia, expresada en la emergencia de la manifestación orientalizante, tampoco la superestructura política y religiosa que la acompaña puede parecer autóctona, pasando a ser entendida como si fuera propia de la magnificada implantación fenicia. En definitiva, privada la sociedad tartesia del proceso originario que nosotros vemos desde el Bronce Tardío en adelante, en un corto espacio de tiempo queda igualmente anulada de la capacidad de producir ella misma una cultura como ideología política (Arteaga, 2001).

Resulta evidente que a tenor de tales propuestas, al sancionar el olvido de la transición poblacional del Bronce Tardío al Bronce Final Antiguo por quedar ignorada dentro de una “Época Oscura”, el considerado como nuevo proceso relativo al Bronce Final pre-colonial (desde los s. X-IX a.C. según estos autores) reaparece además constreñido por la cronología corta (750 a.C.) que ellos mismos atribuyen al comienzo de las citadas “colonizaciones” fenicias (orientales) en el valle del Guadalquivir (Belén y Escacena, 1995). Y esta “corta” datación se concibe a tenor de otro dato “negativo” propiciado por un no menos flagrante “vacío de investigación”. Se trata en este caso de la ausencia de evidencias “positivas” que hasta hace bien poco nublaban la antigüedad de Gadir, la primera fundación colonial fenicia asentada en

Occidente (Arteaga y Roos, 2002). El argumento de la citada “corta” datación (750 a.C.) ha sido reforzada extrapolando al valle del Guadalquivir las fechas que conocemos en el Morro de Mezquitilla, evitando con este mismo préstamo tener en cuenta las calibraciones (894-835 a.C.) que respecto de aquel asentamiento malagueño ahora se remontan al siglo IX a.C. (Aubet, 1994: 320-323), cuando menos (Castro, Lull y Micó, 1996).

Habida cuenta del estado de la investigación en que se daban las citadas circunstancias, cabe remarcar por nuestra parte la importancia que para un planteamiento alternativo tiene el descubrimiento del puerto antiguo de Gadir (Arteaga *et al.*, 2001a, 2001b; Arteaga y Roos, 2002). La primera datación relativa que hemos obtenido puede remontarse alrededor del siglo IX a.C., sin que falten en la secuencia documentada unas evidencias posteriores referidas a los siglos VIII-VII a.C. Pero lo más sugerente en relación con cuanto venimos comentando es que en la misma perforación realizada en la Plaza de la Catedral de Cádiz aparecieron otras deposiciones cerámicas hechas a torno en unos sedimentos marinos más profundos, siendo a todas luces relativamente más antiguos. Dado su estado de mala conservación, estos fragmentos no pudieron ser clasificados con absoluta certeza, aunque por dicha situación estratigráfica bien pueden pertenecer, con toda la prudencia que se quiera, a la segunda mitad del siglo X a.C., cuando no llegando hasta los comienzos del referido siglo IX a.C.

No acaban aquí, sin embargo, las novedades alusivas a la antigüedad de Gadir. En efecto, como resultado de unas posteriores excavaciones de urgencia realizadas en la “isla pequeña” dominada por el promontorio de Tavira que habíamos delimitado de manera geoarqueológica durante la primavera de 2001 (Arteaga *et al.*, 2001b), y que por lo mismo se encuentran bastante cercanas a la perforación de prueba FER 240 que hemos efectuado en el otoño de 2000 (Arteaga *et al.*, 2001b: 355) detectando niveles con materiales cerámicos por debajo de las dunas allí acumuladas, han comenzado a aparecer numerosos hallazgos fenicios que confirman las evidencias referidas al vecino Puerto de Gadir. Hasta el momento presente, gracias a la amabilidad de los excavadores de las intervenciones de urgencia, hemos tenido la oportunidad de analizar algunos complejos de materiales fenicios constituyendo unos contextos relativamente anteriores a los conocidos en el Morro de Mezquitilla, por lo que las expectativas cronológicas apuntan nuevamente a dataciones alrededor del siglo IX a.C., con una segura continuidad en el siglo VIII a.C. y con un probable techo de antigüedad que datamos hacia 950 a.C. Entre los materiales que hemos podido observar destacan, por ejemplo:

- a. Las series de platos hondos comparables con los de Morro de Mezquitilla, pero con la particularidad de presentar unos bordes que en ningún caso de los muchos que hemos medido sobrepasan una anchura superior que centramos entre 1,0 y 1,2 cm. Se trata por lo tanto de los platos de mayor antigüedad que conocemos en Occidente.

- b. Las series de ánforas orientales que mostrando unas variantes diferentes a las conocidas en las colonias fenicias de la costa mediterránea de Andalucía permiten establecer un nuevo horizonte de importación con expectativas comparativas entre Siria, Fenicia, Israel y Chipre, con una cronología que ciframos entre 950-850 a.C.
- c. Importaciones sardas que para nada desdican la relación puente que los fenicios mantuvieron a través de la ruta norte mediterránea, para poner en contacto la Cultura de las Nuragas con Gadir.
- d. Importaciones metálicas como las agujas de cabeza enrollada, que entre otras también concuerdan con los derroteros comerciales antes apuntados.

En cualquier caso, la arqueología gaditana acaba de operar en poco tiempo un vuelco repentino (Arteaga *et al.*, 2001a, 2001b; Arteaga y Roos, 2002), por lo que en el futuro no dudamos que la secuencia estratigráfica podrá irse completando, cuando menos corroborando unas dataciones relativas a la mayor antigüedad de Gadir en comparación con la fecha tradicional de la fundación de Cartago (814 a.C.), esta última ocurrida durante el reinado de Pigmalión (Aubet, 1994: 191-193).

La primera consecuencia que por el momento cabe retener es que la factoría de Gadir se remonta a un Primer Horizonte Colonial, a todas luces anterior al siglo VIII a.C.; mientras que los asentamientos fenicios occidentales hasta ahora conocidos en las costas mediterráneas de Andalucía, perteneciendo más bien a un Segundo Horizonte Colonial, concuerdan con las dataciones posteriores a 800/750 a.C. que por su parte (sin calibrar) venían aportando.

La segunda consecuencia que podemos apuntar estriba en la nueva correlación espacio-temporal que en Tarsis debemos darle a este Primer Horizonte Colonial de Gadir, ya que el mismo en realidad resulta ser sucesivamente posterior en relación con la época de algunas estelas decoradas que se pueden datar mucho antes de los siglos X-IX a.C. (Roos, 1997), y que se venían contrastando como propias del Bronce Final tartesio hasta hace poco llamado “pre-colonial” (Almagro Gorbea, 1977a, 2000; Bendala, 1977, 1995).

Una tercera consecuencia que desprendemos de lo anterior, radica en la necesidad de revisar dicha noción pre-colonial anterior a la presencia tiria en Gadir, elevando su contrastación a la transición de 1150-950 a.C. (s. XII-X a.C.), para hacerla coincidir con un comercio atlántico-mediterráneo más bien correlativo con los tiempos del mundo post-micénico. Esta correlación pre-colonial, por consiguiente, llena de contenido explicativo a la denominada “Época Oscura”. En primer lugar, porque se refiere al comienzo económico-social del poblamiento autóctono del Bronce Final tartesio. En segundo lugar, porque permite establecer para el Bronce Tardío pre-tartesio (s. XV-XIII a.C.) una relativa prelación de contrastación con la proyección del comercio micénico hacia el Mediterráneo central (Vagnetti, 1970, 1993) y

occidental (Martín de la Cruz, 1988). En tercer lugar, porque siendo correlativo con la presencia residual micénica después de 1200 a.C. en el Mediterráneo (Palestina, Chipre, Creta, Cerdeña) permite establecer una renovada expectativa (Schubart y Arteaga, 1986b) respecto de la procedencia de los primeros elementos orientales (Almagro Gorbea, 1977a, 2000; Bendala, 1977, 1995) que desde las costas sirio-palestinas y chipriotas llegaron al comercio tartesio antes de que Tiro pudiera llevar a cabo su hegemonía sobre Sidón y Biblos. En cuarto lugar, porque antes del reinado de Pigmalión (820-774 a.C.) con un Primer Horizonte Colonial dependiendo del Palacio-Templo de Tiro la función institucional de Gadir, durante la transición de los siglos X-IX a.C., cobra una evidente proyección estatal (Aubet, 1994). Por lo que respecto de los citados tiempos de Hiram I (969-936 a.C.) y de Ithobaal I (887-856 a.C.) aquella fundación estatal aporta igualmente un sentido histórico a las llamadas “Naves de Tarsis”. Desde la cobertura institucional del Estado tirio (Arteaga, 2001) entendemos que tanto los representantes del comercio público como los comerciantes de la iniciativa privada (Aubet, 1994) conocieron en el Puerto de Gadir la articulación de un sistema tributario que a través del templo de Melqart estaba conectado por las “Naves de Tarsis” con el palacio y el templo de la ciudad metropolitana (1 Re 10, 22).

En resumidas cuentas, son estas nuevas correlaciones comparativas las que nos llevan a proponer una revisión de los presupuestos interpretativos que hasta el momento presente vienen manteniendo algunos colegas respecto de la periodización protohistórica en Andalucía.

4. La emergencia de la civilización urbana en Tarsis analizada desde la tradición prehistórica del valle del Guadalquivir.

Una rápida mirada a los poblados prehistóricos de la Baja Andalucía permite mostrar que la arquitectura de planta ortogonal, a base de zócalos de piedra y paredes de adobe, que era bien conocida en el sudeste a partir del Bronce Antiguo argárico (Schubart, Pingel y Arteaga, 2000), no había comenzado a darse en el valle del Guadalquivir hasta el Bronce Pleno regional, perdurando después durante el Bronce Tardío (Arteaga, 1985; Arteaga *et al.*, 1986). En una forma similar a la de algunos modelos urbanísticos aplicados en relación con la Cultura de El Argar que conocemos en las vecinas tierras jiennenses gracias a las excavaciones extensivas de Peñalosa (Contreras, 2000) y en las granadinas gracias a las excavaciones del Cerro de la Encina en Monachil (Arribas *et al.*, 1974), la tendencia que referimos a la arquitectura de poblados con viviendas rectangulares y pseudorectangulares, con habitaciones separadas por tabiques y en algunos casos presentando estancias descubiertas, que suplantán en el valle del Guadalquivir a los poblados con casas circulares de la Época del Cobre y del Bronce Antiguo regional, podemos considerar que se generaliza cuando menos a partir de unos 1700-1600 años a.C.

En estos poblados la utilización de la piedra como material de construcción alterna con la técnica del tapial y del adobe (Arteaga, 1985) para producir como en Peñalosa (Molina,

Contreras y Rodríguez, 1997: 62-73) y en Los Alcores de Porcuna (Roos, 1997) al lado de viviendas rectangulares y pseudorectangulares espacios de circulación a modo de callejuelas, que en las laderas aterrazadas de algunos asentamientos sirven para comunicar distintos niveles de habitación y a su vez para facilitar la recogida de las aguas procedentes de las techumbres (Molina, Contreras y Rodríguez, 1997: 63; Schubart, Pingel y Arteaga, 2000). Los emplazamientos pueden contar con una defensa natural (Arteaga, 1985), pero estas últimas estrategias suelen quedar reforzadas mediante murallas flanqueadas en algunos casos por torres circulares (Arteaga, 1985; Arteaga *et al.*, 1986).

Una característica que cabe añadir a la implantación de estos patrones urbanísticos en el valle del Guadalquivir radica en la aparición de enterramientos individuales inhumados dentro del poblado, remarcando para el Bronce Pleno la introducción de una costumbre desconocida durante el Bronce Antiguo regional. Una costumbre funeraria al parecer de bastante corta duración, puesto que después tiende a quedar olvidada en la misma medida en que avanzan los tiempos del Bronce Tardío (s. XIV-XIII a.C.) caracterizados por la introducción de otros rituales diferentes que referidos a la cremación de los muertos no dejan a la vista de los arqueólogos ningunas evidencias sepulcrales (Schüle, 1969b: 77; Arteaga, 1977).

En concreto podemos afirmar a tenor de nuestras excavaciones en Los Alcores de Porcuna que las antiguas fortificaciones con bastiones propias de las Épocas del Cobre y del Bronce Antiguo, caracterizado este último por la perduración del vaso campaniforme, fueron suplantadas por los citados muros flanqueados por torres (Arteaga, 1985). Este mismo patrón de asentamiento defensivo aparece documentado en el poblado de El Albalate (Arteaga *et al.*, 1986), así como también en la vecina fortaleza de El Berral (Arteaga *et al.*, 1991). Las fortificaciones con bastiones documentadas tanto en Los Alcores de Porcuna como en El Albalate resultaron como propias del III milenio a.C. comparables a las que se venían describiendo como identitarias de la Cultura de Los Millares, Vilanova de San Pedro y Zambujal, permitiendo por su mayor antigüedad en el valle del Guadalquivir confirmar las sospechas que se tenían acerca de la autoctonía de aquella tradición arquitectónica (Renfrew, 1973; Arribas, 1986; Arteaga, 1985; Nocete, 1989).

La consecuente arquitectura de las fortificaciones flanqueadas por torres, como propia de la Edad del Bronce regional, no solamente permitía establecer una suplantación respecto de las murallas con bastiones de la Época del Cobre (Arteaga, 1985), sino también convocar la apertura de un debate mucho más amplio respecto de los distintos patrones de asentamiento que mostraban durante dicho III milenio a.C. otros grandes centros de poder, como Valencina de la Concepción (Arteaga y Cruz-Auñón, 1995; Cruz-Auñón y Arteaga, 1995), La Pijotilla en Extremadura (Hurtado, 1995) y Ferreira do Alentejo en Portugal (Arnaud, 1982), donde dominan otros sistemas defensivos diferentes, a los que aparecen adscritos unos asentamientos secundarios caracterizados por murallas flanqueadas por bastiones como las implantadas en

Porcuna (Arteaga, 1985) después de darse unas fases de ocupación de comienzos del III milenio a.C. (Arteaga *et al.*, 1986) que recuerdan más bien patrones de asentamiento propios del IV milenio a.C. como el estudiado en el Polideportivo de Martos (Lizcano, 1999).

La conclusión de la tradición de los poblados delimitados por grandes fosos de cierre, como propia del Neolítico Final, se hace patente en el Polideportivo de Martos (Lizcano, 1999), al igual que en otros asentamientos como Papa Uvas en Huelva (Martín de la Cruz, 1985, 1986), así como también quizás en La Marismilla de Puebla del Río (Escacena, 1985) y en el Campo Real de Carmona (Bonsor, 1899). Por lo que algunos centros de poder, como vemos en Los Alcores de Porcuna, instauran luego unos sistemas fortificados con bastiones suplantando como en El Albalate a los patrones de la tradición anterior, mientras que otros como Valencina-Pijotilla-Ferreira reproducen a una gran escala los sistemas de cierre mediante fosos, al mismo tiempo en que proliferan los asentamientos secundarios y las fortalezas con bastiones que cuando menos perduran hasta el Bronce Antiguo (Nocete, 2004). En otros casos, como en Los Pozos de Higuera de Arjona (Nocete, 1989), por detrás del foso de cierre se eleva un muro para reforzar el sistema defensivo, mostrando que en la tradición de la Época del Cobre pueden darse alternativas variables entre los fosos de cierre y los muros de fortificación; como puede quizás ocurrir entre las antiguas murallas con bastiones y las posteriores murallas con torres (Schubart, 1969; Oliveira, 2003), perdurando estas últimas desde la Época del Bronce.

La segunda consecuencia que acabamos de esbozar estriba, por lo mismo, en la expansión y perduración de la arquitectura con fortificaciones flanqueadas por torres, que en Los Alcores de Porcuna y en El Albalate sirven al principio para la defensa de patrones caracterizados a su vez por las viviendas cuadrangulares y pseudocuadrangulares propias del Bronce Pleno regional. Una nueva panorámica se abre al respecto, teniendo en cuenta que unos cuestionamientos similares deben quedar contrastados con un mayor detenimiento desde Portugal (Schubart, 1969; Oliveira, 2003) hasta el valle del Guadalquivir (Arteaga, 1985) y, así mismo, desde los asentamientos fortificados de Extremadura (Hurtado, 1995) hasta los observados en las Motillas de la Mancha (Nájera, 1984; Nájera y Molina, 2004), mostrando para nosotros unas tradiciones urbanísticas por lo tanto diferenciadas de las propiamente argáricas (Schubart, Pingel y Arteaga, 2000).

En el valle del Guadalquivir, por consiguiente, resulta interesante remarcar a la vista de la secuencia estratigráfica de El Albalate (Arteaga *et al.*, 1986) que los sistemas defensivos flanqueados por torres comenzaron encerrando todavía casa circulares construidas mediante zócalos de piedra y paredes alzadas con adobes. Después otras casas con plantas más bien oblongas y pseudocuadrangulares fueron introduciendo estructuras con muros rectos, tendientes a una arquitectura ortogonal de difícil seguimiento hasta ahora en la Baja Andalucía por la falta de excavaciones extensivas y no por otras causas, como opinan algunos autores cuando eludiendo reconocer este vacío de investigación suponen que en el valle del Guadalquivir no

existe ninguna tradición urbanística que pueda ser considerada anterior a la eclosión de la llamada tartesia. Conocemos poblados fortificados que incluso en relación con los montes de Sierra Morena y la penibética desdican esta afirmación.

En Los Alcores de Porcuna encontramos documentada esta tradición pre-tartesia desde la plenitud de la Época del Bronce, como hemos dicho, asociada a los citados enterramientos inhumados en fosas individuales, así como también a unas cerámicas de carena media que recuerdan a otras argáricas cuando todavía dominaban en los contextos alfareros del poblado las formas derivadas de la Época del Cobre, y entre ellas igualmente las producciones decoradas que a través del Bronce Antiguo regional nosotros consideramos en el valle del Guadalquivir como propias de una arraigada tradición post-campaniforme puesta igualmente de manifiesto en Carmona y en Monturque (López Palomo, 1993).

En las excavaciones de Monturque los muros rectos de la arquitectura de tendencia ortogonal también coinciden con el Bronce Pleno regional (López Palomo, 1993: 297). Por ello reproducen una expectativa urbanística bastante similar a la que observamos en Los Alcores de Porcuna y suponemos en Los Alcores de Carmona, también como propia de las tierras regadas por el río Genil (López Palomo, 1993: 312), apareciendo en el poblado enterramientos inhumados (López Palomo, 1993: 98-100, 111, 117) asociados igualmente a unos contextos cerámicos post-campaniformes donde destacan las vasijas de carena media (López Palomo, 1993: figs. 93, 114, 119, 127) que se hallaban por lo tanto más bien ausentes en las épocas anteriores (López Palomo, 1993: 153-216).

Cabe por lo mismo esperar que muchos otros poblados caracterizados por sus enterramientos inhumados al lado de casas construidas con muros rectos (Escacena y Berriatua, 1985) habrán de permitir que en la Baja Andalucía podamos remarcar a partir del Bronce Pleno en adelante la transición regional de aquel urbanismo autóctono que luego observamos en el valle del Guadalquivir instaurado como propio del Bronce Tardío durante los siglos XV-XIII a.C. (Roos, 1997). En efecto, podemos añadir que durante el Bronce Tardío, en la misma medida en que se abandona el ritual funerario de las inhumaciones integradas en los poblados que acabamos de considerar características a partir del Bronce Pleno regional, perdura la arquitectura referida a las viviendas construidas con muros rectos, ahora asociadas a unas nuevas formas cerámicas de carena alta, que en el sudeste denominamos post-argáricas (Arteaga y Schubart, 1980; Arteaga y Roos, 2003) y en el valle del Guadalquivir denominamos pre-tartesias (Roos, 1997; Arteaga y Roos, 2003), para no confundirlas de ninguna manera con las formas típicas del futuro Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) y mucho menos con las propias del Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.).

En la secuencia estratigráfica de Los Alcores de Porcuna estas cerámicas de carena alta identitarias del Bronce Tardío pre-tartesio (s. XV-XIII a.C.) aparecieron asociadas a un enorme edificio de planta rectangular (Roos, 1997) mostrativo de que las técnicas constructivas de

muros rectos con zócalos de piedra y alzados de adobe continuaban sirviendo para la ordenación urbana de unas estructuras de tendencia ortogonal como venimos argumentando. También en la secuencia de Monturque los niveles correspondientes al Bronce Tardío con cerámicas de carena alta, asociadas a unas estructuras de planta ortogonal (López Palomo, 1993: 312, fig. 86), confirman aquella tradición arquitectónica.

Las llamadas cerámicas tipo Cogotas constituyen otro elemento a tener en cuenta para la homologación del urbanismo del Bronce Tardío en el valle del Guadalquivir. En la estratigrafía de Los Alcores de Porcuna algún fragmento decorado tipo Cogotas coincide con las citadas formas de carena alta pre-tartésias que son en este poblado mucho más numerosas. En el Llanete de los Moros (Montoro) esta asociación recibe además una nueva afirmación cronológica alrededor del siglo XIII a.C., dado que los niveles con las cerámicas tipo Cogotas aparecen referidos a las importaciones micénicas que el excavador atribuye al Heládico Final IIIA o temprano IIIB (Martín de la Cruz y Montes, 1986; Martín de la Cruz, 1988; Podzuweit, 1990). En las excavaciones de Setefilla (Aubert *et al.*, 1983), como en las realizadas en Carmona (Carriazo y Raddatz, 1961), las expectativas estratigráficas resultan a nuestro entender idénticas a las matizadas en Los Alcores de Porcuna, Monturque y Montoro, por lo que consideramos que la caracterización del urbanismo pre-tartésio relativo al Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) difícilmente puede en adelante confundirse con el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) presente después también en las mismas secuencias referidas (Arteaga, 1985; Roos, 1997).

En la ciudad de Carmona, por las razones más bien propias de su estado de conservación deposicional, existen evidencias arqueológicas que siendo propias del Bronce Tardío (Carriazo y Raddatz, 1961; Jiménez, 1994), tampoco niegan la ubicación de otros niveles posteriores con materiales propios del Bronce Final Antiguo tartésio (Jiménez, 1994), así como tampoco la continuidad de la secuencia estratigráfica (Carriazo y Raddatz, 1961; Pellicer y Amores, 1985) que a través del Bronce Final Pleno y del Bronce Final Reciente nos permite con la ayuda de la contrastación del Cerro Macareno (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983) ilustrar en el reborde del *Lacus Ligustinus* (Arteaga y Roos, 1992, 1995; Arteaga, Schulz y Roos, 1995) el proceso conducente al urbanismo orientalizante del Hierro Antiguo del Bajo Guadalquivir de una manera *mutatis mutandis* similar a la observada en Los Alcores de Porcuna (Roos, 1997).

En base a las contrastaciones que acabamos de establecer podemos consignar para el estudio de la transición entre el Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) y el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) tres zonas orientativas en cuanto al valle del Guadalquivir:

- a. La zona de Carmona, hacia el Corbones como afluente destacado.
- b. La zona de Monturque, hacia el Genil como afluente central.
- c. La zona de Porcuna, con el Arroyo Salado como afluente referente.

Partiendo de esta noción puramente tentativa, resulta patente que solamente queremos llamar la atención sobre la comparación que entre las campiñas y el valle del Guadalquivir podemos establecer entre Los Alcores de Carmona y Los Alcores de Porcuna, sin olvidar al sur de Córdoba la articulación espacial del valle del Genil con su proyección hacia las tierras granadinas, donde el Bronce Tardío post-argárico y el Bronce Tardío pre-tartésio conocen una inmejorable zona de confluencia geopolítica respecto del Bronce Final Antiguo, situada entre Granada y Moraleda de Zafayona (Carrasco, Pachón y Pastor, 1985).

La definición del Bronce Tardío post-argárico y pre-tartésio resulta por todo lo dicho fundamental para alrededor de los siglos XV-XIII a.C. identificar cuáles eran las poblaciones autóctonas que en el sudeste y en el valle del Guadalquivir conocieron los intercambios atlánticos y continentales que confluyeron en el mediodía con los citados elementos comparados con la Cultura de las Cogotas (Molina y Arteaga, 1976; Arteaga y Molina, 1977) y, por otro lado, con los intercambios micénicos que se proyectaron a través del Mediterráneo central (Martín de la Cruz, 1988; Martín de la Cruz y Perlín, 1993). Resulta para ello necesario insistir en el reconocimiento meridional de las cerámicas de carena alta que hemos aludido y que desde el sudeste hasta la Baja Andalucía no siendo propias del Bronce Pleno, ni del Bronce Final Antiguo, resultan a su vez identitarias de un urbanismo post-argárico y pre-tartésio para nosotros a todas luces evidente (Arteaga y Roos, 2003).

Una comparación bastante concluyente para tales efectos podemos referirla a la arquitectura post-argárica de Cabezo Redondo de Villena (Soler, 1986: 392), donde las mencionadas cerámicas de carena alta (Soler, 1986: 394) no dejan lugar a dudas. Otra comparación con unos idénticos resultados para la citada noción post-argárica es aquella que podemos establecer en relación con la arquitectura que en Fuente Álamo (Cuevas del Almanzora, Almería) vemos asociada a los mismos grupos cerámicos, que consideramos no meseteños y que respecto de Cabezo Redondo (Soler, 1986: 394) hacemos confirmativos del comienzo del Bronce Tardío del sudeste (Schubart y Arteaga, 1986a). Una tercera comparación, además de las formuladas en Los Alcores de Porcuna (Arteaga, 1985; Roos, 1997), Montoro (Martín de la Cruz y Montes, 1986; Martín de la Cruz, 1987), Monturque (López Palomo, 1993), Setefilla (Aubert *et al.*, 1983) y Carmona (Carriazo y Raddatz, 1961; Jiménez, 1994), podemos consignarla en la campiña gaditana para llamar también la atención respecto de El Berrueco de Medina Sidonia (Escacena y Frutos, 1985; Escacena y Berriatua, 1985).

En este asentamiento gaditano, aunque los autores no identifican para nada la existencia del Bronce Tardío, las cerámicas de carena alta que se comparan por ellos como si fueran "argáricas" resultan más bien idénticas a las de Cabezo Redondo (Soler, 1986: 394) y de Fuente Álamo (Arteaga y Roos, 2003). Por lo que también en El Berrueco de Medina Sidonia, después de un urbanismo ciertamente propio del Bronce Pleno, con muros rectos hechos con zócalos de piedra y paredes elevadas con adobes, al lado de enterramientos inhumados igualmente

característicos de aquella época (Escacena y Berriatua, 1985: figs. 4 y 5), debemos coleccionar que algunas cerámicas con carena media comparables a las “argáricas” (Escacena y Berriatua, 1985: fig. 5.3) fueron continuadas por otras muchas de carena alta (Escacena y Berriatua, 1985: figs. 7 y 8) más bien propias del período pre-tartésio o sea del Bronce Tardío.

En consecuencia, no cabe duda de que carece de sentido afirmar un “vacío de población” en la Baja Andalucía durante el Bronce Tardío y durante el Bronce Final Antiguo, para mantener la interpretación de una “Época Oscura” a todas luces inexistente.

5. La importancia del Bronce Tardío pre-tartésio para la periodización protohistórica del Bronce Final y del Hierro Antiguo en el Occidente de Europa.

Con motivo de la ponencia presentada acerca del “Mundo de las colonias fenicias occidentales” en el congreso celebrado en Cuevas del Almanzora en el año 1984, en Homenaje a Luis Siret (AA.VV., 1986), uno de nosotros tuvo la oportunidad de debatir los criterios que respecto de las relaciones marítimas atlánticas-mediterráneas anteriores a la fundación fenicia de Gadir en “claves” post-micénicas se estaban por nuestra parte sustentando (Schubart y Arteaga, 1986b: 501). Los recientes resultados geoarqueológicos obtenidos en el casco urbano de la ciudad de Cádiz (Arteaga *et al.*, 2001a, 2001b; Arteaga y Roos, 2002) acaban de darle una mayor firmeza a las bases documentales cifradas en la citada propuesta de trabajo, brindando estos nuevos conocimientos un apoyo incuestionable a las hipótesis que sobre las periodizaciones protohistóricas occidentales entonces sugeríamos.

Desde la exposición de aquellas formulaciones hipotéticas dejábamos entrever la necesidad de salvaguardar la posible datación antigua de Gadir, frente a las posteriores fundaciones fenicias occidentales, con la consiguiente expectativa de poder elevar también la cronología del llamado Horizonte Pre-colonial a los tiempos que entonces considerábamos post-micénicos (s. XII-XI a.C.). Otros investigadores adoptaron, por el contrario, una cronología bastante “corta” para cifrar el comienzo de la colonización fenicia en Occidente, llevándola en su opinión al siglo VIII a.C., por lo que respecto del 750 a.C. crearon un cierto desfase en relación con el citado Horizonte Pre-colonial que en lugar de resultar post-micénico como nosotros proponíamos (Schubart y Arteaga, 1986b: 501) acabaría siendo rebajado temporalmente a los siglos X-IX a.C. Con este “desfase” cronológico se produjo una reacción en cadena, intentando aquellos autores homologar por un lado la datación del así llamado Bronce Final tartésio con las evidencias de la Ría de Huelva (Almagro Basch, 1940; Ruiz-Gálvez, 1995) y con las famosas estelas decoradas (Almagro Basch, 1966; Celestino, 2001: 321 ss.), tomando para ello como un referente la citada datación “relativa” al 750 a.C., para concluir de una manera errónea que todas las homologaciones antes dichas podían considerarse pre-coloniales.

En el momento en que ahora respecto de la fundación de Cartago (814 a.C.) confirmamos para el comienzo de la factoría fenicia de Gadir (s. X-IX a.C.) una cronología anterior situada alrededor de 950 a.C., esta elevación temporal produce un aparente desajuste respecto de las dataciones cortas asumidas por dichos investigadores, cuando en realidad la precisión de la fecha correspondiente a la época de Hiram I de Tiro (969-936 a.C.) puede resultar coherente con aquella perspectiva más bien post-micénica que nosotros propusimos para darle un contenido histórico a la mencionada noción pre-colonial (Schubart y Arteaga, 1986b).

En varios puntos clave podemos resumir nuevamente las formulaciones presentadas en el *Homenaje Siret*, antes de reseñar de acuerdo con el nuevo estado de la investigación gaditana (Arteaga y Roos, 2002) la importancia que nuestra elevación cronológica (hacia 950 a.C.) tiene para la periodización del comienzo de la protohistoria en el Extremo Occidente de Europa.

- a. Como punto de partida, consideramos en el debate sobre las colonias fenicias occidentales que las más antiguas navegaciones orientales conducentes a la fundación de Gadir acabaron más bien integradas ellas mismas en el desarrollo de un comercio atlántico-mediterráneo que existía desde el Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.). Este comercio occidental decíamos que había coincidido claramente con la expansión del comercio micénico hasta el Mediterráneo central (Schubart y Arteaga, 1986b: 501), por lo que tampoco había cesado cuando en Grecia se produjo el colapso de Micenas (1200 a.C.).
- b. En los tiempos que siguieron al colapso de Micenas, preguntábamos que habría ocurrido entonces con los intermediarios de su comercio, que se hallaban asentados en Palestina, en Chipre y en el Mediterráneo central hasta Cerdeña. Por lo que entendíamos que seguramente habían participado, antes de la fundación de Gadir por la ciudad de Tiro, en los intercambios post-micénicos que desde las costas sirio-palestinas y chipriotas contribuyeron aún más al colapso de Micenas, aprovechando por su parte esta crisis al parecer profunda en sus causas económico-sociales para contactar con el Mediterráneo central y establecer unas nuevas relaciones orientales con los derroteros atlánticos, a través de las rutas de la Península Ibérica que controlaban los príncipes post-argáricos y pre-tartesios a partir del Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) y cuyos propios intereses económico-políticos como nunca estaban en auge en los circuitos marítimos de Europa occidental (Arteaga y Roos, 2003).
- c. En la dimensión post-micénica que entonces asignamos al llamado Horizonte Pre-colonial, estábamos considerando en correlación con el Bronce Final Antiguo tartesio que respecto de la procedencia sirio-palestina y chipriota de los primeros elementos orientales que llegaban a Occidente durante los siglos XII-XI a.C., posiblemente se estaba abriendo un camino a la participación comercial fenicia, cuando todavía la

ciudad-Estado de Tiro no podía estar ejerciendo una hegemonía marítima sobre Sidón y Biblos. En definitiva, sabemos que esta preeminencia no se produjo hasta el reinado de Hiram I (969-936 a.C.), resultando por ello coherente que alrededor de 950 a.C. la mencionada participación de unos navegantes fenicios al lado de otros “pueblos del mar” que se hallaban involucrados en el comercio post-micénico hubiera acabado reafirmada entre Tiro y Tarsis mediante una alianza institucional cifrada en la permanencia estable de una factoría afincada en Gadir (Arteaga y Roos, 2002).

- d. La encrucijada de aquellas relaciones comerciales post-micénicas (s. XII-XI a.C.) nosotros la ubicábamos en el Mediterráneo central (Schubart y Arteaga, 1986b) con el objeto de distinguir la contrastación propia de unos circuitos marítimos orientales, en comparación con otros circuitos marítimos occidentales. Por un lado, en primer lugar para remarcar desde el mundo atlántico tartesio un circuito confluyente alrededor de Sicilia-Cerdeña. Por otro lado, para concretar cuáles eran los intercambios post-micénicos a partir de su análisis en Oriente, cuando todavía unas ciudades fenicias como Biblos y Sidón a tenor del testimonio consignado en el llamado relato de Unamón (Aubet, 1994: 106-108) dominaban en el tráfico marítimo establecido entre Egipto, Chipre y dichas costas sirio-palestinas. Y en tercer lugar, para poner en evidencia que los circuitos marítimos atlánticos continuaban estando más bien en las manos de otros “pueblos del mar” occidentales, que en la bibliografía especializada corrientemente no se tienen en cuenta. Es decir, para enfatizar por nuestra parte el papel comunicativo jugado por aquellos navegantes que en Occidente continuaron durante el Bronce Final Antiguo de Tarsis (hacia el siglo XII a.C.) frecuentando los estuarios atlánticos-mediterráneos que desde las Islas Británicas y Bretaña hasta los puertos de Cerdeña conocerían su encrucijada marítima en el Estrecho de Gibraltar y su mayor punto de confluencia comercial alrededor del valle del Guadalquivir (Arteaga y Ménanteau, 2004).
- e. En atención a las correlaciones marítimas antes apuntadas (Schubart y Arteaga, 1986b), después de los intercambios comerciales referidos en el Mediterráneo más bien al Bronce Pleno argárico (Schubart, 1976), que ahora datamos entre 1900-1600 a.C. (Schubart, Pingel y Arteaga, 2000), resultaría para nosotros evidente que los contactos relativos al Bronce Tardío post-argárico y pre-tartesio (Arteaga y Roos, 2003) tenían que coincidir con la expansión del comercio micénico desde el Mediterráneo central (Heládico Final IIIA y IIIB) durante los siglos XV-XIII a.C. (Vagnetti, 1970, 1993; Schubart y Arteaga, 1986b: 503). Todo ello resultaba igualmente coherente con aquellas nuevas confluencias atlánticas-mediterráneas que durante los siglos XII-XI a.C. proponíamos como “pre-coloniales”, para entender los

complejos materiales orientales acompañantes de las primeras fibulas de codo (1100-950 a.C.), y por otro lado para desde Occidente entender antes de su amortización la correlación que en la Ría de Huelva muestran algunos de aquellos elementos metálicos que podíamos considerar contemporáneos con los tiempos de la espada tipo lengua de carpa (Schubart y Arteaga, 1986b). Entendíamos que la circulación efectiva de aquellos elementos metálicos debía ser de esta forma durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.) anterior a la datación que pudieran recibir en una fecha referente a su deposición arqueológica durante el Bronce Final Reciente (s. IX-VIII a.C.); cuestionable igualmente respecto de los complejos hallados en el dragado de dicha ría onubense, por la aparición de otros objetos metálicos de unas épocas bastante posteriores como las referidas a la fibula anular tartesia (Schüle, 1969b).

- f. En atención a la correspondencia establecida para la correlación entre la circulación de la espada tipo Huelva de lengua de carpa como propia de la metalurgia tartesia (atlántica), y la circulación de la fibula de codo como propia de prototipos orientales (Schüle, 1969b) reproducidos desde Chipre hasta Sicilia y también con seguridad en Occidente, estábamos conjugando en los alrededores del circuito costero de Tajo-Sado, Tinto-Odiel y el valle del Guadalquivir la ubicación de las extracciones mineras que articuladas con las rutas del estaño traducen también en su dispersión las estelas decoradas tartesias. En la confluencia territorial referente al valle del Guadalquivir, una articulación regional de los contactos terrestres a través del Guadiana Medio (Extremadura) resultaba ilustrativa de los intercambios tartesios a través de las tierras del Alentejo hasta la zona neurálgica del Tajo-Sado; en una forma paralela a los que por el circuito marítimo desde el suroeste de Portugal a través de las costas del Algarbe con otra zona neurálgica en el Tinto-Odiel volvían a coincidir, como acabamos de reiterar en estudios recientes (Arteaga y Roos, 1992, 1995; Arteaga, Schulz y Roos, 1995), a través del *Sinus Atlanticus* y del *Sinus Tartessius* con el *Lacus Ligustinus* donde, por consiguiente, ahora más que nunca consideramos que se hallaba el “corazón” de Tarsis.
- g. En la posibilidad de ubicar como en las Islas Británicas y en Bretaña en comparación con Galicia otro foco atlántico de producción metalúrgica en Tarsis, significamos como otros autores la referencia de la espada tipo lengua de carpa de la Ría de Huelva para hacerla representativa en el ámbito extremo occidental de la Península Ibérica de una circulación de “bienes de prestigio”, que aunque hubiera utilizado prototipos foráneos para magnificar la opulencia de los príncipes contaba también con talleres autóctonos y con unos artesanos especializados capaces de elaborar unos objetos metálicos de alto status, destinados a las elites indígenas del mundo atlántico-mediterráneo. En atención a la correlación cronológica que ahora podemos reafirmar

respecto del Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.), el apogeo post-micénico de esta metalurgia atlántica en Tarsis pertenece al Horizonte Pre-colonial anterior a la fundación de Gadir (hacia 950 a.C.) y, por consiguiente, puesto después en una relación contemporánea con algunos objetos representados en las estelas tartesias más antiguas, concuerda temporalmente también con el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.). En el caso de que no pueda demostrarse en Occidente ninguna fundación colonial anterior, bien sea por parte de los micénicos, bien sea por parte de los fenicios, cosa que actualmente parece improbable, tenemos entre manos concretar con una mayor precisión la distinción cronológica entre los contactos atlántico-mediterráneos propiamente post-micénicos, relativos al Bronce Final Antiguo tartesio (s. XII a.C.), y los propiamente pre-coloniales que antes de la fundación de Gadir (Arteaga y Roos, 2002) como hemos dicho podemos referir a un Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.), sin ninguna ruptura del poblamiento autóctono respecto de la instauración tiria en Occidente.

- h. Las apreciaciones post-micénicas y pre-coloniales formuladas de una manera sintética en el *Homenaje Siret* (Schubart y Arteaga, 1986b) podían solamente en buena medida intentar conciliar las matizaciones materiales propuestas por otros especialistas tanto del mundo atlántico (Briard, 1965; Burgess, 1968; Coffyn, 1985) como del mundo mediterráneo (Almagro Gorbea, 1977a; Bendala, 1977); ahora cada vez más entredichas a pesar de los esfuerzos analíticos recientes (Ruiz-Gálvez, 1998), en la misma medida en que las fechas calibradas del radiocarbono debidamente contrastadas (Castro, Lull y Micó, 1996) nos ponen nuevamente en evidencia que las dataciones cortas tradicionales constriñen respecto de los paralelos orientales la independencia que debe tener el proceso histórico atlántico-mediterráneo, para poder ser bien entendido desde su autoctonía. Una comparación entre el debate suscitado en el *Homenaje Siret* en 1984 (AA.VV., 1986) y el suscitado después en el *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* celebrado en la ciudad de Cádiz en 1995 (AA.VV., 2000) puede aportar una idea bastante ilustrativa acerca de la controversia operada durante aquellos diez años de investigación, así como también sobre las luces y las sombras que después de la publicación de las *Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular* (AA.VV., 1995) hasta nuestros días se mantienen latentes. Lo primero que salta a la vista, frente a los autores defensores de las propuestas histórico-culturales que mantienen unas dataciones “cortas” para interpretar por cauces difusionistas, invasionistas y colonialistas el proceso tartesio, es que otros investigadores como nosotros mismos se atienen a las homologaciones percentílicas que las cronologías del Bronce Atlántico vienen aportando (Castro, Lull

y Micó, 1996: 254), también respecto del Mediterráneo (Mederos, 1996, 1997a, 1997b) en relación con el sudeste de la Península Ibérica (Schubart, Pingel y Arteaga, 2000), y que hacen patente que el Bronce Tardío referido igualmente al valle del Guadalquivir concuerda con la dimensión atlántica del Horizonte Penard (Roos, 1997), datado c. 1500-1200 a.C., confirmando para la metalurgia que referimos al Horizonte de la Ría de Huelva un marco temporal entre c. 1200-950 cal ANE (Castro, Lull y Mico, 1996: 254), que concuerda en el valle del Guadalquivir con el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) y con el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.); y en esta misma consecuencia afirmando para el Horizonte Baiões-Vénat un margen de datación entre c. 1000/950-800 cal ANE (Castro, Lull y Micó, 1996: 252-254) que no desentona con el Primer Horizonte Colonial que a partir del reinado de Hiram I de Tiro (969-936 a.C.) nosotros llevamos hasta los tiempos de Ithobaal I (887-856 a.C.) después de los recientes trabajos geoarqueológicos realizados en la propia ciudad de Cádiz (Arteaga y Roos, 2002).

- i. La homologación cronológica del Bronce Tardío pre-tartésico con el Horizonte Penard atlántico (c. 1500-1200 a.C.), confirmada en Fuente Álamo con la crisis sufrida por el Estado de El Argar (Schubart y Arteaga, 1986a; Arteaga y Roos, 2003), hace patente la afirmación (Schubart y Arteaga, 1986b) de que las comunidades autóctonas del mundo atlántico-mediterráneo de Europa occidental desde las Islas Británicas y la Bretaña hasta la Península Ibérica fueron protagonistas de un cambio económico-social y político de raigambre propiamente occidental. Este cambio profundo en las estructuras económico-sociales, especialmente apoyado en unas relaciones productivas agropecuarias y en el beneficio de la metalurgia del auténtico bronce, pudo pronto verse convertido en el polo de atracción de las redes de intercambio que por un lado conectaban con el norte y el centro de Europa (Kristiansen, 2001) y por el otro lado con el Mediterráneo central, donde mientras tanto se habían asentado los intermediarios del mundo micénico, también para aprovechar a través de la “ruta de Aquitania” las relaciones terrestres confluyentes en Bretaña (Giot, Briard y Pape, 1995). Esta situación referida por los prehistoriadores europeos al apogeo de la Cultura de Wessex, la consideramos nosotros en la Península Ibérica relativa al Bronce Tardío, que en el sudeste llamamos “post-argárico” y en el suroeste denominamos “pre-tartésico”, por lo que en la Meseta la contrastamos con el desarrollo autóctono de la Cultura de Las Cogotas (Arteaga y Roos, 2003). En tanto que las bases productivas de estos impulsos atlántico-mediterráneos no eran dependientes de Oriente resulta evidente que el colapso sufrido por El Argar en el sudeste (Arteaga, 2000; Schubart, Pingel y Arteaga, 2000), como el colapso sufrido luego por Micenas en la hegemonía del comercio

mediterráneo anterior al 1200 a.C., tampoco pudieron impedir que en Tarsis continuara progresando la misma economía política que desde el Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) estaba gestando su propia emergencia histórica. Durante el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) aquella emergencia ya estaba siendo encarnada por la sociedad aristocrática que representaban los príncipes ilustrados en las estelas tartesias, ostentando unos “objetos de prestigio” referidos a las relaciones comerciales que luego continuaron a todas luces manteniendo. Cuando las redes continentales de este comercio atlántico se hallaban en pleno apogeo (Briard, 1965; Burgess, 1968; Coffyn, 1985; Ruiz-Gálvez, 1987, 1998), con seguridad en Tarsis continuaba funcionando la estrategia geopolítica de las relaciones post-micénicas (s. XII a.C.) que hicieron posible la confluencia del comercio oriental “pre-colonial” en la Baja Andalucía (Schubart y Arteaga, 1986b).

- j. La posibilidad de centrar en Tarsis durante el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) y el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.) la consolidación pre-colonial (Schubart y Arteaga, 1986b: 501) de una metalurgia referida a la espada tipo Huelva abre desde la expectativa atlántica un notable adelantamiento comercial de acuerdo con el cual eran las iniciativas occidentales (Schubart y Arteaga, 1986b: 502) las que como tartesias estaban operando contando incluso con intermediarios para llevar a través de las Baleares sus intercambios marítimos hasta Cerdeña (Schubart y Arteaga, 1986b: 503). Teniendo en cuenta que la elaboración de objetos metálicos en Tarsis, como hemos dicho antes, estaba destinada no solamente para hacerla circular en la Baja Andalucía y en el circuito atlántico, sino también para fomentar dichos intercambios hacia la Alta Andalucía (Schüle, 1969a; Molina, 1978; Carrasco, Pachón y Pastor, 1985), llegando por el *hinterland* hasta el sudeste (Molina, 1978) y Levante (Arteaga, 1982), expusimos igualmente la necesidad de recurrir a las similitudes observadas entre la Cultura de las Nuragas (Lilliu y Schubart, 1968; Lilliu, 1992; Cesari, 1992) y la Cultura de los Talaiots (Rosselló, 1979) para confirmar aquellos intercambios tartesios (Schubart y Arteaga, 1986b: 503) utilizando como un puente de navegación los derroteros isleños de las Baleares (Fernández Miranda, 1978: 349 s.). Entendíamos que estos contactos con Cerdeña, siendo anteriores a los significados en el depósito de Monte Sa Idda, debían de considerarse previos también al referente fenicio de la estela de Nora (Röllig, 1990: 92), confirmando que el llamado comercio pre-colonial, después del Bronce Tardío, no habría sido meramente receptivo como algunos autores habían pensado. No en balde ante las evidencias baleáricas augurábamos a la vista de los materiales post-argáricos del Segura-Vinalopó, incluyendo el “Tesoro de Villena” (Soler, 1965), que desde las rutas terrestres las relaciones marítimas referentes al Bronce Final irían a

buen seguro cobrando unas mejores expectativas de conocimiento respecto de las Baleares y Cerdeña que respecto de los Campos de Umas Occidentales (Arteaga y Serna, 1979-80; Arteaga y Mesado, 1979), en la misma medida en que los arqueólogos del País Valenciano asumiendo la noción continuadora del Bronce Tardío (Arteaga, 1976) comenzaran a excavar los niveles propios para su estudio en lugares como el Pic dels Corbs en Sagunto (Almagro Gorbea, 1977b), la Mola d'Agres (Gil-Mascarell, 1981) y el Cabezo Redondo (Soler, 1986), como de hecho viene ocurriendo ahora mismo en una infinidad de sitios (Simón, 1998) gracias al impulso sobre todo de la joven Universidad de Alicante que de una manera encomiable ha sabido conducir con buen atino la inmemorable herencia de José M^a Soler García (Hernández Pérez, 1986) hasta alcanzar una visión de síntesis renovadora impensable hace apenas unos años (Hernández Pérez, 2001; Hernández Alcaraz y Hernández Pérez, 2004).

Habida cuenta de todo cuanto acabamos de exponer, entendemos que para la revisión que proponemos realizar respecto de la periodización referente a la protohistoria en Tarsis pueden tenerse en consideración seis cuestionamientos principales. Los vamos a concretar de una manera resumida, sin agotar la posibilidad de tratarlos con mayor detenimiento en otros trabajos futuros.

En primer lugar resulta fundamental respecto de los discursos procesuales mediterráneos y europeos contrastar en claves post-argáricas y pre-tartesias durante el Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) las dimensiones geopolíticas de los territorios y poblaciones que desde el suroeste de Portugal, incluyendo las tierras del Guadiana Medio (Extremadura), el valle del Guadalquivir y la Alta Andalucía, llegando hasta el sudeste de la Península Ibérica, prefiguran el desarrollo económico-social de la futura Tarsis, teniendo en cuenta que desde el océano su región nuclear acabaría estando articulada con el *Sinus Atlanticus* ubicado entre Huelva (ríos Tinto y Odiel) y Cádiz (río Guadalete), penetrando marítimamente por el *Sinus Tartessus* (en las actuales marismas del Guadalquivir) hasta el *Lacus Ligustinus* (entre Los Alcores de Carmona y el Aljarafe), antes de abarcar las tierras bajas del río de Tarsis: las mismas del Tartesos de la época de Argantonio (Arteaga, Schulz y Roos, 1995).

Respecto del desarrollo económico-político y social de los poblamientos autóctonos del Bronce Tardío en el resto de la Península Ibérica, la segunda desiderata de la investigación estriba en clarificar los sistemas de intercambios comerciales que entre ellos mismos fueron estableciendo, tanto a través de las rutas terrestres que conectaban con los estuarios atlánticos-mediterráneos, como a través de los derroteros portuarios que conectaban a dichos estuarios entre sí (Arteaga y Ménanteau, 2004).

En tercer lugar, resulta necesario considerar hacia la transición del Bronce Tardío y el Bronce Final Antiguo las concentraciones poblacionales post-argáricas y pre-tartesias que se consolidan en la futura Tarsis, resultando originarias de las nuevas relaciones-contradicciones y ordenaciones centro-periféricas caracterizadoras de los territorios estatales referentes a los intercambios post-micénicos y luego pre-coloniales anteriores a la fundación fenicia de Gadir. Esta consideración propone analizar a partir de dicho Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) y durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.) la expansión territorial de las estelas tartesias que antes del Bronce Final Reciente concuerdan con el apogeo autóctono de la metalurgia del Bronce Atlántico tipo Ría de Huelva, sin desconocer a la inversa los “objetos de prestigio” que por intercambio llegaban también a través de los circuitos atlánticos-mediterráneos confluyentes en el valle del Guadalquivir.

Mientras no se muestren fundaciones coloniales anteriores, una vez establecida la coherencia económico-política y social de la existencia histórica de Tarsis, la cuarta propuesta a tener en cuenta radica en analizar de “poder a poder” la relación institucional que los fenicios y tartesios establecen para darle una permanencia durante siglos a la alianza que mantuvieron a partir de los tiempos de Hiram I (969-936 a.C.). Esta consideración pretende matizar antes del reinado de Pigmalión (820-774 a.C.) y de la fundación de Cartago (814 a.C.) la existencia de un Primer Horizonte Colonial en Gadir, cuando menos hasta los tiempos de Ithobaal I (887-856 a.C.) y, por lo tanto, a todas luces anterior a un Segundo Horizonte Colonial que hasta ahora veníamos conociendo en relación con la expansión fenicia occidental hacia las costas mediterráneas andaluzas desde el 800/750 a.C. en adelante, según unas dataciones no calibradas.

La quinta propuesta consiste en revisar la proyección fenicia-tartesia de ambas implantaciones. Primero, respecto de la gaditana en atención a la temprana presencia fenicia faenando de manera constante en los circuitos marítimos que antes de Cartago (814 a.C.) estarían jalonados por los puertos de Cerdeña, Útica, Gadir y Lixus, en correlación también con los antiguos viajes de las “Naves de Tarsis” hacia los mares del ámbito atlántico-mediterráneo. Segundo, respecto de la expansión occidental a partir de los siglos IX-VIII a.C., la connivencia estatal fenicio-tartesia en atención a las navegaciones que por un lado a través de Lixus conectaban con la “ruta del oro y el marfil” hacia las costas de Senegal; por otro lado a través del Tajo-Sado con la “ruta del ámbar y el estaño” que conectaba con los mares nórdicos; y, por el Mediterráneo, llegando hasta el Bajo Segura, para alcanzar la región “periférica” del mundo tartesio. En tercer lugar, respecto de las nuevas fundaciones occidentales como Abul (Portugal) e Ibiza (648 a.C.), la progresiva autonomía tributaria colonial en atención al debilitamiento del poder metropolitano de Tiro coincidiendo con los asedios de Asarhadon (671-667 a.C.) y de Asurbanipal (663 a.C.) durante el reinado de Baal I (680-640 a.C.) y, finalmente, con el sitio de la ciudad por Nabucodonosor (585-572 a.C.).

Una sexta y no menos importante consigna que en este trabajo tratamos solamente muy de pasada, radica en analizar la citada connivencia estatal fenicio-tartesia desde las expectativas de su modo de producción y de reproducción social, a todas luces clasista, y analizar el sistema desigual a través del cual las relaciones interétnicas quedaron integradas en este nuevo desarrollo económico-social y político de Tarsis, para explicar en definitiva cómo se produce el salto cualitativo de la nueva Revolución Urbana significada en aquellas ciudades-Estado que durante el Hierro Antiguo orientalizante protagonizaron en el Occidente de Europa, como en Etruria y como en Grecia, otra antítesis respecto de la civilización hallstática (Frankenstein, 1997; Kristiansen, 2001), considerando esta última más bien desde una revisión actualizada de la teoría formativa del Estado, como proponemos desde la perspectiva de la aparición de la desigualdad social y no desde la noción neo-evolucionista de las jefaturas.

6. Una nueva precisión económica-social y política acerca del intercambio “pre-colonial” en la Baja Andalucía.

Los dominios territoriales que durante el Bronce Tardío fueron abarcando los poblados “pre-tartesios” del valle del Guadalquivir, en tanto que estos basaban su economía productiva y sus principales fuentes de riqueza en la explotación de las tierras agrícolas, ganaderas y mineras, que tenían bajo su control, sirven para explicar las condiciones propietarias sobre las cuales una clase social distinguida podía llegar a alcanzar un carácter aristocrático.

La emergencia de la futura aristocracia tartesia no se puede entender desposeída de la propiedad particular de la tierra, y por ello su emergencia como clase terrateniente debe comenzar a explicarse a partir del Bronce Tardío, si queremos aceptar su consolidación territorial en la Tartésida durante el Bronce Final y remarcar el aumento de la propiedad privada durante el período Orientalizante (Roos, 1997). Este proceso económico-social, en cuanto que se afirma sobre la estructuración económico-política de una explotación territorial, tampoco se puede concebir operando desde un “vacío de población”. Por lo que hace falta reiterar que apoyada sobre la emergencia de esta nueva organización social, conocedora de una antigua tradición estatal, pero superando el modo “conservador” del funcionamiento económico-político arraigado en una primera civilización referente a la Época del Cobre (Nocete, 1989) la que se estaba gestando durante el Bronce Tardío en la Baja Andalucía no era otra que la ordenación territorial de la futura civilización tartesia (Roos, 1997; Arteaga y Roos, 2003).

Habida cuenta del carácter “urbano” y “rural” que tendían a estructurar los grandes poblados pre-tartesios en el valle del Guadalquivir, resulta evidente que aunque no se hubieran contrastado sus dominios con las tierras de otras “aldeas” más pequeñas no podemos hacer comparables estas nuevas ordenaciones territoriales con las de una formación social tribal (Arteaga, 1992, 2000, 2002). Tampoco fueron “tribales” desde el Mediterráneo los referentes “comerciales” micénicos (estatales) con los cuales los poblados pre-tartesios se pusieron en

contacto. Ni eran “tribales” los “jefes” que como príncipes post-argáricos gobernaban por entonces en las vecinas tierras de la Alta Andalucía y del sudeste (Arteaga y Roos, 2003).

Se impone, pues, poner en consideración que la vieja tradición de la civilización mediterránea representada por los intermediarios micénicos, en un sentido inverso, se estaba poniendo en contacto con los intermediarios de otra antigua civilización occidental; y que, hallándose centrada en el ámbito atlántico-mediterráneo de la futura Tarsis, la emergencia de una nueva civilización “urbana-rural” estaba tomando el relevo de las relaciones comerciales que durante la Época del Cobre y la Época del Bronce propiciaron otros anteriores intercambios que llegaron a través de los vecinos pueblos y puertos del Levante y de Cataluña hasta el entorno del sur de Francia, hasta el entorno de Cerdeña y hasta el mismo entorno de Sicilia.

En el Mediterráneo central se encontraban, por consiguiente, situados los puntos de encuentro entre orientales y occidentales (Schubart y Arteaga, 1986b: 501), donde los intermediarios de ambos mundos se venían poniendo en contacto, porque allí precisamente alrededor de Italia se estaba generando otra potencia económico-política similar a la occidental y, *mutatis mutandis*, parecida a la que en el mar Egeo protagonizaban entonces los llamados grupos micénicos.

En este sentido, sin ignorar la existencia de otras periferias poblacionales de Asia, de África y de Europa, cabe subrayar que las sociedades capaces de proyectar por el mar Mediterráneo unos intercambios comerciales a gran escala durante el Bronce Tardío se encontraban, aparte de en el Próximo Oriente, también en Grecia, en Italia y en la Península Ibérica. Una valoración marítima se hace sumamente elocuente de cara al tráfico comercial. La expansión del comercio micénico hasta Italia, Sicilia, las islas Eólicas, Ischia y Cerdeña habla claramente a favor de que en el Mediterráneo central se estaban estableciendo “puertos francos” (Vagnetti, 1970; Muhly, 1973), a través de los cuales los metales occidentales (cobre y estaño, sobre todo) podían incrementar en el Mediterráneo oriental una demanda importante para las industrias del Egeo durante los siglos XVI-XV y posteriores (Vermeule, 1964). Un puerto de comercio importante, como en Lipari (Vagnetti, 1970, 1993), podía conocer intercambios llevados a cabo por distintos intermediarios entre el Egeo y los mares de Occidente, como pudimos señalar en su momento (Schubart, 1976; Schubart y Arteaga, 1986b), a tenor de las relaciones “micénicas” que se constataban en la Cultura de Thapsos (Sicilia), en la de Milazzo y en la de Malta (Brea, 1966; Daniel y Evans, 1967; Voza, 1972, 1973).

Destacan entre otras “mercancías” los recipientes en forma de grandes *pithoi*, contenedores de vino y de aceite, que circulando en todo el Mediterráneo central pudieron también llegar a la Península Ibérica como lo evidencian los hallazgos de Purullena (Granada) (Molina y Pareja, 1975; Martín de la Cruz y Perlina, 1993). Es decir, mostrando que los intermediarios del sudeste de España estaban introduciendo el comercio micénico que llevaría al Mediterráneo central cobre, estaño, plata y oro a través de los principados post-argáricos que

desde el Cabezo Redondo de Villena (Soler, 1965) hasta Monachil en Granada (Arribas *et al.*, 1974) por la ruta del río Genil podemos conectar con los principados pre-tartesios que desde Moraleda de Zafayona (Carrasco, Pachón y Pastor, 1985) conocemos en el valle del Guadalquivir (Arteaga y Roos, 2003). Otras similares serían las relaciones comerciales que desde Purullena (Granada) y Peñalosa (Jaén) (Contreras, 2000) se establecían con el valle del Guadalquivir a través de poblados como el de Los Alcores de Porcuna y el Llanete de los Moros de Montoro. Pero, en general, aquellas relaciones terrestres difícilmente se pueden entender sin aquellas otras que buscaban mediante la navegación una salida al mar por los grandes estuarios atlánticos-mediterráneos que desde el valle del Ebro hasta el valle del Guadalquivir conectaban luego con los puertos fluviales del Tajo, Duero, Miño, Garona y Loira, jalonando las rutas del comercio occidental de Europa (Arteaga, Schulz y Roos, 1995; Arteaga y Ménanteau, 2004).

La importancia que para los intercambios marítimos mucho más fluidos continuaron teniendo los puertos y embarcaderos situados en los principales estuarios mediterráneos y atlánticos, en adelante seguiría corriendo pareja con la creciente estrategia que para la navegación en alta mar cobraron los puertos isleños y, en especial, aquellos que marcaban la ruta marítima que por Chipre, Creta y Sicilia llegaba hasta la misma antesala del mundo occidental, situada en la costa sur de la isla de Cerdeña. En una buena medida la isla de Cerdeña no dejaría durante la prehistoria y protohistoria de mostrar una estrecha vocación occidental en relación con los intercambios marítimos retomados una y otra vez con la Península Ibérica.

En este sentido, tampoco extraña que hacia finales del Bronce argárico (Arteaga, 2000), datado hasta alrededor del 1600-1500 a.C. (Schubart, Pingel y Arteaga, 2000), los navegantes micénicos estuvieran frecuentando primero los derroteros marítimos que desde el sur de Italia y Sicilia les permitían acceder a los entornos mineros de la Toscana, y que desde Cerdeña, como hemos dicho antes, se hubieran puesto en relación con la “ruta del ámbar y del estaño” que cruzando desde las costas del Languedoc a través de Aquitania llegaba por la Península Americana (Bretaña) hasta el mar del Norte y las Islas Británicas durante los tiempos de la Cultura de Wessex (Giot, Briard y Pape, 1995; Kristiansen, 2001).

En el curso de esta misma progresión marítima, la evidencia consiguiente parece llevar a considerar que una vez propiciado el cambio económico-político observado entre los principados post-argáricos y pre-tartesios, desde Sicilia, el sur de Italia y con una mayor facilidad desde Cerdeña, durante el Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) los intermediarios del comercio micénico comenzaran también a realizar estos intercambios en el Extremo Occidente, buscando a todas luces por Andalucía poner en relación el circuito marítimo de los estuarios atlánticos con el circuito del Mediterráneo.

Los agentes intermediarios del comercio micénico muchas veces pudieron proceder de los mismos puertos occidentales. Pero no se descarta que otros navegantes procedieran de los enclaves que como micénicos se vienen localizando desde las islas del mar Egco, hasta otras tan

pequeñas como las Lipari en el Mediterráneo central, donde no dejaron de poner en explotación incluso rocas vítreas como la obsidiana y otras similares que también sirvieron para elaborar objetos de adorno que ofrecieran una exótica apariencia. Las cerámicas, las joyas y los grandes recipientes contenedores de preciados bienes de consumo, aparte de variados bienes de “prestigio” de refinada elaboración, fueron producidos por los artesanos micénicos y puestos en circulación cuando no por sus propios agentes comerciales por otros intermediarios.

En definitiva, como decíamos anteriormente, a tenor de dichas importaciones micénicas (que no tienen por qué proceder todas de Grecia) se puede colegir que fueron igualmente aquellas relaciones centro-mediterráneas las que hacia los siglos XII-XI a.C. acabaron dando también cabida a otras incidencias comerciales y que articuladas otra vez entre Oriente y Occidente en el ámbito de la Baja Andalucía podemos denominar “pre-coloniales”.

Nosotros mantenemos la noción pre-colonial de una manera más bien provisional, centrando alrededor del siglo XII a.C. su atención en el Bronce Final Antiguo tartesio y en una expectativa “colonial” referida a la futura fundación de Gadir. En sentido estricto, carece de rigor hablar respecto de Tiro de un comercio “pre-colonial” hacia finales del segundo milenio (s. XII-XI a.C.) cuando fueron muchos comercios los que en el Mediterráneo y en el Atlántico continuaron manteniendo intercambios a partir del hundimiento micénico. Muchos comercios que tanto por las rutas terrestres como por las rutas marítimas siguieron, como antes los micénicos, buscando contactar con los intercambios que las comunidades atlánticas continuaron ellas mismas desarrollando, sin verse afectadas en Occidente por los problemas que en Oriente se achacan, entre otras causas, a los “Pueblos del Mar”.

En este sentido pensamos que los “muchos” comercios antes aludidos eran llevados a cabo también por muchos “pueblos del mar” y que al no darse todavía ninguna talasocracia dominante como la antes pretendida desde el circuito micénico eran muchos navegantes en muy diversos derroteros portuarios los que desde Occidente continuaron dando salida a través de los grandes estuarios de Europa a los intercambios atlánticos que también por unas diversas rutas terrestres intentaban conectar con los circuitos de la navegación. La ruptura del antiguo equilibrio de las primeras civilizaciones estatales prehistóricas, más que por “invasiones” de pueblos, se produce en nuestra opinión durante el Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) por las propias contradicciones y resistencias que habían generado las relaciones estatales de la llamada Época del Bronce. Es por ello por lo que pensamos que la crisis de la civilización estatal oriental que afectaba al mundo micénico, no pudo resultar negativa para la civilización estatal occidental, cuando por su parte estaba desde las Islas Británicas y las costas de Bretaña operando con la Península Ibérica una renovada economía política, siendo este salto cualitativo propiciado durante el Bronce Tardío conducente en el mundo atlántico a un distinto proceso económico-social.

Este nuevo proceso económico-social que afectaba de una manera general a la civilización estatal atlántica, de una manera particular lo podemos contrastar en el Bronce Tardío post-argárico y en el Bronce Tardío pre-tartésio (Arteaga y Roos, 2003). Por ello intervienen en el cambio de las relaciones-contradicciones y resistencias propias de este importante período de “transición” otros factores económico-sociales y políticos que surgen de la crisis civilizatoria de la Edad del Bronce. Los intercambios comerciales que las poblaciones post-argáricas del sudeste y las poblaciones pre-tartésias del valle del Guadalquivir mantenían con las poblaciones de la Meseta, resultan probatorias de que los intereses político-económicos de la Edad del Bronce habían cambiado y que, por consecuencia, estas transformaciones ocurrieron durante el Bronce Tardío. Otra evidencia de que los intercambios que daban salida a los productos peninsulares eran variados la tenemos en la propia dispersión radial que desde la Meseta mostraba la cerámica tipo Cogotas (Molina y Arteaga, 1976), llegando hasta todos los grandes estuarios mediterráneos por donde circulaban a la inversa los intercambios marítimos.

Existían, por lo tanto, unas “redes comerciales” que conectaban los estuarios atlánticos y mediterráneos con el interior de la Península Ibérica mucho antes del Bronce Final. Por lo que estas “redes comerciales” propiamente occidentales, siendo confluyentes en la Península Ibérica durante el Bronce Tardío (s. XIV-XIII a.C.), fueron las que seguramente aprovecharon los intermediarios del comercio micénico instalado en el Mediterráneo central (Vagnetti, 1970, 1993) para llevar a los príncipes post-argáricos y pre-tartésios productos envasados como los que llegaron a Purullena en Granada (Molina y Pareja, 1975; Martín de la Cruz y Perlínes, 1993) y unas cerámicas del Heládico Final IIIA o temprano IIIB como las aparecidas en Montoro (Córdoba) (Martín de la Cruz, 1988), datadas hacia 1400-1250 a.C. (Podzuweit, 1990).

Habida cuenta de todo lo expuesto, para nosotros los intercambios “micénicos” no explican por sí solos el origen económico-social y político del comercio post-argárico y del comercio pre-tartésio, pero corroboran alrededor del Bronce Tardío la continuidad autóctona de ambos poblamientos. No explican después los intercambios siguientes durante el siglo XII a.C. ninguna “ruptura” cuando cesan las relaciones micénicas con Occidente, pero tampoco niegan que los intermediarios comerciales post-micénicos continuaran traficando desde Cerdeña hasta el Atlántico y viceversa, poniendo en contacto a través de la Península Ibérica las relaciones marítimas y terrestres que jalonaban los puertos estuarinos en los grandes cauces fluviales: como rutas principales de penetración.

En este sentido contrastamos durante el Bronce Final Antiguo tartésio (s. XII a.C.) la equivalencia relativa de un Horizonte Post-micénico, para cuestionar igualmente la noción pre-colonial y para remarcar que tales términos debemos tomarlos como referentes comparativos, pero nunca explicativos de la eclosión de la sociedad tartésia, la cual emergiendo del poblamiento del Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.), siendo su economía política autóctona, para nada dependía en su origen del hundimiento del mundo micénico (1200 a.C.), ni del

advenimiento “colonial” fenicio emprendido más tarde por la ciudad-Estado de Tiro, desde el reinado de Hiram I (969-936 a.C.) en adelante (Arteaga y Roos, 2002).

Una vez esclarecida esta cuestión conceptual planteada entre la noción post-micénica y la noción pre-colonial, cabe reiterar nuestra tercera alternativa explicativa, considerando que durante el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) la continuada intensificación económica que se produce en los territorios estatales de Tarsis, en manos de la emergente sociedad aristocrática que encarnan las elites integrantes de la clase dominante, constituye para nosotros la causa de que participando la Baja Andalucía del circuito comercial atlántico, los fenicios hubieran acabado asentados en Gadir. La sociedad tartesia, no siendo micénica, como tampoco oriental, ni siquiera fenicia, era indígena. Y en tanto que regida por una clase dominante, no era tribal, sino estatal. Su economía productiva conocía los intercambios del comercio atlántico, porque sus relaciones de poder participaban activamente en su mantenimiento.

No era cierto que el Estado de Tiro estuviera integrando en su “escalada de interacción” a la sociedad tartesia (Chapman, 1991) para expandir de manera desigual el ámbito del Sistema Mundo Oriental (Frankenstein, 1997), sino por el contrario, era la “interacción atlántica-mediterránea” donde la civilización estatal de Tarsis quedaba integrada la que estaba generando la atracción de la futura implantación colonial (pero no colonialista) de los fenicios en Gadir. Las connivencias fenicio-tarsias que pronto germinaron, de poder a poder, así lo demuestran. En otras palabras, para nosotros la emergencia de la economía política propia de la sociedad aristocrática tartesia era en Occidente a todas luces prioritaria a la futura política económica establecida a partir de los siglos X-IX a.C. a través de las relaciones de poder que los fenicios asentados en Gadir comenzaron a mantener en representación del Estado tiro.

La fama comercial alcanzada por los fenicios de Tiro no se comprende sin el desarrollo de una diplomacia capacitada para la búsqueda de alianzas llevaderas al mantenimiento de unos intercambios duraderos. Mediante estas relaciones de poder pudieron establecer su alianza con Salomón de Jerusalén para el sostenimiento de un comercio en el cual la parte interesada de Israel aparecería asociada a la parte interesada de Tiro mediante un tratado común. Pensamos que algo parecido ocurriría en Occidente, para el establecimiento de una relación institucional entre Tarsis y Tiro.

Las referencias bíblicas a las relaciones de poder instauradas entre Hiram I de Tiro y los reyes de Israel David y Salomón ponen en evidencia, como también ocurre en los anales de Tiro (Katzenstein, 1973: 77-84), las formalizaciones contractuales y diplomáticas que los fenicios eran capaces de establecer para fundamentar sus alianzas económico-políticas en beneficio de sus intereses económico-sociales. Ya desde la política exterior que se atribuye al rey Abibaal de Tiro, desde principios del siglo X a.C. (Katzenstein, 1973: 74) podemos entrever antes de la derrota de los filisteos por el rey David, la estrategia que continuaría desarrollando Hiram I no solamente en la tierra firme, sino también en el mar para ampliar sus circuitos comerciales. Con

la expansión del reino de Israel hasta el Eufrates durante el reinado de David, la ciudad de Tiro estaba consolidando su acceso a las rutas comerciales que conectaban con Anatolia y Siria, por un lado, y por el sur con Arabia y Egipto. Estas fueron las relaciones que Israel y Tiro mantuvieron durante el reinado de Salomón (960-930 a.C.), cuando además de llegar por el Mar Rojo hasta la India los navegantes fenicios vinculados al Palacio-Templo articulado desde el poder monárquico ostentado por Hiram I (969-936 a.C.) frecuentaban también las rutas comerciales mediterráneas que hacia el Extremo Occidente conectaban con Tarsis a través de Gadir.

Dadas estas connivencias estatales, tanto la sociedad aristocrática fenicia como la tartesia, aposentada esta última en los principales centros de poder del ámbito atlántico-mediterráneo articulado alrededor del valle del Guadalquivir, gozaron de los beneficios que la propiedad particular de los medios productivos a su alcance (las tierras) fueron generando a través del trabajo agrícola, ganadero, pesquero y también, contando con estas bases económicas, a través del trabajo minero-metalúrgico. Entendemos, por consiguiente, que en la sociedad tartesia no existía ninguna ruptura entre una “economía productora de bienes de prestigio” y una “economía productora de recursos alimenticios”. El carácter estatal de la clase aristocrática implantada en los territorios de Tarsis comprendía un control sobre la circulación, el cambio y el consumo de la producción basada en los medios agropecuarios, que a su vez sustentaba la explotación de los recursos minero-metalúrgicos, y no al contrario.

Este argumento contradice la hipótesis dicotómica que algunos autores, sobre todo británicos y sus seguidores, pretenden entrever entre una “economía en especie a gran escala” (*staple finance*) y una “economía de bienes de prestigio” (*wealth finance*), para desde la expectativa de los sistemas tribales de jefatura proponer modelos evolutivos hacia la aparición del Estado. En Tarsis, este no puede ser el caso, ya que a partir de la presencia fenicia tenemos representado el Estado incluso por partida doble. En efecto, con el intercambio comercial entre fenicios y tartesios pensamos que la presión estatal recrudece la explotación de los medios agrícolas, ganaderos, pesqueros, mineros, artesanales; por lo que esta nueva intensificación económica (que reflejan por su lado los “objetos de prestigio”) repercute en la división social del trabajo y en los modos de vida tanto urbanos como campesinos. En estos últimos, la proliferación de las aldeas a partir del Bronce Final Reciente puede ilustrar que la intensificación productiva era sobre todo agropecuaria y que estaba articulada por los poderes tartesios. Por un lado la agricultura y por otro la ganadería aportaban la mayor riqueza.

En efecto, desde los primeros tiempos fenicios en Gadir, los intercambios comerciales (política económica) que continuaron llevando “bienes de prestigio” a manos de las llamadas elites tartesias, quedaban sustentados (economía política) en las relaciones sociales de producción que dicha clase aristocrática reproducía en sus respectivos dominios estatales (territorios) ordenados para tales efectos entre los centros capitales y poblados secundarios

(articulación urbana), desde los cuales aquellos poderes controlaban la explotación de los medios campesinos (articulación rural). En correspondencia con la factoría comercial implantada en la colonia tiria de Gadir, nada extraña que los asentamientos mineros que podemos enumerar en Tarsis resulten en realidad minoritarios en comparación con aquellos que durante el Bronce Final, dependiendo de los centros capitales y de los poblados secundarios, comienzan a proliferar también en las tierras agrícolas, en las tierras ganaderas y en las tierras costeras donde los recursos marinos constituyen una alternativa productiva de una equiparable intensificación económica.

Hemos remarcado repetidas veces, frente a las hipótesis “invasionistas” y las hipótesis de una “colonización fenicia agrícola del valle del Guadalquivir” que los fenicios asentados en Gadir durante la transición de los siglos X-IX a.C. no habían emprendido ninguna ocupación de nuevas tierras en Occidente. Por lo que abarcando el espacio insular del archipiélago gaditano tenían suficiente tierra para poner en explotación unos medios agrícolas, ganaderos y marinos, que permitieran el mantenimiento de quienes habitaban en la factoría comercial, desarrollando las actividades propias de su establecimiento portuario (Arteaga y Roos, 2002).

Cuando los fenicios de Tiro con la ayuda de Gadir comienzan a conocer la ocupación de nuevos territorios coloniales en las costas mediterráneas de Andalucía (s. IX-VIII a.C.), resulta evidente que los elementos orientales que se integran en esta expansión durante el Bronce Final Reciente lo hacen contando con la connivencia política de los poderes tartesios que dominan sobre tales tierras. Por lo que cuando esto ocurre, al lado de los propios asentamientos indígenas los nuevos establecimientos fenicios tampoco dejan de incorporar fuerza de trabajo tartesia en las actividades productivas que dichas comunidades orientales desarrollaban en el litoral. La noción de la “colonización fenicia agrícola” en el valle del Guadalquivir (Alvar y Wagner, 1988; Wagner y Alvar, 1989, 2003) carece del sentido prevalente que otros autores vienen aceptando (p.ej. Bendala, 1995: 262; Belén *et al.*, 1997), entrando en contradicción teórica con el carácter que la propiedad de la tierra en manos de la aristocracia tartesia requiere que se analice, para entender por otro lado el carácter periférico que su posesión adquiere en aquellas tierras costeras que después pasaron a la pertenencia de la aristocracia comercial fenicia durante un Segundo Horizonte Colonial.

La contrastación que acabamos de referir entre los contextos materiales fenicios del Horizonte Morro de Mezquitilla B-1 (Schubart, 1985) y el Bronce Final Reciente tartesio (Roos, 1997) resulta esclarecedora de este Segundo Horizonte Colonial. Por un lado, porque muestra que los fenicios en el litoral colonizan un territorio periférico, contando con efectivos tartesios que laboran entre ellos. Por otro lado, porque esta expansión costera en cuanto al interior de la Tartésida coincide con la proliferación de los asentamientos campesinos indígenas, que desde los centros de poder y poblados autóctonos demuestran que durante el Bronce Final Reciente (s. IX-VIII a.C.) también se estaba produciendo la eclosión urbana y rural que acabaría dando lugar

al período Orientalizante relativo al Hierro Antiguo en el valle del Guadalquivir (Roos, 1997). No conocemos en ninguno de los pequeños asentamientos aldeanos del Bronce Final Reciente un contexto material como el documentado en el Morro de Mezquitilla B-I, que en el valle del Guadalquivir se pueda considerar fenicio. Por lo que pensamos que en lugar de una “colonización fenicia agrícola” estamos ante una expansión productiva claramente urbana, que desde los centros tartesios se estaba proyectando sobre el medio rural.

Mucho antes de que la movilidad de una fuerza de trabajo fenicia y tartesia pudiera mostrar la connivencia de las relaciones de poder que conducen a la consolidación de las ciudades-Estado del período Orientalizante, debemos retener que los centros de poder tartesios durante el Bronce Final Pleno, y sin ninguna colonización fenicia fuera de la explotación agropecuaria del espacio insular de Gadir, estaban mostrando una permanencia urbana gracias a la citada intensificación económica que las elites autóctonas ejercían sobre el control propietario de los medios rurales a su alcance. En efecto, como también venimos argumentando, frente a la mayor estabilidad locacional de los centros capitales, la proliferación de pequeños asentamientos durante el Bronce Final Reciente, al lado también de otros poblados secundarios, implica una movilidad más grande y unas más cortas duraciones de las ocupaciones porque las nuevas ordenaciones territoriales resultaban dependientes del modo productivo según el cual en los ambientes campesinos estaba en aumento la explotación rural. Es decir, traduciendo los registros arqueológicos (Roos, 1997) antes y después de la fundación de Gadir, que desde el control de los asentamientos más estables eran las pequeñas comunidades aldeanas las que cargaban con la puesta en producción de las tierras de mayor potencialidad económica, fuera en las extensiones sometidas al sistema tributario articulado con cada territorio estatal, fuera prestando una fuerza de trabajo de manera más directa en las propiedades urbanas y rurales de la clase aristocrática que ostentaba el poder gubernativo, religioso y militar.

Durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.) y durante el Bronce Final Reciente (s. IX-VIII a.C.), en consonancia con el crecimiento de la propiedad privada que consideramos referente al modelo estatal propuesto para la civilización urbana del período Orientalizante (Roos, 1997), pensamos que la emergencia de la ciudad-Estado en Tarsis obedece al proceso autóctono que respecto de la sociedad clasista acabamos de exponer, partiendo de la observación de las residencias capitales, desde las cuales durante varios siglos las elites dominantes fueron acrecentando su control sobre la circulación de la fuerza de trabajo, organizada sobre el medio agrícola, ganadero, marítimo y minero; para también en los medios urbanos centralizar el control de otros trabajos especializados y artesanales, como igualmente los intercambios comerciales a larga distancia que tanto por el Atlántico como por el Mediterráneo continuaron en la Baja Andalucía encontrando una región confluyente: la de Tarsis. La economía de Tarsis era por lo mismo agrícola, ganadera, minero-metalúrgica y además comercial.

Podemos concluir acerca de la continuidad de esta confluencia atlántica-mediterránea en coincidencia con la geopolítica de la región de Tarsis que el llamado intercambio pre-colonial, no siendo todavía para nada acaparado por los fenicios fundadores de Gadir, pone una vez más en evidencia que el comercio occidental estaba motivado por el desarrollo de un proceso económico-social a todas luces preexistente (Schubart y Arteaga, 1986b). Nosotros entendemos que aquel “movimiento comercial” era sobre todo atlántico y que la citada continuidad económico-social no podía referirse más que al desarrollo económico-político del poblamiento emergente del Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.).

En atención a nuestro criterio analítico atlántico-mediterráneo, tantas veces expresado respecto de la Prehistoria y de la Protohistoria en Andalucía, la teoría estructural de la colonización fenicia occidental (Arteaga, 1987) encuentra su paradigma en la fundación de Gadir porque en el epicentro territorial de la teoría estructural precedente estaba instaurada la realidad económico-política de Tarsis. Las relaciones de producción establecidas en la Tartésida explican, frente a la posterior presencia fenicia llegada por el mar, una antelación de varios siglos en el conocimiento, la propiedad y explotación de los recursos económicos del territorio continental, e implican una participación previa durante aquellas centurias en la articulación continuada del comercio atlántico y, por lo tanto, igualmente antigua en cuanto al control de las rutas de comunicación terrestres, fluviales y marítimas, a través de las cuales se transportaban las materias primas y los productos que se intercambiaron entre el circuito atlántico, el circuito mediterráneo y el circuito del valle del Guadalquivir. En definitiva, convirtiendo al río de Tarsis en un polo de atracción comercial, destacado dentro del crecimiento económico operado también en la fachada atlántica de Europa occidental a partir de los siglos XIII-XII a.C.

La investigación especializada de las últimas décadas, en la superación de las teorías difusionistas anteriores, viene centrando su atención en la intensa circulación de metales – la riqueza aparente – y sobre todo de armas de bronce como bienes de prestigio para caracterizar este “crecimiento económico” en el área atlántica. Nosotros insistimos más bien en el concepto económico-social que consideramos agrícola-ganadero-minero-metalúrgico para acceder a la noción político-económica del intercambio comercial, sin caer en el modelo circulacionista de bienes de prestigio, que introducido por el procesualismo conduce al contextualismo post-procesual. Sobre todo porque este modelo de “crecimiento económico” en Tarsis no explica las relaciones sociales de producción establecidas para que esta región se viera “privilegiada” con la circulación de metales y armas de bronce eludiendo en su propuesta plantear claramente que las elites indígenas que promovieron aquellos intercambios antes de la llegada de los fenicios (Arteaga y Roos, 2003) fueron una clase dominante privilegiada por la existencia del Estado que ellas encarnaban y no unas meras “jefaturas” resistentes contra el mismo.

La noción del “intercambio comercial” difícilmente puede resultar coherente en términos económico-políticos con el concepto “aristocrático” que en la Tartésida algunos

autores neo-evolucionistas (procesualistas *versus* contextualistas) quieren aplicar partiendo del criterio igualitario de una sociedad tribal con “jefaturas”. Nosotros pensamos que el acaparamiento de dichos bienes de prestigio por parte de tales elites indígenas no puede ser explicado sin considerar que las mismas constituían una clase social dominante y que su privilegio aristocrático basado en la propiedad de las mejores tierras agrícolas, ganaderas, pesqueras y mineras propiciaba que ostentaran el poder económico y político, que en definitiva disponía de la circulación de una fuerza de trabajo sobre la cual se sustentaba el sistema de explotación (modo de producción) del que dependía el intercambio comercial atlántico-mediterráneo de Tarsis.

Los datos arqueológicos aportados durante estos últimos años por la investigación especializada en Portugal, en Extremadura y en la ría de Huelva, aparte de que traducen la preexistencia atlántica de un comercio interregional, conectando los circuitos occidentales del Bronce Final (Coffyn, 1985; Ruiz-Gálvez, 1986, 1995; Aubet, 2000), pensamos que además pueden aportar desde la teoría del Estado una lectura económico-social mucho más cercana a la explicación de la motivación económico-política que indujo a los fenicios a fundar un establecimiento comercial en la Bahía de Cádiz. En efecto, dado que no se produjo en la Tartésida ninguna ruptura socio-económica, entre el Bronce Tardío y el Bronce Final, en comparación con aquella que durante el período pre-colonial observamos entre el colapso micénico y el comienzo de la talasocracia fenicia, debemos atribuir a la permanencia económico-política del Estado tartesio la continuidad de los intercambios comerciales que siguieron confluyendo en torno al *Lacus Ligustinus* (Arteaga y Roos, 1995; Arteaga, Schulz y Roos, 1995). Sin la existencia continuada de una estructura productiva organizada de una manera estatal entre el río de Tarsis, el *Lacus Ligustinus*, el *Sinus Tartessus* y el *Sinus Atlanticus*, pensamos que tampoco se habría propiciado para los fenicios de Tiro ningún intercambio comercial atrayente, ocupando solamente las islas del archipiélago gaditano.

Entendemos que esta solución estratégica de ocupar las islas estaba determinada por la dominación estatal que los tartesios venían manteniendo desde el *Lacus Ligustinus* sobre la región neurálgica del comercio atlántico-mediterráneo. Por lo que dependiendo del control de los puertos estuarinos (Arteaga y Roos, 1995; Arteaga y Hoffmann, 1999; Arteaga y Ménanteau, 2004) que los tartesios articulaban a través de sus puertos fluviales con las rutas del transporte terrestre, los fenicios conocieron a su llegada unas redes de comunicación vertebradas por el comercio autóctono, al cual se aproximaron desde dichos puertos marítimos (Arteaga y Schulz, 1997; Arteaga y Roos, 2002). La estrategia fenicia estaba respecto de Tarsis al principio mucho más apegada a los puertos marítimos, mientras que la estrategia tartesia controlaba sobre todo los estuarios que daban acceso a los puertos fluviales (Arteaga y Hoffmann, 1999), siendo ambas referencias las que desde la fundación de Gadir debemos analizar de una manera cambiante a partir de la expansión colonial, cuando la alianza de intereses entre fenicios y

tartesios condujo a que contando con la connivencia de estos últimos se negociaran otras pautas respecto de la propiedad, posesión y explotación de las “nuevas” tierras costeras que aquellos fueron ocupando.

Durante el período pre-colonial la ordenación del territorio continental de Tarsis estaba afirmada en relación con la expansión del régimen de la propiedad de los medios productivos por parte de la clase dominante aristocrática que detentando el poder económico y político además era la beneficiaria del tráfico comercial. No se trataba, por lo tanto, de un mero comercio adquisitivo de objetos de prestigio de origen foráneo, aunque éstos tuvieran también una gran demanda. En el ámbito atlántico de Tarsis se producían igualmente artefactos de alto status, como las espadas tipo Huelva, que estaban destinadas a las élites indígenas del circuito atlántico-mediterráneo. El auge alcanzado por la metalurgia tartesia antes de 950 a.C. muestra que desde 1200 a.C., con el hundimiento de Micenas en el protagonismo comercial y todavía sin la participación activa de los fenicios de Tiro, además de los especialistas que se movilizaban para trabajar al servicio de connotadas demandas locales existían también en los centros de poder unos talleres artesanos que adscritos a los príncipes tartesios elaboraban hachas, lanzas, espadas y otros “bienes de prestigio” que luego circulaban en los territorios vecinos, llegando igualmente a los citados derroteros marítimos que desde los estuarios atlánticos conectaban a través de las islas Baleares con Cerdeña (Schubart y Arteaga, 1986b).

Los autores que analizan la procedencia mineral del cobre y del estaño, para intentar explicar también la circulación de los artefactos metálicos hechos con un verdadero bronce en Europa occidental, muestran la manera en que los principales focos de producción y comercio se desplazaron desde el centro y noroeste del continente gradualmente hacia Francia y la Península Ibérica, “hasta gravitar, en los siglos X-VIII, en torno al estuario del Tago y la ría de Huelva” (Aubert, 2000: 32). Con toda seguridad las explotaciones mineras de las riquezas metalúrgicas del suroeste estaban siendo articuladas desde mucho antes en aquella gravitación, por lo que las mejores tierras mineras acabaron bien pronto vinculadas al circuito comercial del valle del Guadalquivir, donde la economía productiva agropecuaria que controlaban los emergentes centros de poder desde la transición del Bronce Tardío al Bronce Final Antiguo estaban potenciando la expansión territorial de la aristocracia principesca representada en las estelas tartesias.

La metalurgia atlántica dentro de la cual se incluye la tartesia producía antes de 950 a.C. muchos de los “bienes de prestigio” que representados en las estelas circularon también hacia el Mediterráneo. Pensamos que estas redes comerciales fueron anteriores a la estructuración espacio-temporal de la colonización fenicia que no fue realmente expansiva hasta la transición de los siglos IX-VIII a.C. Por lo que habiendo sido aquellas navegaciones incluso predecesoras del Primer Horizonte Colonial (s. X-IX a.C.), pensamos que deben ser consideradas post-micénicas (Schubart y Arteaga, 1986b) y que como propias del comercio atlántico a través de

los puertos estuarinos y fluviales europeos durante los siglos XII-XI a.C. pueden tenerse en cuenta para darles desde Occidente unas distintas contrapartidas a los llamados Pueblos del Mar.

En cualquier forma cabe remarcar que la utilización del concepto pre-colonial debe como proponemos ser manejado de una manera bastante convencional, sin olvidar que antes de que pudiera darse una implantación fenicia en Occidente la que estaba creciendo en el ámbito atlántico-mediterráneo era la estructuración estatal de Tarsis. Por lo que tampoco debemos ignorar que fueron las redes comerciales autóctonas las que dando cabida a los intercambios post-micénicos dieron también entrada al comercio fenicio y no a la inversa.

Solamente avanzando en la proyección posterior de la noción fenicia occidental, que para nosotros implica un nuevo salto cualitativo en el modo de producción establecido en relación con los tartesios (Roos, 1997), pensamos que puede comprenderse que sin hallarse asentados ciertamente en ninguna *terra incognita* (Aubet, 2000: 32), ocupando los puertos marítimos de Gadir vecinos al epicentro geográfico del comercio atlántico-mediterráneo (Arteaga y Roos, 2002), los fenicios de Tiro hubieran comenzado a institucionalizar su empresa estatal metropolitana cerca de Tarsis, durante el reinado de Hiram I (969-936 a.C.), para luego apoyados en la alianza fomentada con respecto del poblamiento indígena desde Gadir y contando con el beneplácito de los poderes autóctonos, a través de la colonia isleña impulsar la fundación de otros asentamientos en la tierra firme, como vemos en el Morro de Mezquitilla, a partir del reinado de Ithobaal I (887-856 a.C.).

7. La diacronía formativa del paisaje urbano y rural del Bronce Final Reciente tartesio: parámetros cronológicos para su ordenación espacial.

Por todo lo antes dicho cabe concluir que el origen del urbanismo pre-tartesio debe centrarse en el territorio del valle del Guadalquivir, para a partir del Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) en adelante dejar abierto un cuestionamiento sumamente interesante respecto del Bronce Final tartesio. Este cuestionamiento lo podemos dejar enfocado de dos maneras tentativas:

- a. En primer lugar, a tenor del propio valle del Guadalquivir, preguntando por la tradición urbana que referimos a la arquitectura de tendencia ortogonal cuestionada a tenor de Porcuna, Montoro, Monturque, Setefilla, Carmona y Medina Sidonia.
- b. En segundo lugar, a tenor de otras zonas periféricas en relación con la Tartésida, donde la arqueología tampoco deja de mostrar otros patrones de poblado en los cuales las ordenaciones espaciales aparecen durante el Bronce Final estructuradas en casas de planta ovalada como las documentadas en los Cabezuelos de Úbeda en Jaén (Contreras, 1982) y en Alboloduy en Almería (Martínez y Botella, 1980), cuando no referidas a unas casas de planta circular como aquellas que traduciendo igualmente unas diferentes concepciones habitables quedaron descritas en el Cerro Real de Galera en Granada (Pellicer y Schüle, 1962, 1966), en la Sierra de Ronda en Málaga

(Aguayo *et al.*, 1986) y también en la costa de Huelva como resulta patente en el Cabezo de San Pedro (Fernández Jurado, 1988-89) a pesar de la importancia tartesia de su puerto.

En definitiva pensamos que la tradición urbana que concierne al Bronce Final tartesio, a partir del siglo XII a.C., debemos comenzar a buscarla alrededor del *Lacus Ligustinus* (Arteaga y Roos, 1992, 1995; Arteaga, Schulz y Roos, 1995), así como por extensión después en el valle del Guadalquivir (Arteaga, 1985; Roos, 1997). Teniendo en cuenta que la continuidad poblacional del Bronce Final Antiguo, referida a la tradición urbana de la arquitectura ortogonal, estaba presente entre Los Alcores de Carmona y Los Alcores de Porcuna, cuando menos desde c. 1700-1600 a.C., pensamos que deben ser los grandes centros ocupados también durante el Bronce Tardío (c. 1500-1200 a.C.) los que siendo considerados prioritarios ayuden a explicar hacia los tiempos post-micénicos las ordenaciones territoriales pre-coloniales como realmente antecesoras de la fundación de Gadir por parte de los fenicios de Tiro.

Como hemos expuesto en trabajos recientes, los centros de poder que consideramos pre-tartesios en comparación con los principados post-argáricos dominaron muy extensos territorios (Roos, 1997; Arteaga y Roos, 2003). Las residencias principescas concentraron en estos asentamientos numerosos pobladores procedentes de antiguos sitios que fueron abandonados. Sobre el control de los extensos territorios dominados desde los centros de poder pre-tartesios, entendemos que durante el Bronce Tardío se fueron consolidando las propiedades particulares de las tierras, que hacia el Bronce Final Antiguo ostentaba la aristocracia de Tarsis como una clase social dominante.

Entendemos también de esta manera que los grandes poblados propios del Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) no pudieron ser muy numerosos, porque aparte de algunos asentamientos periféricos fueron ellos a su vez continuadores en el valle del Guadalquivir de los "principados" pre-tartesios del Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.), cuando las mejores tierras productivas controladas por la emergente estructura aristocrática estaban ordenadas por aquellos centros de poder y los habitantes más numerosos de cada territorio quedaron concentrados todavía en los mismos núcleos de población.

Durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.), partiendo de tales centros poblacionales pensamos que fueron establecidas otras ordenaciones territoriales coincidentes en su organización territorial con los primeros tiempos (hacia 950 a.C.) de la presencia fenicia en Gadir. Pero la verdadera eclosión de la organización rural de los centros primarios y secundarios tartesios podemos subrayar que se produjo durante el Bronce Final Reciente (s. IX-VIII a.C.), cuando en una estrecha relación con Gadir vemos que se proyecta hacia las costas mediterráneas de Andalucía la expansión colonial fenicia occidental. Las dataciones calibradas del Carbono-14 en el Morro de Mezquitilla (Aubet, 1994: 323) hablan de una expansión que comienza hacia

894-835 cal BC, por lo que siendo propia del siglo IX a.C. coincide en parte con los tiempos de Ithobaal I (887-856 a.C.) y de este modo resulta anterior a la fundación de Cartago (814 a.C.).

La evolución cronológica de estos primeros tiempos coloniales en relación con el Bronce Final tartesio puede quedar matizada de la siguiente manera:

- a. Durante el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) tiene cabida un Horizonte Post-micénico que a partir de 1200-1150 a.C. comprende el comienzo del llamado comercio pre-colonial.
- b. Durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.) el desarrollo del comercio tartesio pre-colonial conduce a la fundación de Gadir por parte de los fenicios de Tiro, coincidiendo la misma a partir de 950 a.C. con el reinado de Hiram I (969-936 a.C.). Postulado este soberano tiro como fundador de Gadir, corresponden a su gobierno y a sus sucesores Baal-eser I (935-919 a.C.) y Abdastrato (918-910 a.C.) todavía durante buena parte del Bronce Final Pleno tartesio las primeras noticias sobre las "Naves de Tarsis". Entendemos que el comercio de Tiro a través de Gadir durante los tiempos de Hiram I (969-936 a.C.) y de los reinados siguientes quedaba referido a un Primer Horizonte Colonial relativo a la ocupación insular de las Gadeiras.
- c. Durante el Bronce Final Reciente (s. IX-VIII a.C.), coincidiendo con el reinado de Ithobaal I de Tiro (887-856 a.C.) y de sus sucesores Baal-azor II (855-830 a.C.) y Mattan I (829-821 a.C.), comienza a producirse hacia las costas mediterráneas de Andalucía la mencionada expansión fenicia occidental que según el Morro de Mezquitilla (894-835 cal BC) se inicia antes de la fundación de Cartago (814 a.C.), coincidiendo esta última con el reinado de Pigmalión (820-774 a.C.). Entendemos que desde los tiempos de Ithobaal I (887-856 a.C.) el comercio de Tiro, contando con el apoyo de Gadir, Lixus y Útica, quedaba en Occidente referido a un Segundo Horizonte Colonial, ocupando los fenicios otras tierras costeras en connivencia con los poderes tartesios. La fundación de Cartago (814 a.C.) solamente puede quedar relacionada con una tercera fase de colonización, que desde finales del siglo IX a.C. y durante la primera mitad del siglo VIII a.C. coincide con la implantación de otros asentamientos fenicios en Malaka, Sexi, Abdera y Baria, que a tenor de la factoría de Toscanos ofrecen materiales arqueológicos datados de manera relativa a partir del 750 a.C.
- d. La connivencia económico-política desarrollada entre fenicios y tartesios durante el Bronce Final Reciente (s. IX-VIII a.C.), en los alrededores del *Lacus Ligustinus* (Arteaga, Schulz y Roos, 1995) y en el valle del Guadalquivir, queda por esta parte traducida en la citada ordenación urbana y rural que con su eclosión puesta de manifiesto en los centros de poder y en la aparición de las necrópolis tumulares de las élites aristocráticas (Roos, 1997) preludia la emergencia de la llamada Cultura

Orientalizante, que a partir de 725/700 a.C. como propia de un Hierro Antiguo florece durante el siglo VII a.C., coincidiendo su máximo apogeo económico-social y político con la instauración del poder monárquico de Argantonio que dura hasta el segundo tercio del siglo VI a.C. (Arteaga, 1998: 196-200).

En base a tales contrastaciones pensamos que la protohistoria de Tarsis puede conocer a tenor de la periodización del Bronce Final e Hierro Antiguo un análisis autóctono, que por otro lado puede ser objeto de un análisis foráneo basado en las expectativas de los intercambios atlánticos-mediterráneos que antecedieron a la implantación colonial fenicia propiamente dicha.

Este análisis autóctono referido a la emergencia de la sociedad aristocrática representada en las famosas estelas tartesias (Almagro Basch, 1966), puede partiendo del poblamiento del Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) consignar la continuidad indígena que respecto del comercio post-micénico existía en la Tartésida durante el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.). En esta misma consecuencia, el análisis autóctono permite desechar la noción de una “Época Oscura”, porque la continuidad poblacional a partir del colapso de Micenas (1200 a.C.) al quedar referida a las elites tartesias representadas en las estelas alrededor de los tiempos del Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.), permite negar de una manera concluyente que aquellas ostentaciones de poder aristocrático pudieran darse en unos territorios deshabitados. Por el contrario, nosotros pensamos que las estelas muestran alrededor de la Baja Andalucía la expansión territorial del Estado tartesio.

En tanto que la continuidad del poblamiento tartesio durante el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) resulta primero coincidente con el comercio post-micénico (Schubart y Arteaga, 1986b) y seguidamente con el llamado comercio pre-colonial que se desarrolla durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.), pensamos que este análisis foráneo queda acotado por encima de 950 a.C., teniendo en cuenta que la noción colonial referida a la fundación de Gadir por Hiram I de Tiro (969-936 a.C.) acabamos de remontarla a la transición de los siglos X-IX a.C. (Arteaga y Roos, 2002).

Las coherencias históricas que estas contrastaciones cronológicas nos permiten establecer resultan sumamente importantes porque definen en Tarsis, respecto de la civilización atlántica, un criterio de desarrollo económico-social y político que durante el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.) como post-micénico para nada había quedado afectado por el apagamiento del comercio mediterráneo anterior. Y, luego, porque durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.), sin ninguna ruptura poblacional en relación con el apogeo del comercio tartesio significado en la metalurgia tipo Huelva, plasmada en las estelas principescas, y sin tener que entrar en el problema cronológico de la llamada “caída de Troya”, mantiene abierto otro margen temporal que en atención al comercio sirio-palestino-chipriota nos permite analizar con bases

arqueológicas los contactos mediterráneos que preludian la pre-colonización fenicia referida a la fundación de Gadir.

8. El entorno territorial del *Lacus Ligustinus* como zona nuclear de Tarsis.

Una vez esbozada la alternativa “poblacional” que a partir del Bronce Tardío acabamos de referir, comparando de una manera tentativa cuáles pueden ser los patrones de asentamiento relativos a los grandes poblados del valle del Guadalquivir y de su entorno, hemos de insistir en el hecho de que los casos antes aludidos respecto de Los Alcores de Carmona y de Los Alcores de Porcuna, no pueden ser los únicos que en el futuro debamos tener en cuenta a la hora de plantear la complejidad formativa de las ordenaciones territoriales del Bronce Final tartesio. No se escapa por lo tanto que ante la propuesta de una “Época Oscura” que por su parte se basa en afirmar no conocer poblados, nuestra alternativa explicativa haya comenzado señalando dos de los varios posibles que existen en la Baja Andalucía, concitando la necesidad de describir y contrastar las casuísticas arqueológicas particulares de otros asentamientos del Bronce Final Antiguo, para definir sus respectivas caracterizaciones urbanas, teniendo en cuenta en sus entornos territoriales a su vez las ordenaciones correspondientes a sus medios rurales, es decir, productivos: en lo agrícola, en lo ganadero, en lo pesquero, en lo minero; ya que solamente abriendo preguntas respecto de estos modos de vida y modos de trabajo podremos conocer en cada territorio el cuándo, el cómo y el por qué de la articulación entre un determinado centro de poder y el correspondiente ámbito productivo campesino. En definitiva, para conocer también entre los grandes centros poblacionales, cuáles llegaron a desarrollar una política hegemónica como capitalidades más destacadas, cuáles funcionaron como núcleos secundarios sobre aquellos que antes hemos referido como realmente “aldeanos”, hasta explicar con ellos la ordenación rural de aquella nueva Revolución Urbana que florece durante el Hierro Antiguo.

Como una propuesta descriptiva para llevar a cabo el análisis de cada territorio durante el Bronce Final Reciente y el Hierro Antiguo (contrastación diacrónica) podemos en principio recomendar esclarecer en varios modelos de sincronización los registros arqueológicos referentes a las tres estructuras básicas de ordenación del poblamiento: la del posible centro capital, la de los posibles asentamientos secundarios, la de las posibles aldeas. Entendemos que la mayor complejidad ordenatoria de un territorio puede conllevar la tendencia diacrónica de que cada centro capital se mantenga de una manera más estable; que los asentamientos secundarios aparezcan y desaparezcan dependiendo de su función; y que las aldeas más pequeñas muestren una movilidad espacio-temporal mucho mayor. Con la emergencia de la ciudad-Estado pueden darse casos de concentración de una población territorial, creando el “abandono” aparente del medio rural. Un cuarto elemento que puede hacer su aparición en el medio rural es el relativo a la granja privada. También la implantación de la residencia

principesca, fuera del ámbito urbano capital, debe tenerse teóricamente en expectativa como una expresión de la afirmación del poder aristocrático.

Se entiende, respecto de una granja privada, que la aldea comprende un pequeño conjunto de viviendas campesinas; que el asentamiento secundario puede agrupar un número mayor de familias habitantes; y que en el centro capital además de la organización residencial se pueden concentrar otros edificios y espacios públicos. La implantación de las granjas privadas puede resultar indicativa de un repartimiento según el cual la propiedad aristocrática se remarque en el espacio rural (Roos, 1997). Y puede que la casuística particular de un territorio traduzca una organización variablemente distinta a la insinuada, pero en cualquier caso una articulación diferente con tales componentes jamás podrá mostrar una ordenación territorial que siendo estatal pueda ser equiparable a la propia de una mera sociedad tribal igualitaria.

La propuesta descriptiva debe comenzar observando de una manera tentativa poblados como los emplazados en posibles centros territoriales consolidados durante el Bronce Final y durante el Hierro Antiguo, por ser los mismos donde la continuidad de las citadas condiciones urbanas, respecto de los medios rurales, mejor nos pueden traducir la emergencia de la ciudad-Estado en Tarsis. Este podría ser el caso a observar de una manera contrastada, respecto de los poblados secundarios y los sitios “aldeanos”, a tenor de grandes asentamientos como los seleccionados a continuación:

- a. Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María), en Cádiz (Ruiz Mata y Pérez, 1995).
- b. Mesas de Asta (Jerez de la Frontera), en Cádiz (Esteve, 1969; González Rodríguez, Barrionuevo y Aguilar, 1995).
- c. Cabezo de San Pedro, en Huelva (Blázquez *et al.*, 1970, 1979; Ruiz Mata, Blázquez y Martín de la Cruz, 1981; Fernández Jurado, 1988-89).
- d. Los Alcores de Carmona, en Sevilla (Bonsor, 1899; Carriazo y Raddatz, 1961; Amores, 1982; Pellicer y Amores, 1985; Jiménez, 1994; Belén *et al.*, 1997).
- e. Osuna, en Sevilla (Campos, 1989).
- f. Colina de los Quemados, en Córdoba (Luzón y Ruiz Mata, 1973).
- g. Monturque, en Córdoba (López Palomo, 1993).
- h. Los Alcores de Porcuna, en Jaén (Arteaga, 1985; Roos, 1997).
- i. Cerro de la Mora (Moraleta), en Granada (Carrasco, Pastor y Pachón, 1981, 1982; Carrasco, Pachón y Pastor, 1985).

Naturalmente existen aparte de los seleccionados otros cuantos poblados que podrían recibir un tratamiento comparable para definir también las articulaciones respectivas con los asentamientos que llamamos “secundarios”. Y no hace falta insistir en lo numerosos que resultan ser aquellos que en los medios rurales se fueron movilizandando durante el Bronce Final

Reciente, como asentamientos representativos de un tercer orden campesino. No se puede explicar el carácter urbano de los llamados centros de poder, sin analizar los patrones de otros poblados secundarios y aldeas que se ordenaban en dichos medios rurales, fueran los mismos agrícolas, ganaderos, mineros y pesqueros.

Nosotros hemos venido resaltando desde la prehistoria la importancia estratégica que sobre el valle del Guadalquivir habían tenido Los Alcores de Carmona (Arteaga y Roos, 1992, 1995). Y acabamos de subrayar de una manera especial la que continuaban teniendo a partir del Bronce Final y durante el Hierro Antiguo. Pensamos que esta prolongada importancia poblacional respecto de las tierras del río Corbones y del entorno del *Lacus Ligustinus* (Arteaga, Schulz y Roos, 1995) puede deberse a que emplazado en Los Alcores sevillanos había quedado ubicado el centro de poder al cual obedecería la nueva ordenación territorial, y a la que después se articularon otros poblados y asentamientos que luego funcionaron al lado de dicho centro capital. La importancia de Carmona, frente a la importancia de El Carambolo (Carriazo, 1973), no se puede articular en su momento sin la existencia de una vinculación geopolítica (*Lacus Ligustinus*) y sin un sistema de dependencia estatal que a su vez explique las funciones económico-políticas que desempeñaban otros asentamientos como el Cerro Macareno (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983) y la propia *Spal* (Sevilla) (Díaz Tejera, 1982; Campos, Vera y Moreno, 1988) formando parte de la misma organización plurinuclear.

Entendemos que la arqueología pasada, como la presente, jamás ha podido encontrar la zona donde se hallaba la ordenación principal de Tarsis teniéndola entre manos, por no alcanzar a dimensionar su carácter plurinuclear. Y mucho tememos que al no entender esta trayectoria geopolítica desde la prehistoria (Arteaga y Roos, 1995), tampoco se pueda entender durante la protohistoria la dimensión estatal del territorio del *Lacus Ligustinus* donde se articulaba después el sistema de dependencia propio del reino de Tartessos.

En consecuencia, pensamos que con el surgimiento de los nuevos establecimientos del Hierro Antiguo se produjo alrededor del *Lacus Ligustinus* una concentración urbana plurinuclear irrepetible en el occidente de Europa, siendo en nuestra opinión ella misma probatoria de que en este territorio cercano al antiguo estuario del Guadalquivir (Arteaga, Schulz y Roos, 1995) se hallaba durante la protohistoria la zona principal de la Tartésida. Cabe añadir, por lo tanto, que en el entorno del *Lacus Ligustinus* debemos buscar los modelos urbanísticos que como tartesios permitan matizar los propios de otras ciudades-Estado que florecieron durante el período Orientalizante. En suma, para en contrastación geopolítica con el *Lacus Ligustinus* y sin desdoro de sus respectivas características "habitationales" entender que formaban parte de una misma Revolución Urbana, estrechamente relacionada con la citada connivencia fenicia a través del establecimiento de un mismo modo de producción (Roos, 1997).

9. Las relaciones-contradicciones centro-periféricas entre los asentamientos del *Lacus Ligustinus*, del *Sinus Tartessus* y del *Sinus Atlanticus* durante los primeros tiempos de Gadir.

Habida cuenta de todo lo antes apuntado, atendiendo desde los siglos X-IX a.C. a la nueva perspectiva que cobra la presencia colonial fenicia en Gadir, las citadas periferias territoriales de Tarsis respecto del urbanismo autóctono del valle del Guadalquivir, en contrastación también con el urbanismo oriental, pueden a nuestro entender quedar explicitadas a su vez de una manera mucho más coherente. Sin pretender agotar las expectativas que se abren respecto de Tarsis en relación con la elevación cronológica de la presencia fenicia en Gadir, dejaremos consignadas algunas consideraciones que pueden resultar sugerentes de cara a la futura investigación.

La hipótesis de trabajo que nosotros mantenemos radica en considerar que la tradición estatal occidental del valle del Guadalquivir, centrada alrededor del *Lacus Ligustinus*, y la tradición estatal oriental implantada por los fenicios de Tiro en Gadir generan en el ámbito atlántico-mediterráneo de la Península Ibérica unas relaciones-contradicciones centro-periféricas que siendo conducentes al desarrollo de un mismo modo de producción durante el Bronce Final Reciente (IX-VIII a.C.) quedan plasmadas en los modos de vida propios de una nueva civilización urbana. Entendemos que el salto cualitativo operado por el modo de producción y de reproducción social entraña con la formación de la nueva civilización urbana fenicia-tartesia un proceso que explica desde la expectativa de la economía política la instauración de la ciudad-Estado orientalizante en la Tartésida durante el Hierro Antiguo.

Cuando los fenicios de Tiro fundaron la factoría de Gadir (fig. 5b) no cabe duda de que conocieron desde Oriente la manera de establecer una planificación urbana al estilo de las ciudades fenicias. No obstante, resulta evidente que tampoco tenían que proceder a organizar una ordenación urbana de forma concentrada en el patrón del asentamiento colonial. Como luego también hicieron en otros ámbitos coloniales de Occidente (Arteaga, 1987), la ordenación del territorio fenicio comprendía en el archipiélago gaditano (fig. 2) una organización más bien plurifuncional. El territorio colonial estaba delimitado espacialmente por la localización de sus templos; y esta delimitación “sacra” abarcaba también los establecimientos portuarios, así como unos amplios espacios productivos para dejar integradas las actividades básicas de la agricultura, la ganadería y la pesca. Entre la “isla grande” y la “isla pequeña” existían tierras suficientes para desarrollar aquellas actividades productivas, a todas luces necesarias para asegurar el sustento alimenticio de la población colonial.

En la citada “isla pequeña” (figs. 2 y 5b) las perforaciones geoarqueológicas realizadas (Arteaga *et al.*, 2001a, 2001b) permitieron definir el espacio ocupado por el núcleo principal de la factoría que como una ciudadela estaba emplazada en el mismo extremo del archipiélago frente a la costa del río Guadalete, para desde este lugar estratégico dominar la visión atlántica

del océano y controlar los accesos marítimos a la Bahía de Cádiz. En esta ubicación de la ciudadela colonial, aparte de las instituciones referidas a las funciones económicas, políticas y religiosas de la gobernación delegada por Tiro en Occidente, los hallazgos arqueológicos acusan que se practicaron otras actividades como las relativas a la organización comercial y a los talleres artesanales, así como también algunas dedicadas a la transformación industrial de materias primas. Las articulaciones gaditanas en tanto que isleñas eran portuarias.

Cerca de la factoría se pudieron instalar por lo mismo los puertos principales (figs. 2 y 5b): uno mirando al océano Atlántico desde la Playa de la Caleta, abierto entonces entre la Punta del Nao y la Punta de San Sebastián; y el otro mirando a las aguas de la Bahía de Cádiz, situado entre el reborde isleño de Tavira y del Palillero y el reborde costero de la Plaza de la Catedral (Arteaga *et al.*, 2001a, 2001b; Arteaga y Roos, 2002).

En este mismo promontorio de la Catedral de Cádiz, separado de la “isla pequeña” por el Puerto de Gadir, la factoría fenicia contaba con otro núcleo importante de población, para desde la zona actual ocupada por la Casa del Obispo y seguramente dominando la elevación del Barrio del Pópulo controlar el acceso terrestre que por la “isla grande” conectaba a la Punta de San Sebastián con el otro extremo que llegaba hasta la zona de San Fernando (figs. 2 y 5b).

La pequeña Isla de Sancti Petri, con el templo de Melqart, dominaba las navegaciones que entraban y salían del Archipiélago de las Gadeiras justamente hacia la confluencia marítima atlántica-mediterránea que frente a Tarsis daba sentido a la estrategia colonial fenicia (fig. 2).

Los poblados tartesios ubicados en el reborde del Golfo de Cádiz permiten al mismo tiempo dejar planteado el problema del urbanismo autóctono de una manera periférica respecto del *Lacus Ligustinus* y el valle del Guadalquivir. No parecen como en El Berrueco de Medina Sidonia (Escacena y Frutos, 1985) haber conocido en un principio una arquitectura de tendencia ortogonal comparable con la analizada en relación con los medios agropecuarios adscritos a los centros de poder localizados entre Los Alcores de Carmona y los Alcores de Porcuna. Cuando los fenicios de Tiro se asentaron con su modelo de urbanismo oriental en Gadir, tampoco parece que hubieran reaccionado de la misma manera que los núcleos tartesios antes observados, mostrando claramente que el modo de vida urbano antes que depender de las estructuras arquitectónicas constituye un problema económico-político y social que depende más bien del modo de producción en que se inserta.

En el modo de vida tartesio que se traduce en el Cabezo de San Pedro (Huelva), durante el Bronce Final Pleno perduraba la utilización funcional de unas estructuras poblacionales caracterizadas por unas casas de planta circular (Fernández Jurado, 2000: 103 s.). Otros modos de vida referidos al Bronce Final de la Tartésida mostraron la perduración de unas ordenaciones parecidas, bien fuera a tenor de viviendas de planta circular como en Galera (Pellicer y Schüle, 1962, 1966) y como en Ronda (Aguayo *et al.*, 1986), bien fuera a tenor de viviendas de planta ovalada como en Úbeda (Contreras, 1982) y en Alboloduy (Martínez y Botella, 1980);

constituyendo en cada zona respecto de sus particulares articulaciones con los centros de poder también unas variadas alternativas socio-económicas a tener en cuenta en atención al modo de producción dentro del cual se explicaban igualmente las relaciones y contradicciones periféricas de Cabezo de San Pedro.

El modo de vida y los modos de trabajo concernientes a su localización costera y portuaria, cerca del estuario del Tinto y el Odiel, dieron al Cabezo de San Pedro la fisonomía poblacional que su ordenación traduce (Fernández Jurado, 2000). Por lo que además del recurso económico-social de las tierras costeras apropiadas por la aristocracia tartesia en aquella zona litoral, debemos considerar que esta elite indígena era también la principal beneficiaria del control de la riqueza que circulaba a través del puerto, sobre todo como un enclave marítimo-fluvial privilegiado para la pesca y sobremanera por los intercambios minero-metalúrgicos que convirtieron a la ría de Huelva en un punto de atracción del comercio atlántico-mediterráneo frecuentado por los fenicios de Gadir desde los primeros tiempos de su presencia en Occidente. La concentración de la riqueza en manos de la poderosa aristocracia comercial explica en claves de desigualdad social las diferencias observadas entre los modos de trabajo y de vida representados en el hábitat de Cabezo de San Pedro y la opulencia de quienes se enterraban en la necrópolis tumular de La Joya (Garrido, 1970; Garrido y Orta, 1978), mientras una nueva arquitectura sustituyendo a las casas circulares anteriores estaba introduciendo una diferente ordenación urbana (Fernández Jurado, 2003) que se hizo característica de una floreciente ciudad-Estado durante el Hierro Antiguo.

Otro caso interesante, por su cercanía a la factoría insular de Gadir (Arteaga y Roos, 2002), era sin duda el referido al poblado tartesio localizado en el Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez, 1995; Ruiz Mata, 2000b, 2001), por su parte relacionado con la aristocracia indígena enterrada en la necrópolis tumular de Las Cumbres (Ruiz Mata y Pérez, 1989). Tampoco se ofrece al parecer en los niveles primitivos del poblado una arquitectura “prehistórica” que pueda todavía resultar relevante a la vista de los excavadores. Y, sin embargo, desde principios del s. VIII a.C. en el mismo lugar se desarrolla de una manera espectacular un urbanismo de primer orden, a medida que el poblado se convierte igualmente en una poderosa ciudad-Estado. Como ocurre en Mesas de Asta y en otros poblados conocidos en los rebordes costeros del antiguo *Simis Atlanticus* (Arteaga, Schulz y Roos, 1995), no cabe duda de que el asentamiento de Castillo de Doña Blanca durante el Bronce Final Reciente estaba gozando de una ubicación privilegiada, dominando sobre el territorio que controlaba en este reborde continental de la periferia litoral de Tarsis.

La estrecha relación establecida entre los tartesios de Castillo de Doña Blanca y los fenicios de Gadir explica a todas luces el apogeo económico-político alcanzado por el poblado como una ciudad autóctona durante el periodo Orientalizante. Es por ello mismo por lo que una nueva apariencia “urbana” contrastada con la de Huelva (Fernández Jurado, 2000) a tenor de los

referentes arquitectónicos de Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez, 1995) queda en ambos modelos tartesios representada en sendas necrópolis tumulares, i.e. La Joya y Las Cumbres, identitarias en primera instancia de que eran aquellos aristócratas indígenas los que de poder a poder estaban entablando una connivencia estatal con la aristocracia comercial tiria instalada en Gadir. La presencia de elementos tartesios residentes en Gadir, como la presencia de elementos fenicios en Castillo de Doña Blanca, no debe resultar extraña teniendo en cuenta las relaciones sociales de producción que entre ambos poderes se establecieron y sobre todo teniendo también presente que la connivencia entre las clases dominantes desde sus relaciones clientelares entrañaba no solamente un intercambio comercial, sino igualmente un intercambio de fuerza de trabajo. Se trataba en la Tartésida de una alianza como la mantenida en Oriente entre el rey de Tiro y el rey de Israel, incluyente de prestaciones serviles mediante las cuales operarios fenicios y tartesios podían laborar en Gadir y en centros de poder como Castillo de Doña Blanca, para darle un impulso cualitativo a las respectivas fuerzas productivas.

Las relaciones interétnicas (Arteaga, 2001) moduladas por aquellas relaciones sociales de producción y de reproducción doblemente clasistas no deben ignorar la troncalidad estatal de los inicios de Gadir, como por otro lado tampoco deben ocultar la troncalidad estatal del territorio tartesio de Castillo de Doña Blanca a la hora de analizar la autoctonía de su carácter indígena. En la articulación económico-política de ambas tradiciones estatales entendemos los modos de vida y de trabajo que explican en Tarsis la emergencia de una nueva civilización urbana mostrando su apogeo durante el Hierro Antiguo.

En el valle del Guadalquivir, a tenor de todo lo antes contrastado en las zonas periféricas, se encontraba el “corazón” de Tarsis. En cuatro amplias dimensiones territoriales podemos entrañar su aproximación desde Gadir, para comprender en los términos de la nueva civilización urbana una quinta proyección referida al litoral mediterráneo de Andalucía.

La primera, a la vista de las investigaciones geoarqueológicas que hemos llevado a cabo en el Proyecto Marismas (Arteaga y Roos, 1992, 1995; Schulz *et al.*, 1992, 1995; Arteaga, Schulz y Roos, 1995), estaba referida a los territorios costeros que desde el Tinto y el Odiel hasta el estuario del Guadalete dominaban el frente litoral del Golfo de Cádiz. En la antigüedad aquí se hallaba el *Sinus Atlanticus*. Y en ambos frentes costeros el Cabezo de San Pedro (Huelva) y el Castillo de Doña Blanca (Cádiz), fueron como hemos dicho los centros capitales de la ordenación territorial tartesia.

La segunda dimensión (Arteaga, Schulz y Roos, 1995) estaba referida a los territorios costeros interiores que penetrando hacia los rebordes de las actuales Marismas del Guadalquivir, entre Doñana y los esteros de Trebujena y Lebrija, daban apertura a las aguas marinas del antiguo *Sinus Tartessus*. En Mesas de Asta se hallaba el asentamiento principal.

La tercera (Arteaga, Schulz y Roos, 1995) por encima de la formación deltaica que avanzaba hacia el *Sinus Tartessus* delante del Estrecho de Coria, estaba referida a los rebordes

fluvio-marítimos que entre el Aljarafe y Los Alcores de Carmona actualmente ocupa la Planicie de Sevilla. En este espacio durante la antigüedad se hallaba el *Lacus Ligustinus*. En su entorno, llegamos a la conclusión de que el territorio principal de la Tartésida conocería una ordenación plurinuclear difícilmente repetible en Europa occidental.

La cuarta dimensión (Arteaga, Schulz y Roos, 1995), remontando el entorno territorial del *Lacus Ligustinus*, estaba referida al valle del Guadalquivir, surcado por el gran río de Tarsis navegable hasta Córdoba. Desde Los Alcores de Carmona hasta Los Alcores de Porcuna, con un ámbito territorial intermedio alrededor del curso bajo del Genil, la identidad tartesia del Guadalquivir resultaba articulada por grandes centros de poder a tenor de los cuales debemos contrastar las restantes realidades periféricas que en relación con la Baja Andalucía explican la emergencia protohistórica de Tarsis.

La quinta dimensión que hemos investigado a tenor del *Proyecto Costa* (Arteaga y Hoffmann, 1999), resulta probatoria de que afirmada la sociedad aristocrática tartesia en la propiedad de las mejores tierras del *Sinus Atlanticus*, *Sinus Tartessus*, *Lacus Ligustinus* y del valle del Guadalquivir, incluyendo las campiñas de Osuna, Estepa y el valle del Genil, la expansión fenicia occidental solamente en connivencia con los centros de poder indígenas pudo encontrar hacia las costas mediterráneas de la Tartésida una proyección realmente colonial.

10. La continuidad locacional del “centro de poder” de Los Alcores de Porcuna y su transformación en una ciudad-Estado tartesia: un modelo a contrastar.

Las excavaciones arqueológicas sistemáticas practicadas entre los años setenta y ochenta en el poblado pre y protohistórico de Los Alcores de Porcuna (González Navarrete y Arteaga, 1980; Arteaga, 1985) nos pusieron sobre aviso de cuanto cabe esperar en el valle del Guadalquivir respecto de otros centros de poder que como Los Alcores de Carmona (Carriazo y Raddatz, 1961; Pellicer y Amores, 1985; Belén *et al.*, 1997) debieron jugar un papel preponderante en cuanto a la proyección urbana de la civilización estatal de Tarsis (Roos, 1997).

Estamos afirmando con una prevalencia prioritaria que en el valle del Guadalquivir existen evidencias arqueológicas que permiten analizar la realidad territorial de la autoctonía tartesia, antes de achacarla a otros “paralelos materiales” que pueden resultar congruentes con distintas realidades externas. Procedemos de una manera inversa a quienes prefieren buscar unas causas foráneas para interpretar *ex novo* cuanto corresponde a la articulación territorial del poblamiento tartesio del Bronce Final, como si esta última pudiera haber dependido según algunos autores de los llamados Pueblos del Mar, de los pueblos sirio-palestino-chipriotas, de los pueblos del Egeo y, según otros, de los pueblos indoeuropeos.

En nuestra alternativa explicativa de la civilización tartesia, los pobladores de la Baja Andalucía en la transición del segundo al primer milenio a.C. eran indígenas (Arteaga y Roos, 1992, 1995, 2003). Hemos hablado del Horizonte Valencina-Gandul para significar que a partir

de la Edad del Bronce el poblamiento explicativo de la ordenación territorial del *Lacus Ligustinus* debemos buscarla entre Los Alcores de Carmona y el Aljarafe (Arteaga y Roos, 1992, 1995). Descartamos la procedencia vinculada al Asia Menor en relación con los “Pueblos del Mar” (Schulten, 1924, 1945), manifestada de distinta manera por otros investigadores (Montenegro, 1970; Bendala, 1977, 1995), aunque no negamos los intercambios establecidos a través de las relaciones comerciales post-micénicas (Schubart y Arteaga, 1986b), como tampoco cuestionamos las relaciones comerciales orientales sirio-palestino-chipriotas (Almagro Gorbea, 2000), ni otras relaciones peninsulares como las referidas a las Cogotas Antiguas, ni mucho menos las llamadas atlánticas (Ruiz-Gálvez, 1998), que sin embargo vemos difíciles de considerar también en base a la invasión de unas gentes de raigambres indoeuropeas (Belén y Escacena, 1992) como expusimos incluso respecto de los territorios más cercanos a los pasos pirenaicos (Arteaga, 1978).

Defendemos por nuestra parte, a tenor de las investigaciones arqueológicas hasta ahora realizadas en Porcuna (Jaén), tres presupuestos que respecto de Los Alcores de Carmona consideramos contrastables en el valle del Guadalquivir en atención a la explicación del origen de la civilización urbana tartesia:

- a. La existencia de una sociedad clasista inicial de larga proyección estatal, en cuanto a su articulación económico-política occidental (Arteaga, 1992, 2000).
- b. La contrastación directa del modelo estatal tartesio con el modelo estatal fenicio en el propio territorio atlántico-mediterráneo (Roos, 1997).
- c. El desarrollo de un mismo modo de producción por ambas sociedades, confluyendo en la formación de los modos de vida urbanos orientalizantes (Roos, 1997).

Sin tener que ampliar ahora nuestro análisis sobre las cuestiones “interétnicas” (Arteaga, 2002), que en las organizaciones estatales sin unas explicaciones económico-sociales y políticas nada aclaran, y sin tampoco esperar que los acontecimientos comerciales de finales de la Edad del Bronce puedan ser los “demiurgos” que permitan determinar la cuestión poblacional, optaremos por atenernos al análisis de cuanto realmente tenemos entre manos como arqueólogos de campo en los registros poblacionales que vamos obteniendo en el valle del Guadalquivir, para plantear entre Los Alcores de Porcuna y Los Alcores de Carmona el nudo gordiano de la emergencia estatal de Tarsis. En primer lugar, podemos remarcar que en la Baja Andalucía tenemos poblados con una diacronía trimilenaria, que como en Porcuna y en Carmona, sin ningunas dependencias orientales ni atlánticas, generaron sus tradiciones civilizatorias de una manera prístina. En segundo lugar, tenemos a lo largo de este proceso histórico unas sucesivas ordenaciones territoriales que de una manera cambiante en sus sincronizaciones urbanas y rurales nos muestran las relaciones-contradicciones y resistencias propias de una larga tradición estatal (Nocete, 1989, 2001).

En Los Alcores de Porcuna, como en Los Alcores de Carmona, encontramos precisamente unas enormes similitudes al respecto y sobre todo en cuanto a los grandes dominios territoriales que desde las referidas expectativas estatales en ambos casos llegaron a controlar también desde los tiempos pre-tartesios del Bronce Tardío. Comportaban sus respectivos emplazamientos estratégicos, en comparación con otros asentamientos localizados en las tierras llanas del valle del Guadalquivir, en los pie de montes y en los medios serranos, así como también en los rebordes del *Lacus Ligustinus* y en las zonas costeras del *Sinus Atlanticus* (Arteaga, Schulz y Roos, 1995), el patrón de asentamiento propio de unos centros capitales. En ellos el patrón de asentamiento, que no se refiere solamente a la estrategia del emplazamiento, puede servir para ilustrar la potencialidad espacial del modelo de “medio urbano”, fueran como fueran sus respectivas estructuras arquitectónicas, sin confundirlas en sí mismas con la potencialidad del patrón de asentamiento de una “aldea”.

Los referentes arquitectónicos que hemos analizado durante la Época del Cobre y durante la Época de Bronce, no deben comandar el criterio “urbano” que por comparación diacrónica de ciertas formas de vivienda algunos autores pretenden darle a las construcciones urbanas propias del periodo Orientalizante. Cada referente arquitectónico debe ser contrastado dentro de su modelo de ordenación territorial, para darle una dimensión económico-política al espacio campesino donde sobre un determinado repartimiento propietario de la tierra se puedan verificar unos modos de vida y de trabajo desiguales entre el medio urbano y el medio rural. Bajo estas premisas, las sociedades clasistas iniciales (Bate, 1984, 1998; Arteaga y Roos, 1995; Roos, 1997; Arteaga, 2000), reorganizando de un modo nuevo las relaciones de producción, pueden de una manera sucesiva aparecer representadas de una manera diferente en un mismo territorio, sin que estas formas nieguen en cada caso el desarrollo del Estado.

En la Época del Cobre no eran las casas circulares en apariencia “igualitarias” las que acusaban la existencia del Estado (Arteaga, 1992). Como tampoco fueron las casas rectangulares y pseudorectangulares de la Época del Bronce las que explicaron la emergencia del Estado argárico (Arteaga, 2000), ni las que motivaron la ruina de aquella formación social para darle paso a las nuevas relaciones de producción que se establecieron durante el Bronce Tardío (Arteaga y Roos, 2003), a pesar de que la arquitectura post-argárica seguía siendo muy parecida a la anterior. Cada civilización urbana, en tanto que estatal, obedece al nivel de desarrollo de una sociedad clasista. Por lo que deben ser el modo de producción, los modos de vida y los modos de trabajo según los cuales ella se reproduce, los que permitan darle explicación a los saltos cualitativos que “culturalmente” también traduce la arquitectura en el tiempo y en el espacio como propia de una civilización estatal determinada.

En este mismo sentido, ante los argumentos que se vienen parangonando para poner en duda el carácter urbano del Bronce Final tartesio (AA.VV., 1995), hemos subrayado a tenor de los grandes poblados de la Baja Andalucía, conocedores como en Los Alcores de Porcuna de

sistemas constructivos con arquitecturas ortogonales, con zócalos de piedra y paredes de adobe, que no puede ser lo mismo al respecto de sus construcciones considerar la ordenación de un territorio aldeano que la de un territorio con aldeas. Y, mucho menos, cuando la noción de un centro de poder, frente al territorio con aldeas comporta la existencia indisoluble de un “medio rural” campesino, adscrito a la dependencia económica y política del medio urbano, que ordena la articulación territorial, sean cuales sean las estructuras que aparezcan segregadas en los espacios sometidos a su sistema de coacción y coerción.

En esta perspectiva, y valga el comentario, una aldea como unidad productora puede considerarse “igualitaria” cuando sus habitantes son co-propietarios de los medios de producción y trabajan cooperativamente para su propio mantenimiento comunitario. Pero, aunque posean sus propios medios de producción, pueden a la inversa quedar convertidas en unas comunidades campesinas dependientes y tributariamente explotadas, cuando adscritas a un poder estatal de algún modo tienen que transferir fuerza de trabajo y excedentes productivos, para recibir del sistema una protección generalmente militar (policial), aparte de otros apoyos por lo general “simbólicos” (morales) como los ideológicos-religiosos.

Por ello mismo, puesto que no estamos hablando de una sociedad igualitaria cuando nos referimos a las aldeas tartesias, pensamos que la distinción de la división social del trabajo entre los grandes poblados y los asentamientos secundarios en tanto que se adscriban políticamente a los mismos, y en las aldeas en cuanto se hallen sometidas al sistema, al igual que venimos viendo en el territorio estatal de Los Alcores de Porcuna, nos debe en teoría permitir establecer de la manera particular que corresponda cuál era la articulación económica, social y política del territorio adscrito al centro capital ubicado en Los Alcores de Carmona. Y el mismo procedimiento metodológico debería ser contrastado de cara a otras capitalidades pre-tartesias y tartesias en la Baja Andalucía, para dirimir los modos de vida y los modos de trabajo urbanos y campesinos, que hacia el Bronce Tardío fueron dando paso en los territorios aledaños al valle del Guadalquivir a la nueva fisonomía poblacional del Bronce Final tartesio.

Pensamos que el establecimiento continuado que puede mantener en el mismo lugar un centro de poder se corresponde con la movilidad de la fuerza productiva que controla en el territorio del cual dispone. Por lo que no captar la movilidad de la fuerza productiva que el centro de poder ordena a través de unos asentamientos secundarios, respecto de las comunidades campesinas, conlleva no darse cuenta del modo de producción y de reproducción en que se apoya la permanencia perdurable de un centro de poder determinado.

No estamos hablando, por lo tanto, al plantear la formación del Estado tartesio de ningún poblamiento “estático”. Pero nuestra noción de “movilidad” tampoco queda referida a una transposición poblacional confundida con la “idea de una invasión”, ni con la propia de una colonización implantada en una “tierra de nadie”. La emergencia de la sociedad aristocrática en Tarsis difícilmente podemos entenderla sin que la clase dominante se hiciera propietaria de unas

buenas tierras. Y en este sentido, la noción aldeana y campesina que puede comportar, si cabe, una forma particular de posesión de los medios productivos, no debe confundirse con la propiedad privada de la tierra por parte de una familia aristocrática, como en algunos casos viene ocurriendo entre los defensores del historicismo cultural y sus antagonistas, los defensores del “colonialismo” funcionalista.

La pregunta de la propiedad privada, frente a la pregunta de la propiedad particular de la tierra, constituye por lo mismo la piedra angular de la economía política tartesia (Roos, 1997); porque solamente clarificando el repartimiento de la propiedad de las tierras agrícolas, ganaderas, mineras y otras podremos entender en base a la división social del trabajo invertido sobre tales repartimientos desiguales de los medios productivos, cómo podían las élites gobernantes emergentes durante la formación y el desarrollo del Estado tartesio haber alcanzado sus prerrogativas aristocráticas, seguramente como grupos residentes en los más estables asentamientos adscritos al poder.

La continuidad poblacional observada en el centro de poder de Los Alcores de Porcuna, desde el Bronce Tardío, pasando por el Bronce Final, hasta el Hierro Antiguo orientalizante y después ibérico, resulta para nosotros indicativa de aquella prolongada proyección aristocrática y de la consolidación de su poder; así como también explicativa de que la movilidad propia de las sucesivas reordenaciones territoriales tartesias hubiera afectado mucho más a los asentamientos secundarios y en extremo a las aldeas campesinas. La movilidad de la fuerza de trabajo acusada en el medio rural por las aldeas campesinas obedece al modo de producción en que se articulan las fuerzas productivas para reproducir la estabilidad del medio urbano que por lo mismo perdura como centro de poder ocupando el mismo sitio durante siglos.

Pensamos que en base a la pregunta sobre la propiedad de los medios de producción y en base a la pregunta sobre la estructuración de la producción agrícola-ganadera-minera-pesquera explicativa de la circulación de bienes de consumo y aparte de los “bienes de prestigio”, estamos cuestionando desde otras alternativas analíticas el concepto del “intercambio desigual”, ya que para nosotros, antes de preguntar por la circulación desigual de tales bienes, cuanto cabe primero explicar es el modo como circulaba la fuerza de trabajo que como una mano de obra campesina (rural), articulada con una actividad artesanal especializada en otros requerimientos laborales, un medio urbano determinado podía llegar a movilizar para que se diera como en Los Alcores de Porcuna un centro de poder estable.

Se nos ocurre que algo bastante parecido hubo de suceder respecto de otros grandes poblados tartesios, mientras se fueron movilizando los habitantes de aquellos asentamientos que durante la Época del Bronce habían estado adscritos a las dependencias territoriales de los primitivos centros de poder que conocemos como propios de una Primera Revolución Urbana en torno al valle del Guadalquivir (Nocete, 1989; Arteaga y Roos, 1995; Arteaga, 2000, 2002). Y es por ello por lo que pensamos que la continuidad poblacional de Los Alcores de Carmona

durante el Bronce Tardío pre-tartésio y en el Bronce Final, siguiendo con el urbanismo orientalizante, puede traducir una situación similar; en este caso respecto de otros asentamientos que continuaron articulando unas funciones secundarias, mientras que ciertos poblados abandonados significaron el traslado de sus habitantes a un diferente lugar y, en consecuencia, otros nacieron en distintos momentos del proceso referido a la emergencia sociopolítica de Tarsis (Roos, 1997).

Las contrastaciones territoriales que aludimos tampoco en el entorno de Los Alcores de Carmona se pueden establecer analizando asentamientos aislados, intentando interpretar unas generalidades aldeanas desde sus particularidades funcionales, como ahora hacen los arqueólogos procesualistas. De hecho, muchos de ellos, cuando hablan en Tarsis de una “sociedad aldeana”, lo afirman porque el sitio concreto que analizan por separado resulta ser una aldea. Y cuando investigan un asentamiento mayor, pueden llegar a la conclusión de que se encuentran ante un lugar de funcionalidad algo más “compleja”. Y así sucesivamente, hasta comparar una escala de “interacción” que traducen a tenor de observar las relaciones de las visibilidades entre distintos asentamientos, para concluir que existe una “jerarquización” entre todos ellos de acuerdo con sus tamaños respectivos. La cuestión es que al no preguntar por la relación-contradicción y resistencia que como alternativa económico-social y política pueden explicar estas diferencias poblacionales sobre un mismo territorio, tampoco pueden llegar a la captación del sistema de dependencia detrás del cual se les oculta la existencia del Estado y, por este camino, el Estado para ellos nunca se encuentra.

En las excavaciones de Porcuna hemos constatado el fenómeno articulador del territorio estatal del Bronce Final Antiguo, cuando ante la aparición y desaparición de los asentamientos más pequeños, por un lado del Arroyo Salado se produjo la continuidad del gran poblado de Los Alcores, mientras que en el cerro de El Albalate situado en la otra orilla se establecía también un asentamiento paralelo, donde durante el Bronce Final Pleno destacaría la construcción de un edificio de carácter principesco, y que luego se abandonaría de nuevo hacia la transición al Bronce Final Reciente. También nos hemos percatado en relación con Los Alcores de Porcuna de la manera en que pudieron aparecer y desaparecer las comunidades campesinas, dependiendo de cómo se organizaba sobre la propiedad de la tierra la división social de trabajo entre el medio urbano y el rural. Por lo que esta relación es en definitiva la que permite como resultado definir los modos de vida desiguales que en la ciudad y en el campo nos muestra la arquitectura que vemos plasmada en cada modelo urbano de Los Alcores (Roos, 1997).

En otros ámbitos de la cuenca del Guadalquivir, por consiguiente, deben ser también analizadas las casuísticas particulares de los centros de poder que como en Córdoba, Osuna y Estepa se consolidaron sobre todo durante el Bronce Final Reciente tartésio, respecto de los poblados secundarios y aldeas campesinas adscritas a los medios rurales, para poder captar a tenor de la economía política del repartimiento de la propiedad de las tierras agrícolas,

ganaderas, mineras y litorales, y del repartimiento de los modos de trabajo correlativos con los distintos modos de vida, cuál era el modo de producción y de reproducción explicativo de las relaciones-contradicciones y resistencias sobre las cuales se estaban consolidando las elites aristocráticas del Estado en los territorios de Tarsis.

No puede entenderse por separado el carácter urbano-portuario, por ejemplo, de Huelva, sin entender de manera concatenada cómo funcionaba la articulación del modo de vida y de trabajo minero del Cerro Salomón; con respecto de asentamientos como el de Tejada y respecto de los llamados yacimientos tipo San Bartolomé de Almonte. Y lo mismo puede decirse respecto de Niebla en su ámbito territorial. Y otro tanto parecido de Mesas de Asta en el suyo; y de Castillo de Doña Blanca. Por recordar solamente algunas casuísticas que como en el valle del Guadalquivir pensamos que debemos contrastar con el entorno de Los Alcores de Carmona y el Aljarafe para comprender la relevancia sociopolítica de este territorio nuclear de Tarsis.

Entendemos que el análisis de las relaciones-contradicciones y resistencias estatales en el valle del Guadalquivir deben ser analizadas partiendo de los centros de poder, para intentar explicar en sus territorios respectivos cuáles eran los asentamientos secundarios que en las periferias estaban articulando la dependencia de los medios campesinos y la movilidad de las fuerzas productivas representadas en las aldeas. En resumidas cuentas, pensamos que las diversas ordenaciones territoriales que se dieron durante el Bronce Tardío, durante el Bronce Final y luego durante el Hierro Antiguo, se acusaron en unas distintas movilidades de los asentamientos secundarios y de las aldeas campesinas. Por lo que en Los Alcores de Porcuna solamente se mantuvo establecida la continuidad del centro de poder que desde la prehistoria nos traduce el proceso urbano que en el poblado explica la emergencia de una ciudad-Estado tartesia.

En relación con el entorno de Córdoba (Luzón y Ruiz Mata, 1973) y alrededor de las tierras surcadas por el río Genil (López Palomo, 1981, 1993) hasta conectar con las de Granada (Arribas *et al.*, 1974; Roca, Moreno y Lizcano, 1988) a través de Moraleda de Zafayona (Carrasco, Pastor y Pachón, 1981, 1982; Carrasco, Pachón y Pastor, 1985) y de Pinos Puente (Mendoza *et al.*, 1981), un amplio panorama de investigación queda a la expectativa de comprender un proceso urbano similar. Y como hemos apuntado, desde las actuales campiñas gaditanas, pasando por las de Osuna y Estepa, una puesta en evidencia similar durante el Bronce Final Reciente pudo permitir explicar la noción de una periferia serrana alrededor de los montes de Ronda (Aguayo *et al.*, 1986), como por otro lado existía en la Sierra Morena, siempre teniendo en cuenta que el nuevo urbanismo de la civilización tartesia tenía su epicentro en el *Lacus Ligustinus*. No otra cosa debemos esperar en comparación con los poblados del Bronce Final conocidos en el litoral mediterráneo de las provincias de Cádiz, Málaga, Granada y Almería, si queremos explicar la periferia de Tarsis respecto de la colonización fenicia.

11. Las residencias urbanas, las estelas principescas y las necrópolis tumulares con incineraciones e inhumaciones: tres referentes identitarios de la aristocracia tartesia.

En los estudios dedicados al Bronce Final tartesio, las famosas estelas decoradas (Almagro Basch, 1966; Celestino, 2001: 321 ss.) vienen siendo consideradas por muchos autores como propias de una elite aristocrática, sin abundar en profundidad sobre la noción clasista que respecto de la propiedad de la tierra dicho concepto económico-social y político entraña. Un caso parecido ocurre con la consideración aristocrática que dichos autores expresan en atención a las necrópolis tumulares tartesias, sin abundar en la diferenciación clasista que respecto de las inhumaciones dispuestas en cámaras sepulcrales denotan los enterramientos incinerados que las acompañan, sobre todo frente a los rituales propios de la cremación de cadáveres sin urnas cinerarias que en nuestra opinión resultaban particulares del resto mayoritario de la población. Y, en tercer lugar, en tanto que las estelas tartesias y las necrópolis tumulares suelen verse referidas a unos espacios territoriales y espacios sepulcrales analizados a tenor de las citadas connotaciones aristocráticas, tampoco suelen estas propuestas calificativas quedar estudiadas abundando en la identificación de los centros residenciales donde habitaban las elites representadas en aquellas manifestaciones del poder.

En otros capítulos del presente trabajo insistimos respecto del poblamiento aldeano y campesino propio del medio rural tartesio en subrayar que la tradición aristocrática de tales referentes residenciales comenzaron a instaurarse en la Tartésida en relación con unos centros de poder que como en Los Alcores de Porcuna y en Los Alcores de Carmona tuvieron desde el Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) un prolongado arraigo territorial, quedando afianzado durante el Bronce Final Antiguo (s. XII a.C.). Pero no eran los únicos núcleos poblacionales que como sabemos articulaban las ordenaciones territoriales tartesias durante el Bronce Final. Otros asentamientos secundarios que estaban vinculados políticamente a los centros de poder donde habitaban las elites dominantes como clase superior coincidieron en los territorios donde la expansión del sistema de dependencia resultaba a su vez significada por la dispersión alcanzada por las estelas principescas.

En un principio (Bronce Final Antiguo) se produce una concentración de población en grandes asentamientos como vemos en el valle del Guadalquivir respecto de Los Alcores de Porcuna y Los Alcores de Carmona, entre otros núcleos situados igualmente distantes entre ellos mismos, para de este modo afianzar sus respectivos principados territoriales. No existían en estos momentos unas manifestaciones funerarias para realzar la significación de quienes como príncipes tartesios ostentaban el poder económico-político-religioso. Pero a partir de este mismo proceso de concentración poblacional, estos príncipes querían ser vistos como aristócratas propietarios de las mejores tierras. Y, partiendo de estas prerrogativas, comienzan a verse representados en las estelas que aparecen en sus territorios estatales, como también en

aquellos que durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.) continuaron mostrando la expansión del sistema de dependencia alrededor de Tarsis.

Esta noción de la expansión territorial de los príncipes tartesios (Roos, 1997) resulta contradictoria de la propuesta formulada por los autores procesualistas para quienes las estelas decoradas que aparecen en el entorno del valle del Guadalquivir son consecuencia de grupos humanos, posiblemente pastores, procedentes de la Baja Extremadura (Barceló, 1995). Por lo que en sentido inverso a las versiones invasionistas que desde la región atlántica se plantean a través de Extremadura (Celestino, 2001) para interpretar la llegada de un nuevo poblamiento a la Baja Andalucía (Belén y Escacena, 1995), nosotros pensamos que los "bienes de prestigio" más antiguos representados al lado de los aristócratas referidos en las estelas tartesias pueden por el contrario servir para argumentar desde Tarsis una temprana proyección estatal incluyendo cada vez más extensos territorios periféricos.

Desde esta perspectiva territorial, las necrópolis tumulares tartesias siendo a partir del Bronce Final Reciente posteriores a las anteriores expansiones de las estelas decoradas más antiguas, aparecieron por lo mismo mucho más cercanas a los centros poblacionales donde el creciente poder aristocrático quería verse representado además ante el medio urbano y rural de una manera ancestral, para hacer tangible desde la perspectiva de varias generaciones como las identificadas en dichas estelas más antiguas, también a través de los muertos depositados bajo aquellos túmulos, la raigambre identitaria de la clase social dominante.

Las estelas, vistas como propias del carácter principesco que mostraba la expansión política tartesia desde el territorio nuclear del Bajo Guadalquivir, ofrecen por ellas mismas las connotaciones militares que tenían las expresiones identitarias del poder también hacia las zonas periféricas: caso de Extremadura y otras zonas aledañas al valle del Guadalquivir. Cabe retener, por lo tanto, que las estelas tartesias primero, como las necrópolis tumulares después, respecto de las residencias principescas del poder aristocrático acusan durante el Bronce Final Pleno (s. XI-X a.C.) y durante el Bronce Final Reciente (s. IX-VIII a.C.) las dimensiones espacio-temporales (socio-históricas) de la instauración estatal de Tarsis.

En atención al estudio económico-social y político de esta larga trayectoria aristocrática que proponemos analizar primero desde los antecedentes relativos a la formación del Estado tartesio (centros de poder) durante los tiempos del Bronce Final Antiguo y desde sus relaciones-contradicciones expansivas (estelas decoradas), entender después la emergencia de las ciudades-Estado identificadas por las citadas necrópolis tumulares, pensamos que los tres referentes arqueológicos que acabamos de enumerar deben ser contrastados de una manera diacrónica para comprender que estamos hablando de un mismo proceso histórico a tenor del poder alcanzado por una clase social dominante. La continuidad de este proceso histórico, por consiguiente, ha de comenzar siendo analizada a través de la identificación residencial de su poder en Tarsis.

En efecto, desde que la aristocracia tartesia “nace” como propietaria particular de las mejores tierras productivas del valle del Guadalquivir (Roos, 1997) y por lo mismo como una clase dominante que controla también la explotación de los recursos minero-metalúrgicos del ámbito atlántico-mediterráneo de Tarsis, resulta evidente que sus elites más representativas eran residentes en los centros de poder donde más tarde veremos florecer las principales ciudades-Estado del Hierro Antiguo orientalizante. La proyección residencial de la nobleza aristocrática, que se mantuvo de una manera continuada en aquellos centros dominantes sobre sus respectivos territorios estatales, explica que aquella clase social hubiera permanecido estrechamente relacionada con el modo de vida urbano que de una manera progresiva vemos articulado con el modo de vida rural, para darle ordenación a los modos de trabajo propiamente campesinos, ganaderos, pesqueros y mineros.

Y es por ello mismo por lo que pensamos que a partir del Bronce Final Reciente la nobleza aristocrática como una elite de extracción urbana frente al medio rural hubiera necesitado remarcar las raíces identitarias de su poder económico-político y religioso a través de sus muertos (Roos, 1997). La manera más notable para refrendar sus privilegios clasistas era aquella que dejarían consignada en las representaciones funerarias de quienes aparecieran enterrados en las necrópolis tumulares, mientras que muchos otros miembros de la población que se hallaban integrados en las clases más subordinadas de la pirámide social jamás gozarían del mismo derecho de recibir un tratamiento sepulcral de indole parecida.

Como bien sabemos al respecto (Schüle, 1969b: 77; Arteaga, 1977) desde el Bronce Tardío en adelante el ritual funerario que se heredaría en el mundo tartesio se caracterizaba por no dejar ningunas huellas aparentes para los arqueólogos. Y este hecho consistía, según nuestra opinión, en que los tartesios practicaban la cremación de sus muertos, pero sin depositar posteriormente los restos en ningún contenedor. En las necrópolis tumulares tartesias las incineraciones de quienes luego iban a verse representados en una digna sepultura, fueron las que previamente comenzaron a verse introducidas en una urna cineraria, para después proceder al ritual de su enterramiento. Cuando todavía no existían dichas necrópolis tumulares, las cenizas de las cremaciones de todos los muertos podían como en nuestros días ser esparcidas hacia el aire, podían ser dispersas en unas tierras o en unas aguas que tuvieran una significación especial para los difuntos (Arteaga, 1977, 1998).

En este mismo sentido parece evidente que cuando se crearon las necrópolis tumulares, aquellas cremaciones continuaron siendo utilizadas para los ceremoniales fúnebres de la población en general, mientras que las deposiciones en unas urnas cinerarias servían para remarcar la posición privilegiada de las familias que enterradas en aquellas tumbas, por otro lado con sus allegados clientelares, realizaban el carácter principesco de los personajes que dignificados en una cámara sepulcral aparecían en ellas inhumados. Las cámaras funerarias, no como las fenicias hechas con sillares sino con mampostería de piedras de varios tamaños, al

incluir inhumaciones y ajuares suntuosos, acumulativos de una alta ostentación de prestigio y de riqueza, traducen la máxima expresión de la representación principesca (Aubet, 1984: 447 s.) y por lo mismo acusan la tendencia sepulcral de mayor significación identitaria personificada entre los pretendientes a la "realeza" tartesia (Almagro Gorbea, 1996).

La prueba de que las cámaras funerarias estaban reservadas para los príncipes de la aristocracia urbana tartesia la tenemos en que durante el Bronce Final Reciente éstos empiezan siendo enterrados al lado de unas incineraciones colectivas bajo los mismos túmulos cobertores (Aubet, 1975). Mientras que durante los siglos VII-VI a.C., en la misma medida en que se afianzaba la monarquía tartesia y en el medio rural aumentaba la representación de la propiedad privada (Roos, 1997), las cámaras funerarias acaparaban para ellas cada vez más la cobertura tumular (Roos, 1997; Torres Ortiz, 1999), para darle una sepultura exclusiva a los personajes más relevantes de la pirámide social. Eran ciertamente monumentales las cámaras funerarias de los túmulos A-H-I de Setefilla (Lora del Río, Sevilla), así como el túmulo G de la necrópolis de Acebuchal (Carmona) (Bonsor, 1899; Bonsor y Thouvenot, 1928).

Un proceso parecido al de los túmulos a la hora de articular la cobertura de los espacios funerarios corre a todas luces paralelo con respecto de las necrópolis planas tipo La Cruz del Negro (Bonsor, 1899; Amores y Fernández, 2000) que aparecen durante el período Orientalizante, ya que las mismas surgen vinculadas al proceso de representación en que la propiedad privada se hace remarcar socialmente tanto en el medio urbano como en el medio rural (Roos, 1997). En algunas de ellas aparecen todavía túmulos de pequeño tamaño, pero en general por su vinculación urbana éstos tienden a desaparecer, mientras que respecto de La Cruz del Negro aquella tendencia conoce de una manera paralela el hecho de que los grandes túmulos son reservados en las necrópolis del entorno de Carmona para unos personajes dignificados de una manera individual.

En los túmulos tartesios del Hierro Antiguo descubiertos hace poco cerca del Carambolo tenemos representado este modelo de enterramiento individual (Arteaga y Cruz-Auñón, 1996). Por lo que el proceso de representación antes apuntado respecto de necrópolis tumulares como la de Setefilla (Lora del Río), la necrópolis de Acebuchal (Carmona) y la necrópolis de Bencarrón (Alcalá de Guadaira), sabemos que abarcaba de esta manera singular también hasta la parte del Aljarafe. La contrastación urbana asignada a la necrópolis de La Cruz del Negro, aparte de los grandes túmulos principescos singulares en la cúspide social tartesia de los siglos VII-VI a.C. (Arteaga y Cruz-Auñón, 1996), tenemos que buscarla también en la aparición de otras necrópolis donde túmulos más bien pequeños se encuentran acompañados por tumbas planas, como en El Judío, en Brenes y en otras tierras cercanas a dichos Alcores de Carmona, mostrando que durante el Hierro Antiguo orientalizante podemos hablar igualmente de representaciones funerarias en un medio más bien rural (Torres Ortiz, 1999).

No conocemos hasta el presente un análisis de conjunto que partiendo como nosotros del concepto de la expansión de la propiedad privada (Roos, 1997) intente profundizar desde el Bronce Final Reciente en la explicación del proceso que, siendo referente a la existencia de una sociedad de clases en Tarsis, desde la ordenación estatal del territorio entienda las correlaciones funerarias que acabamos de esbozar de una manera puramente ilustrativa. Las nuevas aproximaciones que ahora se introducen en esta problemática (Torres Ortiz, 1999: 184), aunque reconocen la existencia de una aristocracia y una tendencia tartesia hacia la institución monárquica (Almagro Gorbea, 1996: 41-76; Torres Ortiz, 1999: 186), abrazando la hipótesis de las "jefaturas tribales" (los *Big Men*) (Torres Ortiz, 1999: 186 s.; 2002) rehuyen de plantear a las claras que la emergencia de la ciudad-Estado tartesia no se puede entender sin concebir, desde la expansión de la propiedad privada, que esta máxima expresión de la sociedad de clases solamente podía verse afirmada en los medios urbanos y rurales, para los vivos y para los muertos, mediante las instituciones del Estado (Roos, 1997; Arteaga, 1998).

En otras lecturas similares, pero mayormente viciadas por los lastres idealistas acuñados por el historicismo cultural, no deja por lo mismo de resultar sumamente incongruente la forma en que muchos autores muestran un mal disimulado "pudor" al ocultar la definición clasista del concepto aristocrático y monárquico, para ignorar de pasada que tales términos cualitativos entrañan la existencia del Estado y, sin embargo, por otro lado no tienen el menor recato al expresar que a pesar de utilizar tales atributos analizan por su parte la existencia de una sociedad tribal con jefaturas.

En cualquier caso, resulta evidente que nosotros buscamos establecer una coherencia conceptual bastante diferente (Roos, 1997) en la cual la noción de una sociedad de clases, para darle sentido al proceso formativo de una nobleza aristocrática (Aubet, 1984: 447 s.) tendiente a la representación principesca de una "realeza" (Almagro Gorbea, 1996), no puede quedar planteada divorciada de la existencia del Estado. Difícilmente sin la normativa instaurada sobre la propiedad privada podemos entender cómo la aristocracia tartesia podía apropiarse también de los signos representativos de la "nobleza" a través de sus exposiciones funerarias. Las inhumaciones dedicadas a los príncipes tartesios debemos considerar que comportaban un estatus superior de la nobleza aristocrática, por lo que siendo subordinantes de las incineraciones de los enterramientos nobles y de sus clientelas allegadas, marcaban por otro lado la segregación referida a las cremaciones sin urnas cinerarias de quienes como integrantes del resto mayoritario de la población formaban parte de unas desiguales condiciones sociales no representadas nunca en los enterramientos del Bronce Final Reciente (Roos, 1997; Arteaga, 1998). Pensamos que algunos individuos de estos últimos se fueron incorporando a los enterramientos en la misma medida en que se crearon unos nuevos sectores funerarios tipo La Cruz del Negro (Amores y Fernández, 2000) para darle cabida durante el Hierro Antiguo

orientalizante a la identificación clasista de otros grupos que emergieron en la estructura piramidal de la estratificación social urbana.

En la expectativa que acabamos de expresar, resulta necesario retener que las necrópolis tumulares tartesias, de acuerdo con los centros poblacionales a los cuales aparecen adscritas, deben en teoría mostrar unas representaciones aristocráticas variables de acuerdo con la estructura económica-política que controlaban dichas elites dominantes en los territorios estatales respectivos. Una comparación entre la necrópolis de Setefilla y la necrópolis de La Joya (Huelva) resulta ilustrativa.

La enorme concentración de la riqueza acumulada en la necrópolis tumular tartesia de La Joya (Garrido, 1970; Garrido y Orta, 1978), en relación con el carácter portuario del asentamiento correspondiente (Fernández Jurado, 1988-89), permite evaluar la importancia alcanzada en dicho territorio costero por la aristocracia, no solamente como propietaria de las mejores tierras del entorno litoral, sino también por hallarse aposentada en el beneficio comercial que le deparaban los intercambios atlánticos-mediterráneos que cuando menos desde el Bronce Final Antiguo se venían abocando en la región y que hemos significado en atención a la metalurgia relativa a la espada tipo Huelva. La opulencia de los enterramientos más ricos de La Joya expresa el enorme poder económico y político que algunos personajes ostentaban durante el Hierro Antiguo orientalizante, gracias al entendimiento comercial que ligaba a dicha elite autóctona con los intereses de la oligarquía mercantil fenicia. Y es por ello por lo que pensamos que el control portuario en el estuario de los ríos Tinto y Odiel, como lugar de salida de las riquezas minero-metalúrgicas de la región, a buen seguro tenía mucho que ver con la emergencia de una ciudad-Estado de indudable raigambre tartesia y de innegable proyección comercial. La necrópolis tumular afirma la consolidación autóctona de la ciudad portuaria.

En el caso de la necrópolis tumular de Setefilla (Bonsor y Thouvenot, 1928; Aubet, 1975, 1978, 1995) cerca de una posible residencia principesca asentada en una ruta de acceso entre Extremadura y el valle del Guadalquivir, la cual por su distancia estaba seguramente articulada políticamente con el territorio nuclear que se ordenaba desde el centro principal ubicado en Los Alcores de Carmona, tenemos una referencia funeraria de clara definición tartesia. La distribución espacial de las sepulturas en los túmulos excavados bajo la dirección de M^a Eugenia Aubet y en comparación con los hallazgos relativos a las inhumaciones y ajuares conocidos por Jorge Bonsor, pensamos que traduce una clara estratificación clasista, relativa a las familias que allegadas al enterramiento principal gozaban del privilegio de la introducción de sus cenizas en una urna, pero no de ocupar una igualitaria deposición representativa con respecto de la sepultura principal situada en el centro del túmulo.

En el túmulo A de Setefilla pudo observarse (Aubet, 1975, 1995) que tanto los hombres y las mujeres, como las niñas y los niños, prescindiendo de la edad que tuvieran al morir, pero no de su extracción familiar, fueron "ordenados" de una manera representativa en distintos

espacios funerarios desde el Bronce Final Reciente, resaltando la tumba principesca por su cámara de piedra y por el máximo privilegio aristocrático de la inhumación. En una posición destacada respecto de la cámara central aparecieron las incineraciones más ricas, asociadas a fibulas, broches de cinturón, punzones, cuchillos de hierro, objetos de plata y también a importaciones como platos y cuencos de barniz rojo, alabastrones; y para reafirmar el carácter tartesio de los enterramientos, además de las urnas utilizadas para los mismos, numerosos cuencos con y sin decoración bruñida (Aubet, 1995).

Otro grupo de sepulturas, de segunda categoría, ocupaba en el área del círculo tumular una posición semicentral. Aunque se asocian también a importaciones, presentan unos ajuares menos ricos y voluminosos. Una tercera categoría con enterramientos incinerados, indistintamente masculinos, femeninos e infantiles, ocupaban una posición semiperiférica, conteniendo un ajuar funerario sin importaciones, compuesto exclusivamente de la urna, un cuenco de ofrenda y alguna fibula. Una cuarta categoría, con tumbas que contienen solamente una urna, se distribuye finalmente en la periferia tumular (Aubet, 1995).

Abundan las sepulturas de niños y neonatos, que reafirman el privilegio familiar de su cuna. Es decir, un status no adquirido por ellos mismos, sino más bien heredado del privilegio clasista familiar. En relación con la ordenación espacial observada, entre las tumbas más ricas de la zona central y las tumbas de la periferia, por los mismos privilegios apuntados, destacaba en el grupo tercero la riqueza que ostentaba una sepultura perteneciente a una niña menor de seis años de edad.

En el grupo cuarto, considerado menos favorecido, aparece enterrado un hombre maduro acompañado de un ajuar formado por objetos de trabajo especializado como una tobera. Este equipamiento propio de un artesano metalúrgico (Aubet, 1995: 404) resulta ilustrativo de que muchos individuos debido a sus relaciones clientelares con la aristocracia tartesia podían quedar asimilados al reconocimiento identitario de su condición subordinada. La relación clientelar queda de esta manera expresada por su adscripción a la clase dominante.

En la cúspide de la representación aristocrática estaban, por lo dicho, significados los príncipes y princesas, que por su alto status social recibían un tratamiento relevante entre los muertos incinerados, para de esta manera colocar por encima de la misma “nobleza” la identificación de quienes formaban parte de una “realeza” en ciernes.

En el túmulo H de Setefilla, conocido desde los trabajos de la época de Bonsor, no deja de observarse esta tendencia propia de la nobleza aristocrática a tenor del tamaño y la monumentalidad que muestra la estructura tumular y la cámara funeraria de piedra (Bonsor y Thouvenot, 1928: 21-25). Sobre todo teniendo en cuenta (Aubet, 1995: 405) que en dicha sepultura orientalizante, magnificada por su construcción y por el rito de la inhumación, se salvaron del saqueo algunos de los elementos de status más característicos de las tumbas de los

príncipes tartesios como son: marfiles, joyas de oro, cuentas de ámbar y un recipiente de bronce, entre otros.

Todo cuanto acabamos de exponer resulta bastante ilustrativo de lo que cabe esperar en la región nuclear de Tarsis respecto de otras necrópolis tumulares aristocráticas como Setefilla (Sevilla) y La Joya (Huelva), siendo sobre todo expectante la significación social que por un lado pueden alcanzar a tener las numerosas que conocemos adscritas entre Los Alcores de Carmona y el Aljarafe al entorno territorial del antiguo *Lacus Ligustinus* y, por otro lado, cerca de la Gadir fenicia la necrópolis tumular de Las Cumbres (Ruiz Mata y Pérez, 1989) adscrita al centro de poder tartesio emplazado en el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María).

12. La proyección protohistórica de la nueva civilización urbana de Tarsis.

La noción formativa que desde una propuesta económico-social acabamos de exponer respecto de la emergencia clasista (aristocrática) de una nueva civilización urbana (estatal) en Tarsis, incide profundamente en la revisión conceptual que de la Protohistoria en el ámbito atlántico-mediterráneo venimos argumentando desde hace varias décadas como una alternativa explicativa a las interpretaciones que en atención al paradigma oriental y centroeuropeo siguen formulando las teorías culturalistas afines al difusionismo, así como también los enfoques reciclados a tenor del procesualismo funcionalista (Chapman, 1991) y del post-procesualismo contextualista de los *World Systems* (Frankenstein, 1997; Kristiansen, 2001).

En la expectativa económico-política que concierne a la teoría formativa de una sociedad de clases, la noción de la desigualdad social entraña para nosotros respecto de la civilización la relación-contradicción relativa a la aparición y expansión de un determinado modelo de Estado. Por lo que en atención a esta condición teórica la revisión conceptual de una Protohistoria en Europa occidental, enfocada también desde el ámbito atlántico-mediterráneo de Tarsis, entraña a su vez una ruptura epistemológica con los paradigmas culturalistas creados por otras visiones tradicionales a la hora de desvelar la manera en que sus argumentos civilizatorios planteados sin reconocer ninguna contradicción, ni conflicto social, vuelven a ser reciclados con la ayuda de las nuevas tendencias interpretativas (Ruiz-Gálvez, 1998), pero sin abandonar en el fondo la matriz de la “barbarie”, retomada siempre desde unas claves orientales, mediterráneas y centroeuropeas (Chapman, 1991; Frankenstein, 1997; Ruiz-Gálvez, 1998; Kristiansen, 2001).

En este sentido, la percepción atlántica-mediterránea que hacemos de la civilización urbana de Tarsis, resulta ella misma concluyente de que la falacia protohistórica de Europa occidental respecto de Oriente ha nacido y sigue concebida desde unos presupuestos teóricos erróneos acuñados desde el complejo de inferioridad propio de los nacionalismos europeos, al preguntar por sus respectivas raíces culturales, haciendo que las mismas dependiendo de la doctrina *ex Oriente lux* por unos distintos caminos originarios busquen de una manera particularista superar la antítesis inducida sobre la “barbarie”, para llegar a una síntesis

civilizatoria no menos idealista. La concepción básica de la palabra “Protohistoria” cabe recordar que emana también de este caldo de cultivo histórico-cultural, por lo que todavía aparece utilizada como un término a todas luces convencional, sobre todo cuando puede verse aplicado como en Italia y Francia para designar los períodos finales de la Prehistoria que se consideran anteriores a la Historia escrita, legada por los autores de los textos clásicos griegos y latinos. En suma, para referir en Europa sobre todo la noción civilizada de una Edad del Hierro a tenor de las famosas “épocas de los metales” que fueron debatidas a partir de las propuestas de Christian J. Thomsen (1836) y que luego tanto contribuyeron a la creación de un síndrome comparativo difícil de erradicar, porque en detrimento de cualquier análisis económico-social no han dejado de construir para Europa un sistema de correspondencia con aquellas civilizaciones que por sus escrituras respectivas se consideran históricas tanto en el Próximo Oriente como en Egipto. ¿Cuándo debemos entonces, desde esta perspectiva culturalista, comenzar la “historia de Tarsis” tomando en cuenta no solamente las menciones consignadas en las fuentes bíblicas (Koch, 1984; Villar, 1995), sino también la escritura oriental implantada en Occidente por los fenicios con la fundación de Gadir (Arteaga y Roos, 2002)?

Haciendo omisión de la connotación urbana que los especialistas atribuyen tanto a la escritura fenicia como a la escritura tartesia (Hoz, 1989, 1995; Correa, 1992, 1995), los defensores de la “teoría tribal” referente a la sociedad de “jefaturas” prefieren continuar tomando como un punto de apoyo para sus interpretaciones el mencionado criterio convencional, según el cual la Protohistoria concebida para la Península Ibérica a través del Mediterráneo y el centro de Europa antes de las escrituras greco-latinas jamás ha cesado de alimentar no por una mera comodidad comparativa, sino por una acendrada convicción histórica-cultural los argumentos basados en las menciones egipcias sobre los “Pueblos del Mar” y en los mitos homéricos, para iluminar por doquier con unas ideas especulativas la falacia de la “Época Oscura”.

Las visiones actuales que podemos referir a Europa occidental en relación con la crítica del paradigma oriental, tampoco acaban en su mayoría de liberarse de los lastres teóricos que las sujetan a las hipótesis “tribales” de las “jefaturas bárbaras”. Por ello pensamos que la noción de una civilización atlántica difícilmente podrá verse desligada de la concepción oriental del Estado, mientras los propios prehistoriadores europeos no desvelen que de una manera prístina, como proponemos en el sur de la Península Ibérica desde la Época del Cobre y la Época del Bronce, también en Europa la existencia de la desigualdad social venía siendo consustancial con la emergencia del Estado y que su expansión era correlativa con un modelo civilizatorio diferente al oriental.

La dimensión civilizatoria (estatal) que desentrañamos desde la Prehistoria en relación con la emergencia económico-política de Tarsis, pensamos que permite respecto de Europa occidental superar en unos términos económico-sociales todo cuanto las teorías culturalistas

hasta el presente vienen denegando. Es por ello mismo por lo que resulta fundamental llegar a la conclusión de que los fenicios conocedores de la sociedad de clases y del Estado en Oriente trataron en Occidente con una aristocracia indígena, cuyo modo de producción había abandonado hacia varios milenios la transición relativa a una formación social tribal (Arteaga, 1992). En esta misma consecuencia, con la dimensión atlántica-mediterránea del Bronce Tardío pre-tartésio (Arteaga y Roos, 2003), nosotros criticamos en el valle del Guadalquivir las mismas consideraciones que algunos investigadores vienen esgrimiendo para llevar a cabo la discusión de los postulados historicistas más tradicionales afirmando incluso para el centro de Europa que el I milenio a.C. constituye más bien una fase crucial de transformación social, aparte de cultural y posiblemente étnica (Benac, Cović y Tasić, 1991; Kristiansen, 1982, 1994).

La diferencia de nuestro planteamiento, respecto de la concepción de la aparición del “Estado arcaico” europeo, radica en que para nosotros la desigualdad social como una condición *sine qua non* para el análisis de la civilización urbana en Tarsis no puede resultar excluyente de otras desigualdades sociales explicativas de distintos modelos estatales que consideramos existentes en Europa y que todavía suelen ignorarse por parte de los teóricos de las “jefaturas” para argumentar las resistencias periféricas que ellos mismos anteponen de una manera descriptiva al concepto integracionista de la civilización estatal mediterránea. Las conclusiones que tales criterios sacan sobre la aparición del Estado arcaico en Europa (Kristiansen, 2001) no cabe duda de que tendrán que abandonar los presupuestos teóricos de tales “jefaturas” para poder asumir desde la hipótesis de la desigualdad social – encarnada por las elites que para nosotros resultan representativas de la emergencia de una clase dominante – que las contradicciones que definen la existencia del Estado no pueden explicarse a través de un mero convencionalismo de “comparación cultural”. Nosotros mismos por el trillado camino del “debate cultural” (Arteaga, 1978) debemos reconocer que estábamos hacia los años setenta como en un callejón sin salida, hasta que caímos en cuenta de que solamente el análisis económico-social y político del concepto estatal de la civilización podía prestarnos una alternativa explicativa mucho más convincente (Arteaga, 1980).

Nuestra llamada de atención acerca de la formación económico-social del Estado arcaico en Europa arranca actualmente por lo dicho de plantear que tales cambios en tanto que económico-sociales y políticos deben resultar explicativos de las relaciones étnico-culturales y no a la inversa, teniendo en cuenta que estas últimas, cuando se propician en el seno del Estado, deben quedar esclarecidas de acuerdo con las relaciones sociales de producción a las cuales de este modo obedecen (Arteaga, 2001).

En el ámbito atlántico-mediterráneo que analizamos desde finales del II milenio a.C. en adelante podemos decir que tales cambios fueron promovidos por la emergencia de la sociedad tartésia, siendo desde comienzos del I milenio a.C. más bien coadyuvados por la presencia fenicia que desde la fundación de Gadir ahora comenzamos a inferir a partir de los siglos X-IX

a.C. (Arteaga y Roos, 2002), y no precisamente después de una “Época Oscura” causada por un supuesto “vacío de población”. En el ámbito del debate centroeuropeo quizás una revisión conceptual parecida pueda servir para desde la “hipótesis clasista inicial” (Bate, 1984, 1998; Arteaga y Roos, 1995; Roos, 1997; Arteaga, 2000), y no desde la “jefatura”, entender también la emergencia de la sociedad hallstática vista como otro modelo de sociedad clasista.

Por lo pronto pensamos que frente al historicismo cultural y frente al funcionalismo reciclado por las propuestas procesualistas (Chapman, 1991) y contextualistas (Frankenstein, 1997; Kristiansen, 2001), en relación con Europa central y septentrional (Kristiansen, 2001), y también en relación con la Europa atlántica (Giot, Briard y Pape, 1995), la hipótesis clasista de la civilización estatal en Tarsis introduce un reto teórico de carácter alternativo para nada desdeñable. En efecto, solamente por las causas teóricas antes apuntadas cabe entender por qué durante la Edad del Bronce (Schubart y Arteaga, 1986a; Lull y Estévez, 1986; Arteaga, 1992, 2000; Lull y Risch, 1995) difícilmente podemos encontrar unos criterios que conciban la existencia de unas sociedades clasistas en Europa (Kristiansen, 2001) y mucho menos regidas por el Estado (Schubart y Arteaga, 1986a; Lull y Estévez, 1986) desde la Edad del Cobre (Nocete, 1989); mientras nosotros por el contrario venimos comprobando que dichas sociedades clasistas iniciales existían (Arteaga y Roos, 1995; Nocete, 2001) afirmadas en la ordenación de varios territorios estatales (Arteaga, 1992), por lo que consideramos que desde el III milenio a.C. (Nocete, 1989, 2001) ellas estaban articulando en el mediodía de la Península Ibérica como en Oriente unos particulares sistemas tributarios (Arteaga, 1992), siendo los mismos dependientes de unos connotados centros de poder (Schubart, Pingel y Arteaga, 2000; Arteaga, 2000).

En la prosecución de esta misma consecuencia, para nada resulta extraño que mientras durante el Bronce Tardío (s. XV-XIII a.C.) y el Bronce Final (s. XII-VIII a.C.) nosotros en la Baja Andalucía contrastamos las relaciones comerciales mediterráneas, primero micénicas y después fenicias, para remarcar una aristocracia tartesia que por consiguiente identificamos como una clase dominante en el proceso histórico conducente a la consolidación de las ciudades-Estado que durante el Hierro Antiguo protagonizaron la eclosión de una nueva civilización urbana en el valle del Guadalquivir, por el contrario en el centro de Europa quienes estudian el mencionado cambio socioeconómico y étnico-cultural no contemplan tampoco ningún proceso relativo a la aparición de un Estado arcaico (Kristiansen, 2001) antes del florecimiento hallstático de la Heuneburg (Kimmig, 1983) cifrado por ellos desde el siglo VI a.C. en adelante. Las incongruencias civilizatorias entre la nueva noción urbana de Tarsis y las centroeuropeas se hacen de esta manera sumamente contradictorias.

Habida cuenta de todo lo apuntado, mientras casi nadie puede poner en duda respecto del origen de la Cultura Ibérica (Arteaga, 1980) que la expansión de la nueva civilización urbana que consideramos fenicio-tartesia comportaba en Occidente una manifestación

“orientalizante”, con una proyección económico-social y política (estatal) independiente de la griega y de la etrusca, no deja de resultar sorprendente que muchos autores aferrados todavía a las hipótesis invasoristas sigan hasta nuestros días apegados a los métodos decimonónicos del difusionismo cultural, para interpretar en el resto de dicha Península Ibérica unas supuestas “penetraciones indoeuropeas”, cuando por otro lado no pocos investigadores conocedores de Europa central dejan abierto cada vez más el debate sobre las “oleadas invasoras” tradicionales, versadas sobre la civilización hallstática (Frankenstein y Rowlands, 1978; Eggert, 1988, 1989; Dietler, 1990; Pare, 1991; Wolf, 1993; Frankenstein, 1997; Kristiansen, 2001).

En definitiva, como hemos expuesto repetidas veces desde hace treinta años (Arteaga, 1978), sin negar los intercambios comerciales mantenidos a través de Europa con el Occidente atlántico, pensamos que las “culturas” protohistóricas de la Península Ibérica (Belén y Chapa, 1997) difícilmente pueden explicarse como propias del Hierro Antiguo hallstático y como si nada tuvieran en común con la civilización tartesia y la ibérica. La propuesta formativa de la Cultura Ibérica (Arribas, 1965; Arteaga, 1980), por todo cuanto acabamos de atribuir al ámbito atlántico-mediterráneo de Tarsis, cuenta a todas luces con los antecedentes económico-sociales y políticos (estatales) que de una manera independiente respecto de los Campos de Urnas centroeuropeos durante los siglos VIII-VII a.C. conciernen a la eclosión de una manifestación plenamente urbana; por otro lado impensable según los autores europeos hasta doscientos años más tarde respecto de la Heuneburg (Kimmig, 1983), teniendo en cuenta que este urbanismo que consideran incipiente siendo debatido además en relación con el Mediterráneo, tampoco pueden datarlo antes del comienzo de Hallstatt D-I que se eleva en el sur de Baden-Württemberg (Alemania) como mucho al último cuarto del siglo VII a.C. (Parzinger, 1989: 135); y, por lo mismo, comportando una posibilidad nunca anterior a 600 a.C. en cuanto a la expansión que se pueda atribuir a su propia proyección centroeuropea.

Las contradicciones teóricas que desde estas expectativas centroeuropeas pusimos en evidencia en relación con los llamados Campos de Urnas Occidentales (Arteaga, 1978) y sobre todo en atención a los caracteres “protourbanos” ofrecidos mucho antes de Hallstatt D-I por el poblado de Cortes de Navarra en el valle del Ebro (Arteaga, 1980), resulta patente que se hacen cada vez más acuciantes, alcanzando sus incongruencias unos grados insostenibles en la misma medida en que partiendo ahora de la teoría del Estado las investigaciones arqueológicas practicadas en el ámbito atlántico-mediterráneo del valle del Guadalquivir ponen de manifiesto que la revisión del concepto protohistórico en Europa occidental tampoco puede continuar prescindiendo de una contrastación basada en la eclosión urbana de Tarsis y que respecto del apogeo alcanzado por el “reino” de Tartesos debe ser analizada también en atención a las relaciones-contradicciones estatales que conciernen en claves territoriales a la expansión de la civilización ibérica.

13. Bibliografía.

- AA.VV., 1969: *Tartessos y sus problemas*. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1968). Barcelona.
- AA.VV., 1982: *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales* (Huelva 1980). Huelva Arqueológica 6. Huelva.
- AA.VV., 1986: *Homenaje a Luis Siret 1934-1984* (Cuevas del Almanzora 1984). Sevilla.
- AA.VV., 1995: *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1993). Jerez de la Frontera.
- AA.VV., 2000: *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz 1995). Cádiz.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M., FLORES, C. y PINO, M. DEL, 1986: "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de Cabañas del Bronce final y su evolución". *Arqueología Espacial* 9, pp. 33-58. Teruel.
- ALMAGRO BASCH, M., 1940: "El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa". *Ampurias* 2, pp. 85-143. Barcelona.
- ALMAGRO BASCH, M., 1952: *España protohistórica. La España de las invasiones célticas*. Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal I.2. Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M., 1966: *Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular*. Bibliotheca Praehistorica Hispana 8. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1977a: *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana 14. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1977b: "El Pic dels Corbs de Sagunto y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica". *Saguntum* 12, pp. 89-144. Valencia.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1996: *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M., 2000: "La 'precolonización fenicia' en la Península Ibérica". En *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz 1995), pp. 711-721. Cádiz.
- ALVAR, J. y WAGNER, C. G., 1988: "La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica". *Gerión* 6, pp. 169-185. Madrid.
- AMORES, F., 1982: *Carta arqueológica de los Alcores (Sevilla)*. Sevilla.
- AMORES, F. DE, 1992: "La Prehistoria". En ROMERO, P., Ed.: *Carmona. Historia, cultura y espiritualidad*, pp. 59-78. Sevilla.
- AMORES, F. y FERNÁNDEZ CANTOS, A., 2000: "La necrópolis de La Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)". En ARANEGUI, C., Ed.: *Argantonio. Rey de Tartessos*, pp. 157-164. Catálogo de la Exposición. Sevilla.
- ARNAUD, J. M., 1982: "O povoado calcolítico de Ferreira do Alentejo no contexto da Bacia do

- Sado e do sudoeste peninsular". *Arqueologia* 6, pp. 48-64. Porto.
- ARRIBAS, A., 1965: *Los Iberos*. Barcelona.
- ARRIBAS, A., 1986: "La Época del Cobre en Andalucía Oriental: perspectivas de la investigación actual". En *Homenaje a Luis Siret 1934-1984* (Cuevas del Almanzora 1984), pp. 159-166. Sevilla.
- ARRIBAS, A. y ARTEAGA, O., 1975: *El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada. Serie Monográfica 2. Granada.
- ARRIBAS, A., PAREJA, E., MOLINA GONZÁLEZ, F., ARTEAGA, O. y MOLINA FAJARDO, F., 1974: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce "Cerro de la Encina". Monachil (Granada). (El corte estratigráfico nº 3)*. Excavaciones Arqueológicas en España 81. Madrid.
- ARTEAGA, O., 1976: "La panorámica proto-histórica peninsular y el estado actual de su conocimiento en el Levante Septentrional (Castellón de la Plana)". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense* 3, pp. 173-194. Castellón de la Plana.
- ARTEAGA, O., 1976-78: "Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península". En *Los Orígenes del Mundo Ibérico* (Barcelona-Ampurias 1977). *Ampurias* 38-40, pp. 23-60. Barcelona.
- ARTEAGA, O., 1977: "Las cuestiones orientalizantes en el marco protohistórico peninsular". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 2, pp. 301-320. Granada.
- ARTEAGA, O., 1978: "Los Pirineos y el problema de las invasiones indoeuropeas. Aproximación a la valoración de los elementos autóctonos". En *Els pobles pre-romans del Pirineu. 2 Col·loqui Int. d'Arqueologia de Puigcerdà* (Puigcerdà 1976), pp. 13-30. Barcelona.
- ARTEAGA, O., 1980: *La formación del poblamiento ibérico*. Tesis Doctoral. Universidad de Granada. Granada.
- ARTEAGA, O., 1982: "Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del Horizonte Proto-ibérico en el Levante Meridional y Sudeste de la Península". En *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales* (Huelva 1980). *Huelva Arqueológica* 6, pp. 131-183. Huelva.
- ARTEAGA, O., 1985: "Excavaciones Arqueológicas Sistemáticas en el cerro de Los Alcores (Porcuna, Jaén). Informe preliminar sobre la campaña de 1985". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985 (II), pp. 279-288. Sevilla.
- ARTEAGA, O., 1987: "Perspectivas espacio-temporales de la colonización fenicia-occidental. Ensayo de aproximación". En *Iberos*. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén 1985), pp. 205-228. Jaén.
- ARTEAGA, O., 1992: "Tribalización, jerarquización y Estado en el territorio de El Argar". *Spal*

- 1, pp. 179-208. Sevilla.
- ARTEAGA, O., 1995: "Paradigmas historicistas de la civilización occidental. Los fenicios en las costas mediterráneas de Andalucía". *Spal* 4, pp. 131-171. Sevilla.
- ARTEAGA, O., 1998: "La crisis del mundo tartesio. Socioeconomía y sociopolítica del iberismo en la Alta Andalucía". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 1, pp. 181-222. Cádiz.
- ARTEAGA, O., 2000: "La sociedad clasista inicial y el origen del Estado en el territorio de El Argar". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 3, pp. 121-219. Cádiz.
- ARTEAGA, O., 2001: "La emergencia de la 'Polis' en el mundo púnico occidental". En ALMAGRO GORBEA, M. et al.: *Protohistoria de la Península Ibérica*, pp. 217-281. Barcelona.
- ARTEAGA, O., 2002: "Las teorías explicativas de los 'cambios culturales' durante la prehistoria en Andalucía. Nuevas alternativas de investigación". En *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía* (Córdoba 2001). *Prehistoria*, pp. 247-311. Córdoba.
- ARTEAGA, O. y CRUZ-AUÑÓN, R., 1995: "Una valoración del 'Patrimonio Histórico' en el 'campo de silos' de la finca 'El Cuervo - RTVA' (Valencina de la Concepción, Sevilla). Excavación de Urgencia de 1995". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1995 (III), pp. 608-616. Sevilla.
- ARTEAGA, O. y CRUZ-AUÑÓN, R., 1996: "Las nuevas sepulturas prehistóricas (tholoi) y los enterramientos bajo túmulos (tartesios) de Castilleja de Guzmán (Sevilla). Excavación de Urgencia de 1996". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1996, pp. 640-651. Sevilla.
- ARTEAGA, O. y HOFFMANN, G., 1999: "Dialéctica del proceso natural y sociohistórico en las costas mediterráneas de Andalucía". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 2, pp. 13-121. Cádiz.
- ARTEAGA, O., KÖLLING, A., KÖLLING, M., ROOS, A. M., SCHULZ, H. y SCHULZ, H. D., 2001a: "Geoarqueología Urbana de Cádiz. Informe preliminar sobre la campaña de 2001". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2001 (III.1), pp. 27-40. Sevilla.
- ARTEAGA, O., KÖLLING, A., KÖLLING, M., ROOS, A. M., SCHULZ, H. y SCHULZ, H. D., 2001b: "El puerto de Gadir. Investigación geoarqueológica en el casco antiguo de Cádiz". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 4, pp. 345-415. Cádiz.
- ARTEAGA, O. y MÉNANTEAU, L., 2004: "Géochronologie comparée de deux estuaires de l'Atlantique: la Loire (France) et le Guadalquivir (Espagne)". *Aestuaria* 5, pp. 23-45. Cordemais.
- ARTEAGA, O. y MESADO, N., 1979: "Vinarragell. Eine endbronzezeitlich-iberische Küstensiedlung der Provinz Castellón mit phönizisch-punischen Elementen". *Madriider*

- Mitteilungen* 20, pp. 107-132. Heidelberg.
- ARTEAGA, O. y MOLINA GONZÁLEZ, F., 1977: "Anotaciones al problema de las cerámicas excisas peninsulares". En *XIV Congreso Nacional de Arqueología* (Vitoria 1975), pp. 565-586. Zaragoza.
- ARTEAGA, O., NOCETE, F., RAMOS, J., RECUERDA, A. y ROOS, A. M., 1986: "Excavaciones sistemáticas en el cerro de El Albalate (Porcuna, Jaén)". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986 (II), pp. 395-400. Sevilla.
- ARTEAGA, O., RAMOS, J. y ROOS, A. M., 2003: "Crónica de los XIX Encuentros de Historia y Arqueología: *Geoarqueología e Historia de la Bahía de Cádiz. Proyecto Antipolis*. San Fernando (Cádiz) 26-28 de Noviembre de 2003". *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 6, pp. 373-387. Cádiz.
- ARTEAGA, O., RAMOS, J., ROOS, A. M. y NOCETE, F., 1991: "Balance a medio plazo del 'Proyecto Porcuna'. Campaña de 1991". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1991 (II), pp. 295-301. Sevilla.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A. M., 1992: "El Proyecto Geoarqueológico de las Marismas del Guadalquivir. Perspectivas arqueológicas de la campaña de 1992". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1992 (II), pp. 329-339. Sevilla.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A. M., 1995: "Geoarchäologische Forschungen im Umkreis der Marismas am Río Guadalquivir (Niederandalusien)". *Madriider Mitteilungen* 36, pp. 199-218. Mainz.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A. M., 2002: "El puerto fenicio-púnico de Gadir. Una nueva visión desde la Geoarqueología Urbana de Cádiz". En *Homenaje al Profesor Pellicer II. Spal* 11, pp. 21-39. Sevilla.
- ARTEAGA, O. y ROOS, A. M., 2003: "El Bronce Tardío post-argárico en la ladera sur de Fuente Álamo". En PINGEL, V. *et al.*: "Excavaciones arqueológicas en la ladera sur de Fuente Álamo. Campaña de 1999". *Spal* 12, pp. 208-221. Sevilla.
- ARTEAGA, O. y SCHUBART, H., 1980: "Fuente Álamo. Excavaciones de 1977". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 9, pp. 245-289. Madrid.
- ARTEAGA, O. y SCHULZ, H. D., 1997: "El puerto fenicio de Toscanos. Investigación geoarqueológica en la costa de la Axarquía (Vélez-Málaga 1983/84)". En AUBET, M. E., Coord.: *Los fenicios en Málaga*, pp. 87-154. Málaga.
- ARTEAGA, O., SCHULZ, H. D. y ROOS, A. M., 1995: "El problema del 'Lacus Ligustinus'. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir". En *Tartessos 25 años después 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de Prehistoria Peninsular* (Jerez de la Frontera 1993), pp. 99-135. Jerez de la Frontera.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M. R., 1973: "Los Saladares. Un yacimiento protohistórico en la

- región del Bajo Segura". En *XII Congreso Nacional de Arqueología* (Jaén 1971), pp. 437-450. Zaragoza.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M. R., 1974: "Die Ausgrabungen von Los Saladares (Prov. Alicante). Zum Ursprung der iberischen Kultur an der südlichen Levanteküste". *Madridrer Mitteilungen* 15, pp. 108-121. Heidelberg.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M. R., 1975: "Los Saladares-71". *Noticiario Arqueológico Hispánico. Arqueología* 3, pp. 7-140. Madrid.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M. R., 1979-80: "Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela – Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica (Estudio crítico 1)". *Ampurias* 41-42, pp. 65-137. Barcelona.
- AUBET, M. E., 1975: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*. Programa de Investigaciones Protohistóricas II. Barcelona.
- AUBET, M. E., 1978: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (Tímulo B)*. Programa de Investigaciones Protohistóricas III. Barcelona.
- AUBET, M. E., 1984: "La aristocracia tartésica durante el periodo Orientalizante". *Opus* 3 (2), pp. 445-468. Roma.
- AUBET, M. E., Ed., 1989: *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- AUBET, M. E., 1994: *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Edición ampliada y puesta al día. Barcelona.
- AUBET, M. E., 1995: "Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica". En *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1993), pp. 401-409. Jerez de la Frontera.
- AUBET, M. E., 2000: "Cádiz y el comercio atlántico". En *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Pínicos* (Cádiz 1995), pp. 31-41. Cádiz.
- AUBET, M. E., SERNA, M. R., ESCACENA, J. L. y RUIZ DELGADO, M. M., 1983: *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*. Excavaciones Arqueológicas en España 122. Madrid.
- BANDERA, M. L. DE LA, CHAVES, F., FERRER, E. y BERNÁLDEZ, E., 1995: "El yacimiento tartésico de Montemolín". En *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1993), pp. 315-332. Jerez de la Frontera.
- BARCELÓ, J. A., 1992: "Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 49, pp. 259-275. Madrid.
- BARCELÓ, J. A., 1995: "Sociedad y economía en el Bronce Final tartésico". En *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de

- Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1993), pp. 561-589. Jerez de la Frontera.
- BATE, L. F., 1984: "Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial". *Boletín de Antropología Americana* 9, pp. 47-86. México.
- BATE, L. F., 1998: *El proceso de investigación en Arqueología*. Barcelona.
- BELÉN, M., ANGLADA, R., ESCACENA, J. L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I., 1997: *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*. Sevilla.
- BELÉN, M. y CHAPA, T., 1997: *La Edad del Hierro*. Madrid.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L., 1992: "Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental". En ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G., Eds.: *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Madrid 1989). *Complutum* 2-3, pp. 65-87. Madrid.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L., 1995: "Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir". *Kolaios* 4, pp. 67-101. Sevilla.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J. L., 1997: "Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía Occidental". *Spal* 6, pp. 103-131. Sevilla.
- BENAC, A., CÔVIĆ, B. y TASIĆ, N., Eds., 1991: *Tribus paléobalkaniques entre la mer Adriatique et la mer Noire de l'Énéolithique jusqu'à l'époque Hellénistique*. I Symposium Illyro-Thrace. Sarajevo.
- BENDALA, M., 1977: "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos". *Habis* 8, pp. 177-205. Sevilla.
- BENDALA, M., 1985: "La civilización tartésica". En *Historia General de España y América* I.1, pp. 595-642. Madrid.
- BENDALA, M., 1990: "Tartessos hoy a la luz de los datos arqueológicos y literarios". En *La cultura tartésica y Extremadura*. Cuadernos Emeritenses 2, pp. 11-27. Mérida.
- BENDALA, M., 1995: "Componentes de la cultura tartésica". En *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1993), pp. 255-264. Jerez de la Frontera.
- BLÁZQUEZ, J. M., 1975: *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. 2ª edición corregida y ampliada. Acta Salmanticensia. Filosofía y Letras 85. Salamanca.
- BLÁZQUEZ, J. M., LUZÓN, J. M., GÓMEZ, F. y CLAUS, K., 1970: *Huelva Arqueológica. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro*. Huelva.
- BLÁZQUEZ, J. M., RUIZ MATA, D., REMESAL, J., RAMÍREZ, J. L. y CLAUS, K., 1979: *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977*. Excavaciones Arqueológicas en España 102. Madrid.
- BONSOR, G., 1899: "Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Bétis". *Revue Archéologique* (3ª Serie) 35, pp. 126 ss., 232 ss. y 376 ss. Paris.

- BONSOR, G. y THOUVENOT, R., 1928: *Nécropole ibérique de Setefilla, Lora del Rio (Sevilla). Fouilles de 1926-27*. Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques 14. Bordeaux-Paris.
- BREA, B., 1966: *Sicily before the Greece*. 2ª edición. Londres.
- BRIARD, J., 1965: *Les dépôts bretons et l'âge du Bronze Atlantique*. Rennes.
- BURGESS, C. B., 1968: "The Later Bronze Age in the British Isles and North-western France". *The Archaeological Journal* 125, pp. 1-45. Londres.
- CAMPOS, J. M., 1989: "Análisis de la evolución espacial y urbana de Urso". En GONZÁLEZ, J., Ed.: *Estudios sobre Urso. Colonia Iulia Genetiva*, pp. 99-111. Sevilla.
- CAMPOS, J. M., VERA, M. y MORENO, M. T., 1988: *Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro 85-6*. Monografías de Arqueología Andaluza 1. Sevilla.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J. A. y PASTOR, M., 1985: "Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fíbula de codo del Cerro de la Miel (Moraleta de Zafayona, Granada)". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 10, pp. 265-333. Granada.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J. A., 1981: "Cerro de la Mora, Moraleta de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6, pp. 307-354. Granada.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J. A., 1982: "Cerro de la Mora I (Moraleta de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 13, pp. 7-164. Madrid.
- CARRIAZO, J. M., 1973: *Tartessos y El Carambolo. Investigaciones arqueológicas sobre la Protohistoria de la Baja Andalucía*. Arte de España 4. Madrid.
- CARRIAZO, J. M. y RADDATZ, K., 1961: "Ergebnisse einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona". *Madridrer Mitteilungen* 2, pp. 71-106. Heidelberg.
- CARRILERO, M., 1992: "El proceso de transformación de las sociedades indígenas de la periferia tartésica". En *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación*. Actas del Seminario celebrado en Almería (Almería 1990), pp. 117-142. Almería.
- CARRILERO, M., 1993: "Discusión sobre la formación social tartésica". En ALVAR, J. y BLÁZQUEZ, J. M., Eds.: *Los enigmas de Tartessos*, pp. 163-185. Madrid.
- CARRILERO, M. y AGUAYO, P., 1996: "Indígenas en el período orientalizante en Málaga (s. VIII-VI a.C.)". En WULFF, F. y CRUZ-ANDREOTTI, G., Eds.: *Historia Antigua de Málaga y su provincia*. Actas del Primer Congreso de Historia Antigua de Málaga (Málaga 1994), pp. 41-57. Málaga.

- CASTRO, P. V., LULL, V. y MICÓ, R., 1996: *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. BAR Int. Series 652. Oxford.
- CELESTINO, S., 2001: *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona.
- CESARI, J., 1992: "Nouveaux acquis de la Préhistoire corse". En ROSSELLÓ, G., Ed.: *La Prehistòria de les illes de la Mediterrània Occidental*. X Jornadas d'Estudis Històrics Locals (Palma de Mallorca 1991), pp. 55-81. Palma de Mallorca.
- CHAPMAN, R., 1991: *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Barcelona.
- COFFYN, A., 1985: *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Publications du Centre Pierre Paris 11. Paris.
- CONTRERAS, F., 1982: "Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de Cabezuelos (Úbeda, Jaén)". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7, pp. 307-329. Granada.
- CONTRERAS, F., Coord., 2000: *Proyecto Peñalosa: Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte Meridional de Sierra Morena y Depresión de Linares-Bailén*. Serie Arqueología Monografías Memorias 10. Sevilla.
- CORREA, J. A., 1992: "La epigrafía tartesia". En HERTEL, D. y UNTERMANN, J., Eds.: *Andalusien zwischen Vorgeschichte und Mittelalter*, pp. 75-114. Forum Ibero-Americanum 7. Köln.
- CORREA, J. A., 1995: "Reflexiones sobre la epigrafía paleohispánica del Suroeste de la Península Ibérica". En *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1993), pp. 609-618. Jerez de la Frontera.
- CRUZ-AUÑÓN, R. y ARTEAGA, O., 1995: "Acerca de un campo de silos y un foso de cierre prehistóricos ubicados en 'La Estacada Larga' (Valencina de la Concepción, Sevilla). Excavación de Urgencia de 1995". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1995 (III), pp. 600-607. Sevilla.
- DANIEL, G. y EVANS, J. D., 1967: "The Western Mediterranean". En *The Cambridge Ancient History*. Edición revisada, vol. 2, capítulo 37. Cambridge.
- DÍAZ TEJERA, A., 1982: *Sevilla en los textos clásicos greco-latinos*. Sevilla.
- DIETLER, M., 1990: "Driven by Drink: The Role of Drinking in the Political Economy and the Case of Early Iron Age France". *Journal of Anthropological Archaeology* 9, pp. 352-406. Orlando.
- EGGERT, M. K. H., 1988: "Riesentumuli und Sozialorganisation. Vergleichende Betrachtungen zu den sogenannten Fürstenhügeln der späten Hallstattzeit". *Archäologisches Korrespondenzblatt* 18, pp. 263-274. Mainz.

- EGGERT, M. K. H., 1989: "Die 'Fürstensitze' der Späthallstattzeit. Bemerkungen zu einem archäologischen Konstrukt". En *Festschrift für W. Hübener*. Hammaburg 9, pp. 53-66. Neumünster.
- ESCACENA, J. L., 1985: "Informe sobre las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de La Marismilla (Puebla del Río, Sevilla)". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985 (II), pp. 241-244. Sevilla.
- ESCACENA, J. L., 1989: "Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida". En AUBET, M. E., Ed.: *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp. 433-476. Sabadell.
- ESCACENA, J. L., 1992: "Indicadores étnicos de la Andalucía prerromana". *Spal* 1, pp. 321-343. Sevilla.
- ESCACENA, J. L. y BELÉN, M., 1991: "Sobre la cronología del horizonte fundacional de los asentamientos tartésicos". *Cuadernos del Suroeste* 2, pp. 9-42. Huelva.
- ESCACENA, J. L. y BERRIATUA, N., 1985: "El Berrueco de Medina Sidonia (Cádiz). Testimonios de una probable expansión argárica hacia el oeste". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 10, pp. 225-242. Granada.
- ESCACENA, J. L. y FRUTOS, G. DE, 1985: "Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 24, pp. 7-90. Madrid.
- ESTEVE, M., 1969: "Asta Regia: una ciudad tartésica". En *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1968)*, pp. 111-118. Barcelona.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 1988-89: *Tartessos y Huelva*. Huelva Arqueológica 10-11. Huelva.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 2000: "Tartessos. La memoria contada". En RUIZ MATA, D., Ed.: *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos de interacción*. Actas de los Encuentros de Primavera de la Universidad de Cádiz en El Puerto de Santa María (1998), pp. 99-105. El Puerto de Santa María.
- FERNÁNDEZ JURADO, J., 2003: "Indígenas y fenicios en Huelva". *Huelva Arqueológica* 18, pp. 33-53. Huelva.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., 1978: *Secuencia cultural de la Prehistoria de Mallorca*. Bibliotheca Praehistorica Hispana 15. Madrid.
- FRANKENSTEIN, S., 1997: *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*. Barcelona.
- FRANKENSTEIN, S. y ROWLANDS, M. J., 1978: "The internal structure and regional context of Early Iron Age society in south-western Germany". *Bulletin of the Institute of Archaeology* 15, pp. 73-112. Londres.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1942: *Fenicios y Cartagineses en Occidente*. Madrid.

- GARCÍA Y BELLIDO, A., 1945: *España y los españoles hace dos mil años según la "Geografía" de Strábon*. Madrid.
- GARRIDO, J. P., 1970: *Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huelva (1ª y 2ª Campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España 71. Madrid.
- GARRIDO, J. P. y ORTA, M. E., 1978: *Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huelva II (3ª, 4ª y 5ª Campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España 96. Madrid.
- GIL-MASCARELL, M., 1981: "El poblado de Mola d'Agres. Dos cortes estratigráficos". *Saguntum* 16, pp. 75-88. Valencia.
- GIOT, P. R., BRIARD, J. y PAPE, L., 1995: *Protohistoire de la Bretagne*. Rennes.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. y ARTEAGA, O., 1980: "La necrópolis de 'Cerrillo Blanco' y el poblado de 'Los Alcores' (Porcuna, Jaén)". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 10, pp. 183-217. Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1983: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1993: "El ámbito geográfico del mundo tartésico a la luz de la documentación arqueológica del Sudeste". En *Homenatge a Miquel Tarradell*, pp. 367-383. Barcelona.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., BARRIONUEVO, F. y AGUILAR, L., 1995: "Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir". En *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1993), pp. 215-237. Jerez de la Frontera.
- HERM, G., 1973: *Die Phönizier – Das Purpurreich der Antike*. Düsseldorf.
- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S., Eds., 2004: *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*. Alicante.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S., 1986: "La Cultura de El Argar en Alicante. Relaciones temporales y espaciales con el mundo del Bronce Valenciano". En *Homenaje a Luis Siret 1934-1984* (Cuevas del Almanzora 1984), pp. 341-350. Sevilla.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S., Com., 2001: *...y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. Catálogo de la Exposición. Alicante.
- HOZ, J. DE, 1989: "El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional". En AUBET, M. E., Ed.: *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp. 523-587. Sabadell.
- HOZ, J. DE, 1995: "Tartésio, fenicio y céltico 25 años después". En *Tartessos 25 años después 1968-1993*. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Int. de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1993), pp. 591-607. Jerez de la Frontera.
- HURTADO, V., 1995: "Interpretación sobre la dinámica cultural en la cuenca media del Guadiana (IV-II milenios a.n.e.)". En *Homenaje a la Dra. Dª Milagro Gil-Mascarell*

- Boscà. *Extremadura Arqueológica* 5, pp. 53-80. Cáceres-Mérida.
- JIMÉNEZ, A., 1994: "Nuevos datos para la definición de la etapa final del Bronce en Carmona (Sevilla)". *Spal* 3, pp. 145-177. Sevilla.
- KATZENSTEIN, H. J., 1973: *The History of Tyre*. Jerusalén.
- KIMMIG, W., 1983: "Die griechische Kolonisation im westlichen Mittelmeergebiet und ihre Wirkung auf die Landschaften des westlichen Mitteleuropa". *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz* 30, pp. 5-78. Mainz.
- KOCH, M., 1984: *Tarsisch und Hispanien*. Madrider Forschungen 14. Berlin.
- KRISTIANSEN, K., 1982: "The Formation of Tribal Systems in Later European Prehistory: Northern Europe, 4000-500 B.C.". En RENFREW, C., ROWLANDS, M. J. y SEGRAVES, B. A., Eds.: *Theory and Explanation in Archaeology. The Southampton Conference*, pp. 241-280. New York.
- KRISTIANSEN, K., 1994: "The emergence of the European world system in the Bronze Age: divergence, convergence and social evolution during the first and second millennia BC in Europe". En KRISTIANSEN, K. y JENSEN, J., Eds.: *Europe in the First Millennium B.C.*, pp. 7-30. Sheffield.
- KRISTIANSEN, K., 2001: *Europa antes de la Historia*. Barcelona.
- LANDSTRÖM, B., 1961: *Das Schiff*. Gütersloh.
- LILLIU, G., 1992: "Isole del Mediterraneo occidentale: specificità e relazioni socio-culturali durante i tempi della preistoria e della protostoria". En ROSSELLÓ, G., Ed.: *La Prehistòria de les illes de la Mediterrània Occidental*. X Jornadas d'Estudis Històrics Locals (Palma de Mallorca 1991), pp. 21-46. Palma de Mallorca.
- LILLIU, G. y SCHUBART, H., 1968: *Civiltà mediterranee: Corsica, Sardegna, Baleari gli Iberi*. Milano.
- LIZCANO, R., 1999: *El Polideportivo de Martos (Jaén): un yacimiento neolítico del IV Milenio a.C.* Córdoba.
- LÓPEZ CASTRO, J. L., 1995: *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*. Barcelona.
- LÓPEZ PALOMO, L. A., 1981: "Alhonor (excavaciones de 1973-1978)". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 11, pp. 33-187. Madrid.
- LÓPEZ PALOMO, L. A., 1993: *Calcolítico y Edad del Bronce al sur de Córdoba. Estratigrafía en Monturque*. Córdoba.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J., 1986: "Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas". En *Homenaje a Luis Siret 1934-1984* (Cuevas del Almanzora 1984), pp. 441-452. Sevilla.
- LULL, V. y RISCH, R., 1995: "El Estado Argárico". *Verdolay* 7, pp. 97-109. Murcia.
- LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D., 1973: *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de*

los Quemados. Córdoba.

MALUQUER, J., 1954: *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra I*. Pamplona.

MALUQUER, J., MUÑOZ, A. M. y BLASCO, F., 1960: *Cata estratigráfica en el poblado de "La Pedrera", en Vallfogona de Balaguer, Lérida*. Barcelona.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1985: *Papa Uvas I. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1976 a 1979*. Excavaciones Arqueológicas en España 136. Madrid.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1986: *Papa Uvas II. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1981 a 1983*. Excavaciones Arqueológicas en España 149. Madrid.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1987: *El Llanete de los Moros. Montoro, Córdoba*. Excavaciones Arqueológicas en España 151. Madrid.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1988: "Mykenische Keramik aus bronzezeitlichen Siedlungsschichten von Montoro am Guadalquivir". *Madrid Mitteilungen* 29, pp. 77-92. Mainz.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y MONTES, A., 1986: "Avance del estudio sobre el horizonte Cogotas I en la cuenca media del Guadalquivir". En *Homenaje a Luis Siret 1934-1984* (Cuevas del Almanzora 1984), pp. 488-496. Sevilla.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y PERLINES, M., 1993: "La cerámica a torno de los contextos culturales de finales del II milenio a.C. en Andalucía". En *Iº Congreso de Arqueología Peninsular* (Porto 1993). *Actas II*, pp. 335-349. Porto.

MARTÍNEZ, C. y BOTELLA, M. C., 1980: *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*. Excavaciones Arqueológicas en España 112. Madrid.

MEDEROS, A., 1996: "La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo Oriental durante el Bronce Final (1150-950 AC)". *Trabajos de Prehistoria* 53 (2), pp. 95-115. Madrid.

MEDEROS, A., 1997a: "Cambio de rumbo. Interacción comercial entre el Bronce Final atlántico ibérico y micénico en el Mediterráneo Central (1425-1050 a.C.)". *Trabajos de Prehistoria* 54 (2), pp. 113-134. Madrid.

MEDEROS, A., 1997b: "Nueva cronología del Bronce Final en el Occidente de Europa". *Complutum* 8, pp. 73-96. Madrid.

MEDEROS, A. y HARRISON, R. J., 1996: "Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica". *Pyrenae* 27, pp. 31-52. Barcelona.

MENDOZA, A., MOLINA GONZÁLEZ, F., ARTEAGA, O. y AGUAYO, P., 1981: "Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Provinz Granada). Ein Beitrag zur Bronze- und Eisenzeit in Oberandalusien". *Madrid Mitteilungen* 22, pp. 171-210. Mainz.

MOLINA GONZÁLEZ, F., 1978: "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de*

- Granada 3, pp. 159-232. Granada.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. y ARTEAGA, O., 1976: "Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 1, pp. 175-214. Granada.
- MOLINA GONZÁLEZ, F., CONTRERAS, F. y RODRÍGUEZ ARIZA, M. O., Coords., 1997: *Hace 4000 años. Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía*. Catálogo de la Exposición. Granada.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. y PAREJA, E., 1975: *Excavaciones en La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971*. Excavaciones Arqueológicas en España 86. Madrid.
- MONTENEGRO, A., 1970: "Los Pueblos del Mar en España y la nueva revisión de la historia de Tartessos". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 36, pp. 237-287. Valladolid.
- MUHL, J. D., 1973: "Copper and tin. The distribution of mineral resources and the nature of the metals trade in the Bronze Age". En *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences* 43, pp. 155-535. New Haven.
- NÁJERA, T., 1984: *La Edad del Bronce en la Mancha Occidental*. Tesis Doctorales de la Universidad de Granada 458. Granada.
- NÁJERA, T. y MOLINA GONZÁLEZ, F., 2004: "La Edad del Bronce en la Mancha: problemática y perspectivas de la investigación". En HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. y HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S., Eds.: *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, pp. 531-540. Alicante.
- NOCETE, F., 1989: *El Espacio de la Coerción. La Transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España) 3000-1500 a.C.* B.A.R. Int. Series 492. Oxford.
- NOCETE, F., 2001: *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir*. Barcelona.
- NOCETE, F., Coord., 2004: *Odiel. Proyecto de Investigación Arqueológica para el Análisis del Origen de la Desigualdad Social en el Suroeste de la Península Ibérica*. Serie Arqueología Monografías Memorias 19. Sevilla.
- OLIVEIRA, S., 2003: "Pensar o espaço da Pré-História recente: a propósito dos recintos murados da Península Ibérica". En OLIVEIRA, S., Coord.: *Recintos murados da Pré-História recente*, pp. 13-50. Porto-Coimbra.
- PARE, C., 1991: "Füirstensitze, Celts and the Mediterranean World. Developments in the West Hallstatt Culture in the 6th and 5th Centuries B.C.". *Proceedings of the Prehistoric Society* 57 (2), pp. 183-202. Londres.
- PARZINGER, H., 1989: *Chronologie der Späthallstatt- und Frühlatènezeit. Studien zu Fundgruppen zwischen Mosel und Save*. Quellen und Forschungen zur prähistorischen

- und provinzialrömischen Archäologie 4. Weinheim.
- PELLICER, M., 1962: *Excavaciones en la necrópolis púnica "Laurita" del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)*. Excavaciones Arqueológicas en España 17. Madrid.
- PELLICER, M. y AMORES, F. DE, 1985: "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 22, pp. 55-189. Madrid.
- PELLICER, M., ESCACENA, J. L. y BENDALA, M., 1983: *El Cerro Macareno*. Excavaciones Arqueológicas en España 124. Madrid.
- PELLICER, M. y SCHÜLE, W., 1962: *El Cerro del Real. Galera (Granada)*. Excavaciones Arqueológicas en España 12. Madrid.
- PELLICER, M. y SCHÜLE, W., 1966: *El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX*. Excavaciones Arqueológicas en España 52. Madrid.
- PODZUWEIT, C., 1990: "Bemerkungen zur mykenischen Keramik von Llanete de los Moros, Montoro, Prov. Córdoba". *Praehistorische Zeitschrift* 65 (1), pp. 53-58. Berlin.
- RENFREW, C., 1973: *Before Civilization. The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe*. Londres.
- ROCA, M., MORENO, M. A. y LIZCANO, R., 1988: *El Albaicín y los orígenes de la ciudad de Granada*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada. Serie Monográfica 4. Granada.
- RÖLLIG, W., 1990: "Das phönizische Alphabet und die frühen europäischen Schriften". En GEHRIG, U. y NIEMEYER, H. G., Eds.: *Die Phönizier im Zeitalter Homers*, pp. 87-95. Catálogo de la Exposición. Mainz.
- ROOS, A. M., 1997: *La sociedad de clases, la propiedad privada y el Estado en Tartessos. Una visión de su proceso histórico desde la arqueología del 'Proyecto Porcuna'*. Tesis Doctoral. Universidad de Granada.
- ROSSELLÓ, G., 1979: *La Cultura Talayótica en Mallorca*. 2ª edición revisada. Palma de Mallorca.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1986: "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce". *Trabajos de Prehistoria* 43, pp. 9-42. Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1987: "Bronce Atlántico y 'Cultura' del Bronce Atlántico en la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 44, pp. 251-264. Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., Ed., 1995: *Ritos de paso y pintos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo*. Complutum Extra 5. Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1998: *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce*. Barcelona.
- RUIZ MATA, D., 1999: "La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: contrastación textual y arqueológica". *Complutum* 10, pp. 279-317. Madrid.
- RUIZ MATA, D., Ed., 2000a: *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos de*

- interacción*. Actas de los Encuentros de Primavera de la Universidad de Cádiz en El Puerto de Santa María (1998). El Puerto de Santa María.
- RUIZ MATA, D., 2000b: "Fenicios e indígenas en Andalucía Occidental. Tartessos como paradigma". En RUIZ MATA, D., Ed.: *Fenicios e indígenas en el Mediterráneo y Occidente: modelos de interacción*. Actas de los Encuentros de Primavera de la Universidad de Cádiz en El Puerto de Santa María (1998), pp. 9-37. El Puerto de Santa María.
- RUIZ MATA, D., 2001: "Tartessos". En ALMAGRO GORBEA, M. et al.: *Protohistoria de la Península Ibérica*, pp. 1-185. Barcelona.
- RUIZ MATA, D., BLÁZQUEZ, J. M. y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1981: "Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978". *Huelva Arqueológica* 5, pp. 149-316. Huelva.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C., 1989: "El túmulo 1 de la necrópolis 'Las Cumbres' (Puerto de Santa María, Cádiz)". En AUBET, M. E., Ed.: *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp. 287-295. Sabadell.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. J., 1995: *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. Biblioteca de Temas Portuenses 5. El Puerto de Santa María.
- SCHUBART, H., 1969: "Las fortificaciones eneolíticas de Zambujal y Pedra do Ouro, en Portugal". En *X Congreso Nacional de Arqueología* (Mahón 1967), pp. 197-204. Zaragoza.
- SCHUBART, H., 1971: "Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste peninsular". *Trabajos de Prehistoria* 28, pp. 153-182. Madrid.
- SCHUBART, H., 1976: "Relaciones mediterráneas de la Cultura de El Argar". *Zephyrus* 26-27, pp. 331-342. Salamanca.
- SCHUBART, H., 1985: "Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 realizada en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo". *Noticiario Arqueológico Hispánico* 23, pp. 141-174. Madrid.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O., 1986a: "Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Argar". En *Homenaje a Luis Siret 1934-1984* (Cuevas del Almanzora 1984), pp. 289-307. Sevilla.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O., 1986b: "El mundo de las colonias fenicias occidentales". En *Homenaje a Luis Siret 1934-1984* (Cuevas del Almanzora 1984), pp. 499-525. Sevilla.
- SCHUBART, H., NIEMEYER, H. G. y PELLICER, M., 1969: *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río de Vélez. Excavaciones de 1964*. Excavaciones Arqueológicas en España 66. Madrid.

- SCHUBART, H., PINGEL, V. y ARTEAGA, O., 2000: *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*. Serie Arqueología Monografías Memorias 8. Sevilla.
- SCHÜLE, W., 1969a: "Tartessos y el hinterland". En *Tartessos y sus problemas*. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera 1968), pp. 15-32. Barcelona.
- SCHÜLE, W., 1969b: *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen 3. Berlin.
- SCHULTEN, A., 1924: *Tartessos. Contribución a la historia antigua de Occidente*. Madrid.
- SCHULTEN, A., 1945: *Tartessos*. 2ª edición revisada. Madrid.
- SCHULZ, H. D., BARRAGÁN, D., BECKER, V., HELMS, M., LAGER, T., REITZ, A. y WILKE, I., 2004: "Geschichte des Küstenverlaufs in der Bucht von Cádiz und San Fernando im Holozän". *Madrider Mitteilungen* 45, pp. 216-257. Wiesbaden.
- SCHULZ, H. D., FELIS, T., HAGEDORN, C., LÜHRTE, R. VON, REINERS, C., SANDER, H., SCHNEIDER, R., SCHUBERT, J. y SCHULZ, H., 1992: "La línea costera holocena en el curso bajo del río Guadalquivir entre Sevilla y su desembocadura en el Atlántico. Informe preliminar sobre los trabajos de campo realizados en Octubre y Noviembre de 1992". *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1992 (II), pp. 323-327. Sevilla.
- SCHULZ, H. D., FELIS, T., HAGEDORN, C., LÜHRTE, R. VON, REINERS, C., SANDER, H., SCHNEIDER, R., SCHUBERT, J. y SCHULZ, H., 1995: "Holozäne Küstenlinie am Unterlauf des Río Guadalquivir zwischen Sevilla und der Mündung in den Atlantik". *Madrider Mitteilungen* 36, pp. 219-232. Mainz.
- SEYMOUR, J., 1984: *Vergessene Künste – Bilder vom alten Handwerk*. Ravensburg.
- SIMÓN, J. L., 1998: *La metalurgia prehistórica valenciana*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 93. Valencia.
- SOLER, J. M., 1965: *El tesoro de Villena*. Excavaciones Arqueológicas en España 36. Madrid.
- SOLER, J. M., 1986: "La Edad del Bronce en la comarca de Villena". En *Homenaje a Luis Siret 1934-1984* (Cuevas del Almanzora 1984), pp. 381-404. Sevilla.
- THOMSEN, C. J., 1836: *Ledetraad til Nordisk Oldkyndighed*. Copenhagen.
- TORRES ORTIZ, M., 1999: *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 3. Madrid.
- TORRES ORTIZ, M., 2002: *Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 14. Madrid.
- VAGNETTI, L., 1970: "I micenei in Italia: La documentazione archeologica". *La Parola del Passato* 134, pp. 359-380. Nápoles.
- VAGNETTI, L., 1993: "Mycenaean pottery in Italy: fifty years of study". En ZERNER, C. *et al.*, Eds.: *Proceedings of the International Conference Wace and Blegen. Pottery as Evidence for Trade in the Aegean Bronze Age, 1939-1989* (Atenas 1989), pp. 143-154.

Ámsterdam.

VERMEULE, E., 1964: *Greece in the Bronze Age*. Chicago.

VILLAR, F., 1995: "Los nombres de Tartesos". *Habis* 26, pp. 243-270. Sevilla.

VOZA, G., 1972: "Thapsos. Primi risultati delle più recenti ricerche". En *Atti della XIV Riunione Scientifica dell'Istituto Italiano di Preistoria e Protostoria*, pp. 172-205. Florencia.

VOZA, G., 1973: "Thapsos: resoconto sulle campagne di scavo del 1970-1971". En *Atti della XV Riunione Scientifica dell'Istituto Italiano di Preistoria e Protostoria*, pp. 133-157. Florencia.

WAGNER, C. G., 1983: "Aproximación al proceso histórico de Tartessos". *Archivo Español de Arqueología* 56, pp. 3-36. Madrid.

WAGNER, C. G., 1995: "Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el Suroeste de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria* 52 (1), pp. 109-126. Madrid.

WAGNER, C. G. y ALVAR, J., 1989: "Fenicios en Occidente: La colonización agrícola". *Rivista di Studi Fenici* 17 (1), pp. 61-102. Roma.

WAGNER, C. G. y ALVAR, J., 2003: "La colonización agrícola en la Península Ibérica. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas". En GÓMEZ, C., Ed.: *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, pp. 187-204. Zaragoza.

WHITTAKER, C. R., 1974: "The Western Phoenicians: colonization and assimilation". *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 200, n.s. 20, pp. 58-79. Cambridge.

WOOLF, G., 1993: "The social significance of trade in Late Iron Age Europe". En SCARRE, C. y HEALY, F., Eds.: *Trade and Exchange in Prehistoric Europe*. Oxbow Monograph 33, pp. 211-218. Oxford.

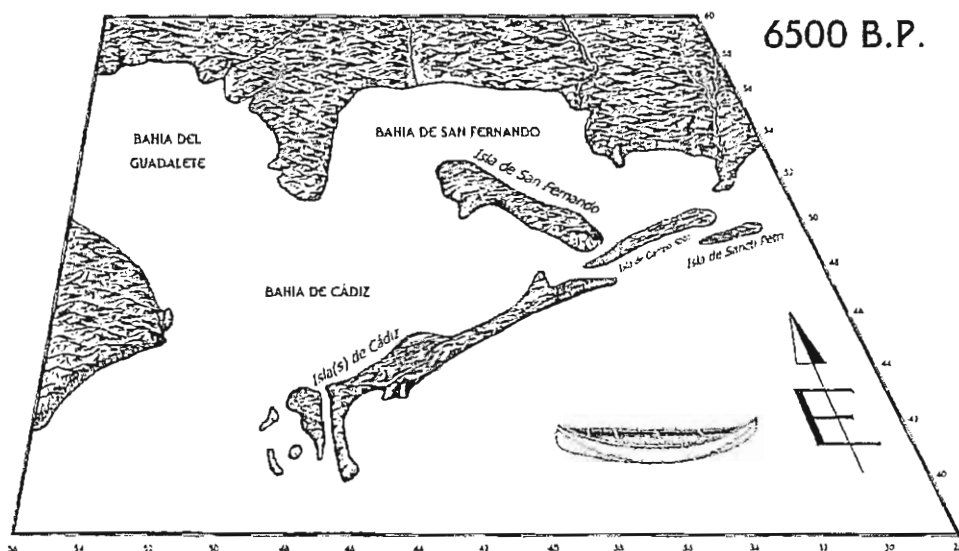


Figura 1. Proyecto *Antipolis*. Reconstrucción de la línea de costa en la Bahía de Cádiz cuando el mar alcanzó su nivel más alto hacia 4500 a.C. (Neolítico Final). La vista se orienta de oeste a este. El pictograma del barco se tomó de J. Seymour (1984).

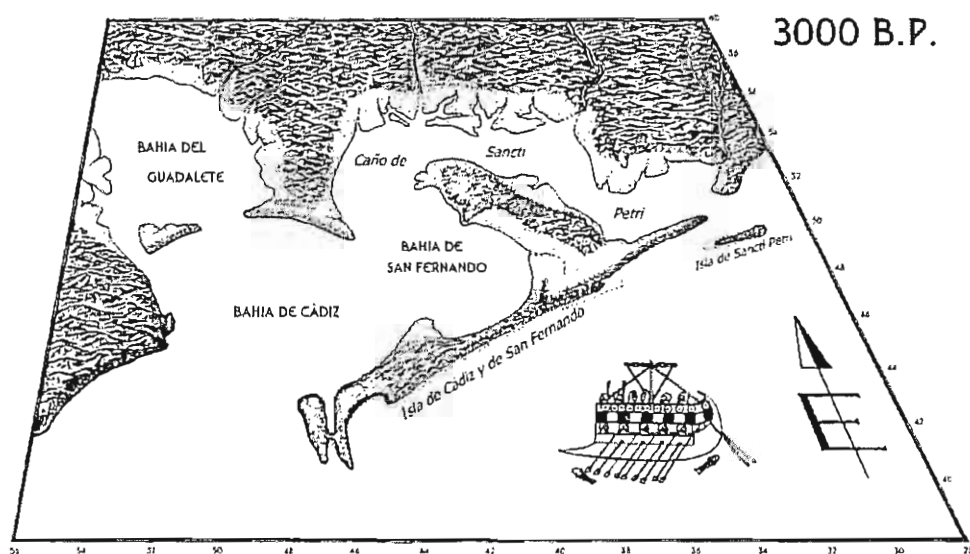


Figura 2. Proyecto *Antipolis*. Reconstrucción de la línea de costa en la Bahía de Cádiz alrededor de los tiempos de la fundación fenicia de Gadir. La vista se orienta de oeste a este. El pictograma del barco se tomó de G. Herm (1973).

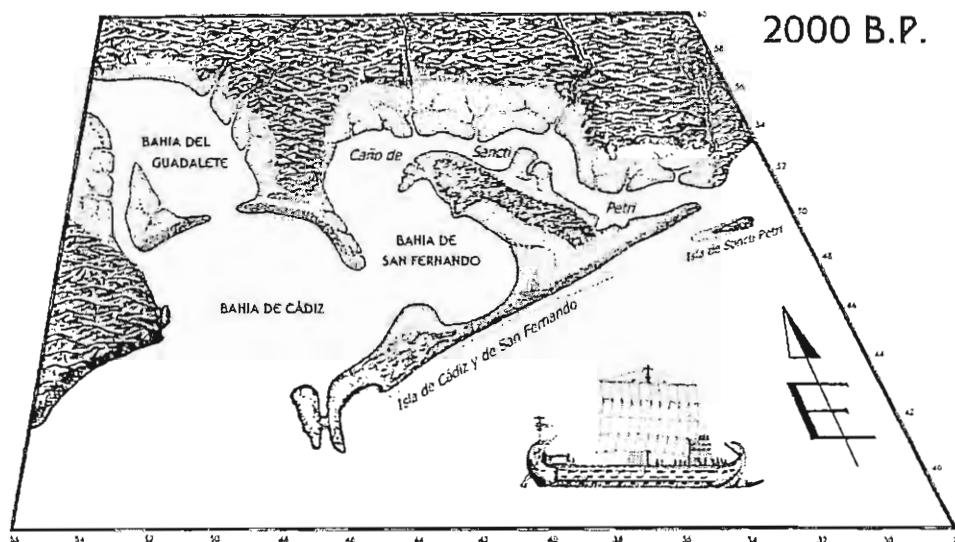


Figura 3. Proyecto *Antipolis*. Reconstrucción de la línea de costa en la Bahía de Cádiz hacia los comienzos del Imperio Romano. La vista se orienta de oeste a este. El pictograma del barco se tomó de G. Herm (1973).

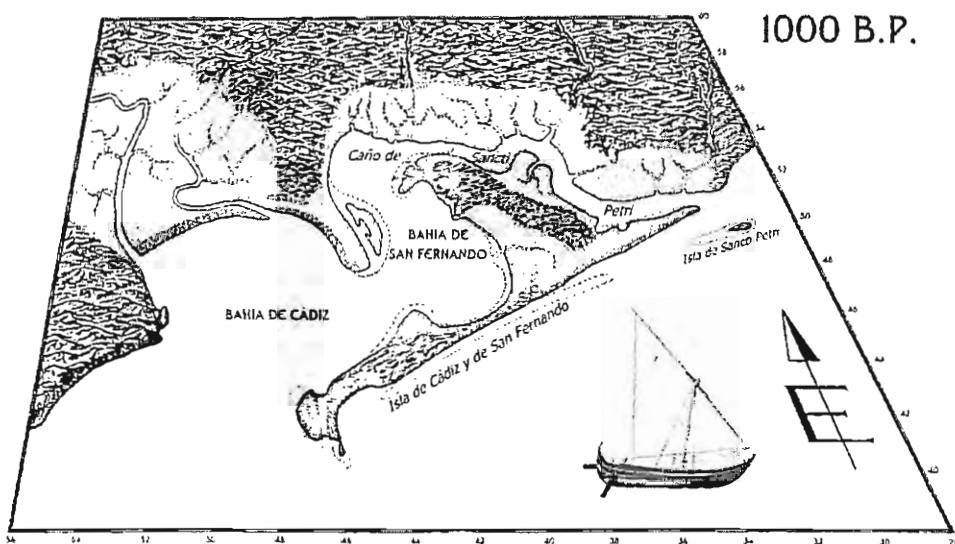


Figura 4. Proyecto *Antipolis*. Reconstrucción de la línea de costa en la Bahía de Cádiz durante la Alta Edad Media. La vista se orienta de oeste a este. El pictograma del barco se tomó de B. Landström (1961).

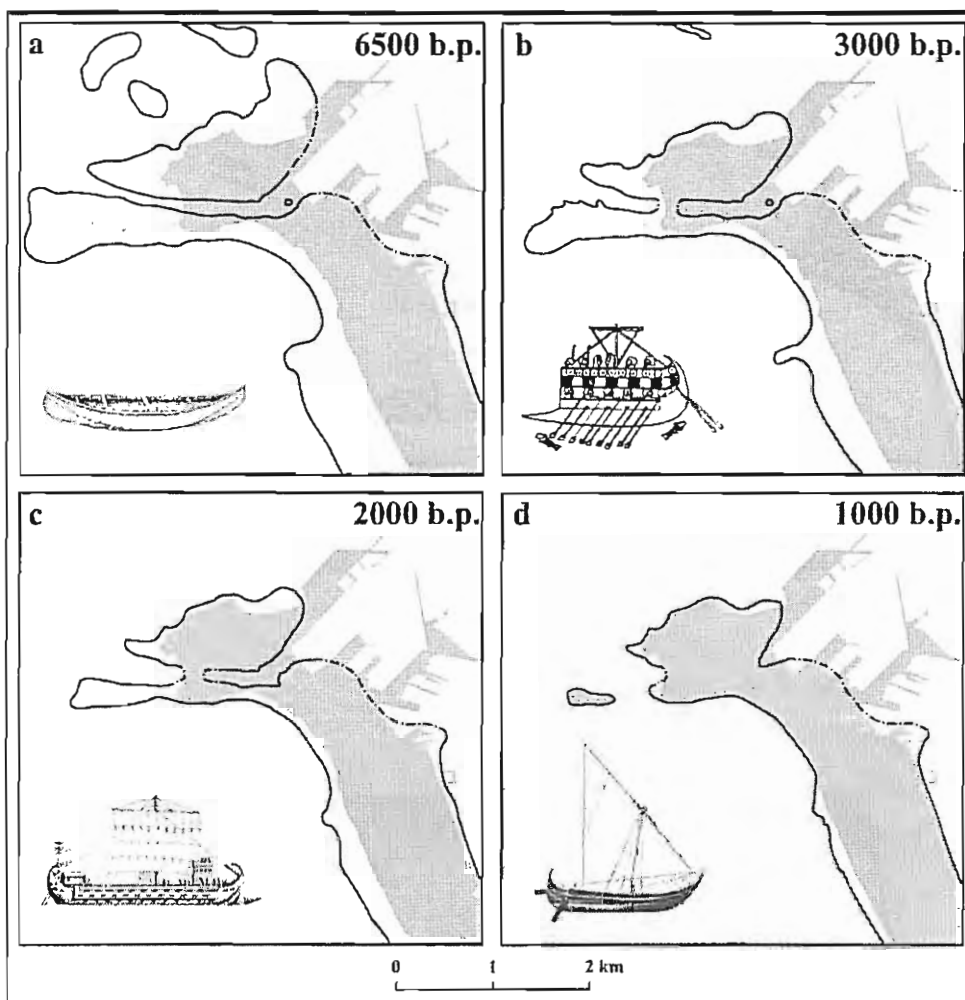


Figura 5. Proyecto "Geoarqueología Urbana de Cádiz". Reconstrucción de las líneas de costa en la ciudad de Cádiz.- a. Línea de costa alrededor del 4500 a.C. (Neolítico Final), cuando el mar alcanzó su nivel más alto.- b. Línea de costa hacia la fundación fenicia de Gadir.- c. Línea de costa hacia los comienzos del Imperio Romano.- d. Línea de costa durante la Alta Edad Media.- Como fondo gris se indica la forma de la actual península gaditana y las instalaciones portuarias. En algunos trayectos, donde no contamos con suficiente información, p.ej. en el área de las actuales instalaciones portuarias, la línea de costa se dibuja de manera discontinua. Los pictogramas de los barcos se tomaron de Seymour (1984), de Herm (1973) y de Landström (1961), respectivamente.